

22)

ESCUELA MODERNA

LIBRERIA NACIONALISTA BUENOS AIRES

SEMBRANDO FLORES

POR

FEDERICO URALES



BUENOS AIRES

1910

Donación J. L. Tenti Rocamora

Sig. top. TR 6-8-44



SEMBRANDO FLORES

I

¡Alegría, alegría!

En una casa de cierta calle de no importa qué ciudad de España, todo era alegría en un día de Mayo de cualquier año. Las personas que entraban y salían de dicha casa, llevaban en el rostro un gran contento: hablaban á gritos, andaban sin norte, miraban atolondradas.

¿Qué ocurre?—preguntó reunida la vecindad á una mujer que salía de la vivienda en cuestión con una artística cestita debajo del brazo.

--¿No lo saben ustedes?—contestó la interrogada.

--No, no sabemos nada,—replicó una mocita que parecía capullo punto á convertirse en flor.

Pues verán ustedes...

La mujer de la cestita, por apodo «Violeta», por que tal parecía en su juventud, miró á diestro y siniestro, como para cerciorarse de que todo el mundo estaba atento y dijo, dándose la importancia que el caso requería:

--Nos ha nacido un hijo.

--¡Un hijo!—exclamaron á un tiempo varias de las personas que escuchaban el relato.

--Sí, un hijo,—prosiguió «Violeta»,—más hermoso que el sol.

—¿Y cuándo ha sido la cosa?—observó otra jovencita algo más enterada que la primera de las cosas del mundo.

—Pues anoche, á esto de las once. Me avisaron á las diez; he ayudado en todo; estoy loca de alegría. Ser abuelita tan joven, ¡eh!, porque yo soy joven aún, es un grato placer.

—¿Y qué nombre pondrán al pequeñín?—se atrevió á preguntar un mozalbete alumno del «Colegio Moderno» de la población en que ocurría lo que se va contando, y por este y otros motivos con ínfulas de despreocupado.

—No lo hemos pensado,—contestó «Violeta»,—ello es cosa de sus padres; pero aquí para nosotros, si me prometen guardar secreto, diré que, según oí el otro día al padre del chiquitín, que es mi yerno, un buen yerno, Colasa,—dijo «Violeta» mirando á una mujer entrada en años que por tal tenía á un beato más malo que el dolor de muelas—según oí que decía el otro día mi yerno, repito, se le pondrá por nombre, ya que ha sido niño como él quería, se le pondrá por nombre.... Ahora no recuerdo... Algo así...; acaba en on.

—Revolución,—repuso un panadero que al oír cerrar todas las noches las puertas de hierro de un café cercano, creía que se había armado la gorda.

—¡Ay, no; revolución no! Parece un cañonazo y el gobierno no lo permitiría,—dijo la mujer de un librepensador.

—¿Se va á meter el gobierno en esas cosas?—observó el panadero.

—¿Que si se mete? Ya lo creo que se mete,—dijo un obrero impresor, ocupado siempre en cosas de comités y mitins.

—Por algo así cayó Sagasta la última vez que

fué Gobierno,—replicó el conserje de un Centro progresista.

—Habladurías de...

—¡Ya recuerdo, ya recuerdo!—exclamó de repente la joven abuela, batiendo palmas;—se llamará Floreal.

—Pues ¿no decía usted que terminaba en on? —dijo el panadero algo amoscado.

—Sí, sí; creía que terminaba en on por lo de Emancipación, Federación, Redención y tantas cosas así como nombra el de casa; pero no, es Floreal; lo recuerdo bien.

—Oiga usted, abuela «Violeta»: ¿qué quiere decir Floreal?—preguntó con tono algo burlón el hijo mayor de una planchadora que no veía con buenos ojos ciertos detalles de la fiesta que se preparaba.

—Hijo, no lo sé. Pregúntaselo á mi yerno, que no te faltarán explicaciones.

—Yo sí lo sé,—gritó el mozalbete alumno del «Colegio Moderno».

—¡A ver, á ver!—exclamaron varias personas á la vez estrechando las filas.

—Pues Floreal quiere decir: Octavo mes del año y segundo de la primavera en el Calendario de la Revolución francesa; el mes Floreal empezaba el 20 de Abril y terminaba el 20 de Mayo.

—¡Justo! Y como Floreal ha nacido el 10 de Mayo, por eso mi yerno le quiere poner Floreal.

Pero ¿no ha dicho usted, abuelita joven, que su yerno quería llamar al niño Floreal antes ya de que naciera, si niño fuese,—replicó el capullo pronto á convertirse en flor.

—¡Esto es! Y ¿cómo sabía su yerno de usted que Floreal había de nacer en el mes de Mayo vamos á ver?—añadió la otra jovencita.

—¡Caramba de niñas! ¡Qué cosas preguntan! Ni

que fuésemos nosotros más sabios que Salomón, repuso el panadero.

El caso es que el niño ha nacido cuando su padre creía que había de nacer, y que se llamará Floreal por haber nacido en el mes de las flores. ¡eh!—exclamó el conserje del Centro progresista.

—Y porque es un hombre revolucionario; Joaquinito lo dice,—observó el panadero.

—No, no; quien lo dice es el libro de Historia Universal que leemos en el Colegio, y como ya...

—Y como tú eres muy aplicado,—repuso la madre de Joaquinito, que formaba parte de la reunión más orgullosa que un gallo,—por esto lo sabes.

—Bueno; y si hubiese sido una niña, ¿cómo se habría llamado entonces su nieta de usted, abuelita «Violeta?»—quiso saber la jovencita algo enterada de las cosas del mundo.

—Pues si hubiese sido una niña se la hubiera puesto por nombre uno del gusto de mi hija, que es su madre.

—¿Pero cuál?—repuso la interesada.

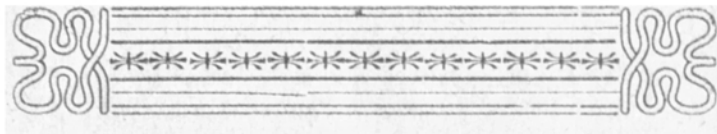
—¿Qué nos importa si ha sido un niño?—exclamaron varios á la vez.

—A mí, sí, me importa, porque me gustan mucho esos hombres tan bonitos y quisiera conocerlos todos para cuando yo los necesite.

—¡Tú...! ¿no tienes el tuyo?—observó la mujer del conserje.

—Bueno, bueno; yo me entiendo,—dijo la jovencita, y se retiró más roja que la grana.

El grupo fué dispersándose y la abuela «Violeta», después de despedirse de todos con sonrisas amables y apretones de manos, echó calle abajo acariciando el artístico cestito.



II

Floreal

Han transcurrido cuatro años y otros tantos meses desde el nacimiento de Floreal, y durante dicho tiempo ha cambiado mucho la situación de algunos de nuestros personajes.

Las mocitas son ya madres de dos hermosas niñas á quienes pusieron por nombre Blanca y Hortensia. El alumno del «Colegio Moderno» es un hombrequito que se distingue por su saber y buen juicio. El panadero está preso por creérsele complicado en un movimiento revolucionario que la policía había preparado para hacer abortar otro que, según los confidentes, había de estallar en breve sin saber dónde ni conocer quiénes lo dirigían, y el conserje ha muerto hace tres meses. Las demás personas continúan viviendo, sin que para ellas ocurra nada en el mundo.

En cuanto á Floreal, á quien hoy vemos por vez primera después de enterarnos de su nacimiento, es un niño robusto y hermoso, como los niños pinta-

dos por Rubens. Era Floreal el encanto de cuantas personas le conocían y ninguna había visto en su vida criatura más perfecta. Ello se atribuía al carácter de sus padres y al amor que les unió. La madre de Floreal, para casarse con su marido, había rehusado á un viejo cargado de oro que la pretendía, y el padre desatendió los consejos del suyo, que le decía que nada como una esposa rica para hacer la felicidad del esposo. Así, los padres de Floreal, rehusando todo interés, se habían entregado mutuamente amor y vida, y, al tener un hijo, la naturaleza puso en el hijo aquel amor y aquella vida traducidas en salud, bondad y alegría.

De cuatro meses Floreal alargaba ya sus manecitas hasta ponerlas en el rostro de cuantas personas se le acercaban en demanda de caricias, y ni cuando contó un mes ni al contar un año, había dado, con sus lloros, malas noches á los que le dieron el ser, ni con sus antojos un mal día á su abuelita, la buena «Violeta», que lo llevaba á todas partes para que la gente admirara la hermosura y la sonrisa de su nietecito.

Guiado por «Violeta», Floreal empezó á andar; primero á gatas, fortaleciendo á un tiempo las piernas y las manos; luego de pie, como los hombres, y por fin corriendo y saltando como los juguetones cabritos.

A los cuatro años y cuatro meses el mismo Floreal pidió á sus padres que le llevaran á un colegio.

El monísimo chiquitín había oído hablar á los niños de la vecindad de lo que decían y hacían en la escuela, y sintió deseos de ir á ella para aprender lo que los demás niños sabían.

Cerca la casa de Floreal funcionaba una escuela de párvulos, de la que el padre del niño era socio protector. En el rótulo de esa escuela se leía «Co-

legio Libre», y á las nueve de la mañana del primer lunes del mes de Septiembre, cogido de la mano de su madre, Floreal entraba en la sala del Colegio, que era espaciosa, llena de luz y no ostentaba santos, retratos ni símbolos de ninguna especie. Aun no había empezado la clase, y los niños que ya estaban en el local esperando el momento de la gran tarea, rodearon á Floreal tan pronto le vieron. Floreal les recibió sonriendo, como si desde largo tiempo fuese de ellos amigo.

Se acercó el profesor, un hombre de aspecto venerable que contaba cincuenta años, y después de los saludos que son del caso, el maestro y la madre de Floreal hablaron unos diez minutos, al cabo de los cuales la madre se retiró, no sin besar á Floreal, que se quedó contento, confiando en el maestro y en sus nuevos amiguitos. Fuera la madre, el maestro cogió de la mano á Floreal, subió con él el pequeño entarimado y lo sentó en sus rodillas.

—¿Cómo te llamas?—le dijo.

—Floreal Ramos y Amigó,—contestó el niño.

—¿Y tu padre?

—Galileo Ramos y Amador.

—¿Y tu madre?

—Bruna Amigó y Rosales.

—¿Te gusta ir á la escuela?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Para aprender muchas cosas.

—¿Muchas?

—Todas.

—Y jugar, ¿te gusta jugar?

—Jugar también me gusta.

—Aquí se juega y se aprende una barbaridad.

¡Ya verás, ya verás que bien pasamos el tiempo!
Ahora, ¡mira!, siéntate allí, Floreal; allí, al extremo

del primer banco,—dijo el maestro poniendo á Floreal en el suelo.

Floreal, guiado por el dedo del profesor, dió con el sitio que se le había designado y se sentó. Sentado, Floreal empezó á recorrer con la vista toda la sala; se fijó en los niños; iban limpios, así de manos y cara, como de vestidos. Se fijó también en que, colgados en las paredes, había mapas, figuras geométricas, pizarras, etc. Notó, además, que los niños no lloraban ni alborotaban; todos estaban contentos, todos trabajaban, todos hacían algo sin que nadie les obligase á ello, con gusto, sin amenazas. Floreal estaba muy contento viendo y oyendo. A las diez, le llamó el maestro.

—¡Floreal!

—Servidor,—contestó Floreal levantándose.

—Ve un rato al patio á jugar con estos niños.

Floreal siguió á un grupo de niños de su edad que salían de la sala guiados por el ayudante; traspasó con ellos un corredor, y al final se encontraron con un patio muy grande rodeado de naranjos.

El ayudante paróse en medio del patio y sacando letras sueltas de madera que llevaba en una cajita,

—dijo:

—Hoy jugaremos á leer.

Los niños empezaron á saltar, locos de contento.

—Poneos todos de cara á la pared,—dijo el ayudante.

Los niños obedecieron.

—¿Estamos?—preguntó el ayudante.

—Sí, señor,—gritaron varios niños.

—Pues bien, yo ocultaré las letras todas del abecedario en varios sitios del patio y vosotros me las traeréis por el orden que voy á anunciar.

—¡Sí, sí!—contestaron los niños, esperando el mo-

mento de aprender y de demostrar que aprendían.

El ayudante después de hacer lo que había indicado, dijo:

—Ya está.

Los niños rodaron entonces al ayudante esperando que les dijera la letra que habían de traer.

—Traedme la «O». ¡Ya sabéis! de «os» hay muchas escondidas con otras letras en varios sitios del patio; id por ellas.

Los niños empezaron á recorrer el patio registrando ventanas, bancos y cuantas cosas y sitios podían ocultar las letras que buscaban. Al fin se presentaron trayendo entre todo once «os».

—¡Falta una!—exclamó el ayudante al ver que sólo habían encontrado once.

—¿Cómo es la letra «O»?—preguntó Floreal.

—Así,—le contestó el ayudante, enseñándole las once «os» que los demás niños habían encontrado.

—Yo sé donde está la que falta,—replicó Floreal.

—Pues vaya usted por ella,—le dijo el ayudante.

Floreal salió corriendo, levantó un diario que había debajo de un banco, cogió una letra y volvió con ella muy alegre.

—¿Es esta?—preguntó Floreal al reunirse con el ayudante y los demás niños.

—En verdad que lo es,—exclamó el ayudante.

—¡Bravo, bravo!—contestaron los demás niños batiendo palmas de contento.

Por ser el primer día que Floreal concurre á la escuela, no ha estado mal, ¿verdad?—preguntó el ayudante á los demás niños.

—No, no,—contestaron á una los chiquitines.

—Vamos á ver,—dijo el ayudante interrumpiendo las expansiones de alegría y afecto de sus discípulos,—ahora traedme las «is» y de paso mostradme á Floreal como son ellas.

Los niños salieron otra vez tomando diferentes direcciones y dándose de nuevo á la tarea de buscar las letras que les había indicado su maestro.

Así, por ese tenor, jugaron aquel día hasta la hora de salir de clase los alumnos del «Colegio Libre» á que Floreal había sido incorporado.

Poco tardó nuestro chiquitín en conocer todas las letras del abecedario y en saberlas juntar para componer, primero, las sílabas y, después, las palabras que el ayudante indicaba.

Floreal iba á la escuela cada día más contento.

Había tomado gran cariño al profesor y á sus pequeños compañeros de colegio, y antes de la hora, todos los días pedía permiso á sus padres para encaminarse solo á la escuela. Pocos eran los días que, al abrirla el ayudante, no se encontrase á Floreal que esperaba la hora feliz de entrar en clase.

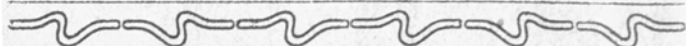
El maestro era para sus discípulos un hermano mayor; jugaba y departía con ellos cual si fuese su igual. Todos los sábados el profesor hablaba á sus discípulos en los siguientes términos, ó en otros parecidos:

«Hijos míos: mañana es domingo, día de fiesta para los cristianos; ayer era sábado, día de fiesta para los judíos y anteayer, viernes, día de fiesta para los mahometanos. Y los alumnos que concurren á las escuelas de niños que profesan religión diferente á la de los españoles, guardan la fiesta que sus religiones les imponen. Mas nosotros no guardamos las fiestas por ser cristianos, judíos ni mahometanos, sino por dar más variedad á la vida y pasar un día entero en compañía de nuestros padres. Para nosotros, todos los hombres pertenecen á una religión, á la del bien, y á una raza, á la humana.

Por esto nosotros no odiamos á nadie, sea cual fuere el culto que los demás rindan á los dioses, sea

cual fuere el color de su piel y la calidad de la tela de sus vestidos. Pero si no odiamos á nadie, porque todas las personas son, en grandeza, iguales á nosotros, tampoco vemos en nadie un valor personal ni social que no esté en nosotros. De ahí nuestra humildad ante los humildes y nuestra grandeza ante los grandes. Id, pues, hijos míos á vuestras casas. En ellas saludad con respeto y cariño á los seres que os criaron. Cuantas personas encontréis por la calle consideradlas hermanas vuestras, sea cual fuere el culto que rindan á los dioses, el color de su piel y la calidad de sus vestidos».

Y al acabar de decir esto el maestro, los discípulos salieron, riendo, del «Colegio Libre», sin alborotar ni apedrear á nadie, ni siquiera á los gorriónes que, piando, buscaban por el suelo el sustento del día.



III

Floreal aprendiendo geografía

Cuenta ya seis años nuestro buen amigo, y durante los dos que han transcurrido desde la última vez que le vimos, ni un día ha dejado de asistir a la escuela, siendo de ella un excelente discípulo.

Cuando se le hubo enseñado el juego de leer, aprendió el juego de escribir, consistente en hacer en el suelo las letras que el ayudante hacía en la pizarra; en elegir las y señalarlas después de hechas, y en hacerlas después de elegir las, al solo anuncio de ellas, esto es, sin que nadie se las escribiera antes. Así, en cuanto conoció y supo hacer todas las letras del abecedario en manuscrito, como ya sabía leer de corrido las de imprenta, supo leer también una carta de letra clara y correcta, y lo mismo que se le había hecho antes, dándole un libro de lectura después de formar sílabas en el juego, se le ha hecho ahora, dándole un cartapacio para que en él afinara un poco el pulso, redujera el tamaño de las letras y escribiera, por último, lo que el maestro le dictara.

Al recibir Floreal el primer libro y el primer carpapacio, se puso tan contento como el pajarillo que ve á su madre con un insecto en el pico; y desde aquel instante pasó á otra sección de la escuela, la que disponía, lo mismo que la sección de entrada, de un gran patio. En esta nueva clase á que Floreal había ingresado, se enseñaba á leer y á escribir con propiedad, se enseñaba, además, á contar, y se jugaba á geografía y á geometría. Floreal fué recibido con gran contento por los alumnos de su nueva clase, los cuales le pusieron al corriente, antes que pudiese hacerlo el profesor, de lo que allí hacían.

Pronto Floreal fué el amigo de todos sus condiscípulos y el que contaba con más simpatías, así por su amabilidad, como por su claro entendimiento.

Los juegos de geografía que se ejecutaban en esta clase, consistían en lo siguiente:

A un extremo del patio, que era muy grande, había una pared semejante á la de un juego de pelota, y en esta pared un mapa de España pintado al fresco, dividido en regiones y en provincias, cada una de las cuales llevaba marcado su nombre de manera visible, así como los ríos y las montañas que las recorrían y cruzaban.

El profesor colocaba á sus alumnos delante de ese mapa, divididos en tres grupos y, cada grupo ocupaba sitio distinto según lo adelantados que estaban en el juego. Primero los más pequeños ó los últimos que habían ingresado en la clase, al centro los que estaban un poco más adelantados y detrás los mayorcitos. A todos se les daba una pelota y uno después del otro, á la voz del maestro, tiraban la pelota á la región ó á la provincia que el profesor indicaba. Así, por ejemplo:

—Floreal!—dijo el profesor.

—Dispuesto,—contestó el alumno.

—A ver si das con tu pelota en el centro de Castilla la Nueva.

Como Floreal formaba parte del grupo más cercano al mapa, por haber ingresado aquel día en la sección, veía perfectamente donde decía «Castilla la Nueva», y no le fué difícil dar con la pelota en el sitio designado por su maestro.

—¿Está usted seguro, Floreal, que ha dado usted en la región de Castilla la Nueva?

—Sí, señor.

—¿Por qué ?

—Porque se lee perfectamente y casi llego con mi mano.

Así fué Floreal recorriendo todas las regiones con la pelota y luego las provincias, afinando el pulso, ejercitando el brazo y aprendiendo el mapa, y así recorrió los dos grupos restantes, desde los cuales era más difícil el ejercicio, porque del sitio donde estaba situado el último grupo no se leían las letras que señalaban las regiones y las provincias.

Cuando Floreal, pasados algunos días, conoció perfectamente la situación que cada provincia española ocupaba en la Península Ibérica, el profesor le hizo volver de espaldas al mapa y le dijo:

—Dime, Floreal, las provincias españolas que fronterizan con Francia.

Floreal las nombró todas sin faltar una (1).

—Dime ahora las del litoral del Mediterráneo.

Floreal las fué diciendo, empezando por Gerona y acabando por Cádiz.

(1) Advertimos á nuestros lectores, niños ú hombres, que, siendo éste un libro de lectura, omitimos los nombres de las provincias, porque de otro modo el libro se haría interminable, como el lector comprenderá. En este libro no nos proponemos más que dar una idea de la clase de enseñanza que recibió Floreal. — N. del A.

—Perfectamente. Vocea las del litoral del Oceano Atlántico y las del mar Cantábrico.

—Floreal obedeció sin equivocarse.

—Cuéntanos en qué provincia empieza el río Ebro y en cual acaba.

Floreal quedó también esta vez como un discípulo aplicado.

—¿Cuántas provincias abarca la cordillera de montañas que se conoce con el nombre de Carpeto Vetónica?

Floreal contestó esta, como otras veces, con singular aplomo, y así fué aprendiendo poco á poco el territorio español, lo mismo que si se tratase de las habitaciones que contenía la casa de sus padres.

Cuando Floreal hubo aprendido el mapa de España, su profesor se lo hizo dibujar en un papel cartuliña, tomando por modelo el que servía para el estudio; luego repitió la copia mirando el mapa que él había dibujado, y, por último, reprodujo el mapa de memoria.

En tal situación, el maestro hizo viajar por España á Floreal de la manera que se verá cuando Floreal viaje por el mundo aprendiendo en el Mapa Mundi.





IV

Floreal recorriendo el mundo

Tal como hemos visto aprender á Floreal el mapa de España, aprendió el de Europa y luego los de las demás partes en que los geógrafos han dividido la tierra.

Esos mapas de las cinco partes del mundo estaban estampados en grandes lienzos semejantes á las alfombras que sirven para cubrir las tablas de los teatros. Ahora los alumnos no tiran la pelota encima de la nación ó de la región de Europa que el maestro designa, sino que ponen en ella la planta de los pies, recorriendo el gran lienzo como si recorrieran la superficie de la tierra. Así, por ejemplo, cuando Floreal hubo aprendido los mapas de Europa, Asia, Africa, América y Oceanía, su profesor le puso delante del Mapa Mundi, dibujado en un lienzo mayor que los otros, y le dijo:

—Floreal:

—Dispuesto, señor profesor;—contestó Floreal.

—¿Dónde estamos?

—En Barcelona.

—¿Podría usted ir á Madrid?

—Sí, señor. ¿Por dónde quiere usted que vaya?

—Por la línea más corta.

—Entonces de Barcelona á Zaragoza, por la de los directos, y de Zaragoza á Madrid por la línea de Madrid, Zaragoza y Alicante.

—¿Qué provincias recorre el tren?

—Barcelona, Tarragona, Teruel, Zaragoza, Soria, Guadalajara y Madrid (1)

—Regrese usted á Barcelona por Valencia, y háganos el favor de citarnos también las provincias que ese tren recorre.

—Madrid, Toledo, Ciudad Real, Albacete, Alicante, Valencia, Castellón, Tarragona y Barcelona.

—Perfectamente. Ahora dará usted la vuelta al mundo sin pisar tierra, si puede ser.

—Sí puede ser, con tal de que no se me obligue á ir por el camino más recto.

—No; vaya usted por donde le acomode.

—Embarco, pues, en Génova, cruzo el golfo de León, paso por delante de Barcelona, Tarragona, Castellón, Valencia, Alicante, Cartagena, Almería, Málaga; cruzo el Estrecho de Gibraltar, paso por delante de Tánger, me inclino hacia la izquierda al penetrar en el Océano Atlántico, paso por entre Canarias y la costa africana...

—Alto,—dijo al llegar aquí el profesor.

—Cuidado, maestro, que la mar está enfurecida y no puede pararse mucho tiempo sin peligro,—exclamó Floreal.

—Sólo el necesario para que me explique usted

(1) Aquí Floreal podría visitar los monumentos y museos dignos de ser visitados y describir lo mejor de ellos; pero el procedimiento nos llevaría muy lejos, porque sería menester hacer lo mismo en todas las capitales del mundo, y la reseña no cabría en uno ni dos volúmenes —N. del A.

por qué toma la vía de Africa en lugar de tomar la de las Antillas.

—He tomado la vía de Africa para dar la vuelta al mundo en menos tiempo posible. Usted, señor maestro, me ha dicho que diera la vuelta al mundo sin pisar tierra, y yo he contestado que podía dar la vuelta al mundo sin pisar tierra, con tal de que no se me ordenara recorrer la línea más directa. Por la línea más directa es preciso pisar tierra necesariamente; pero por mar hay también una vía más corta que otras, que es la que recorro.

—Y ¿adónde se dirige usted ahora?

—Al estrecho de Magallanes.

—Andando, pues.

—Paso por delante de Sahara,—prosiguió Floreal,—y después por las costas de Senegambia; acabo de entrar en las calmas del Ecuador; cruzo la corriente del Golfo de Guinea; dejo las aguas africanas para meterme en las americanas; estoy ya en las corrientes ecuatoriales del Hemisferio Sur; sufro un calor horrible; por la derecha, se ve tierra, son las costas del Brasil; me acerco á ellas para refrescarme un poco, desde el puerto veo á Pernambuco; paso por delante de Río Janeiro; luego por delante de Montevideo y Buenos Aires; continúo el viaje siguiendo las costas de la Patagonia; doblo la América del Sur por el Estrecho de Magallanes; penetro en el Océano Pacífico; dejo las aguas americanas para internarme en las de Oceanía; cruzo la región de los vientos oeste, por detrás de los hielos flotantes del antártico; me remonto hasta las islas que componen la Polinesia y la Nueva Zelanda, navegando entre ambos grupos; cruzo el estrecho que componen la Nueva Guinea y la Australia; atrás dejo la Melanesia; alcanzo la Malasia; penetro en aguas de Asia por el Mar de las Indias; otra vez su-

fro un calor sofocante, es que cruzo el Ecuador por el mar que primero vió Vasco de Gama; dejo atrás las islas Malvinas y el Mar de Oman. para entrar en el Mar Rojo; paso por entre Africa y Asia, teniendo á mi derecha la Arabia y á mi izquierda la Nubia; desemboco en el Mar Mediterráneo por el Estrecho de Suez; estoy en Europa de nuevo; á la derecha dejo las célebres islas de Chipre para acercarme á las costas de la inmortal Grecia; paso por entre Túnez y la Sicilia y me dirijo directamente á casa por entre las Baleares y el golfo de León.

—¿Has sufrido mucho, Floreal?—le preguntó el profesor al llegar á Barcelona.

Si, señor,—contestó Floreal;—he sufrido mucho calor, mucho frío, terribles borrascas y he visto todas las zonas que pueblan la tierra.

—Pues, amigo,—le interrumpió el maestro,—ese es un grano de anís comparado con el viaje que vas á emprender ahora.

—Usted dirá, mi querido maestro; estoy pronto á obedecerle.

—Has de emprender el mismo viaje, pero sin cruzar mar.

—¡No es posible, señor director!

—¿Cómo que no?

—¡No puede darse la vuelta al mundo sin cruzar mar!

—¡Bueno! Viajando por mar lo menos posible.

—Esto ya es otra cosa. ¡Vaya un viajecito!

—¿Puedes emprender la marcha?

—Cuando usted ordene y por dónde usted diga.

—Por Oriente.

—Recorro el Mediodía de Francia y el Norte de Italia; doy la vuelta al Mar Adriático por la parte norte también; recorro el Mediodía de Rusia; sigo el litoral del Mar Caspio por el Norte; me interno

en el Turquestán; cruzo la China de Occidente á Oriente; me dirijo á Corea, recorriendo el litoral del Mar del Japón hasta Vladivostok; penetro en la parte oriental de la Siberia; doy la vuelta al Mar de Ornotsk; llego al Estrecho de Berhing que cruzo en una barca de balleneros aliaskanos; penetro en la América del Norte por el Cabo del príncipe de Gales; voy descendiendo hacia el Sud por la parte norte de los Estados Unidos del Canadá; cruzo la República Norteamericana, penetrando en ella por el sud de Oregón, y en Nueva York me embarco para la Coruña, de donde llego ahora por la línea del Norte, que he tomado en Venta de Baños.

—Y qué, ¿llega usted bueno, Floreal?

—Bueno del todo, á pesar del calor y del frío que he sufrido, de las ampollas que tengo en los pies y de los arañazos en las manos.

—¡De suerte, que puede emprender el último viaje!

—El último, no señor; el último espero emprenderlo dentro de cien años, si la naturaleza me ayuda; más, el último viaje por encima de estos lienzos puedo emprenderlo cuando usted disponga, señor profesor.

—Si tuviera usted que emprender ese viaje que ahora ha hecho por mar y por tierra en el menos tiempo posible, pudiendo echar mano de buques y de ferrocarriles, ¿por dónde pasaría usted?

—Si estuviera abierto el Istmo de Panamá, de aquí á la América Central; cruzaría después el Océano Pacífico, el Mar de las Indias, el Mar Rojo y el Mediterráneo, desde el Istmo de Suez.

—¿Y no estando abierto el Istmo de Panamá?

—El camino más corto es de aquí á Nueva York, de Nueva York á San Francisco de California en ferrocarril y luego lo de antes: Océano Pacífico...

—¡Está bien, está bien! Otra pregunta. ¿Por dón-

de se iba á la India antes de abrirse el Canal de Suez?

—Doblando todo el continente Africano por el Cabo de Buena Esperanza.

—¡Vaya un rodeo!

—Precisamente ese rodeo fué causa del descubrimiento de América.

—¡Eh! ¿Cómo? ¿América está cerca del Cabo de Buena Esperanza?

—No, señor; pero Colón, que tenía un cálculo equivocado de la superficie de la tierra, creyó que, siendo ésta esférica, se podía llegar antes á las Indias yendo por Occidente que por Oriente, toda vez que por Oriente era preciso dar la vuelta al continente africano, cuyo sud está á los 34°50' grados de su polo.

—¡Ah, ya! Y Colón, dijo: por Occidente no habrá necesidad de dar rodeos, y se encontró al paso con unas tierras que no eran las Indias.

—Esto es.

—Pues á comer, que el día ha sido aprovechado, dijo el Maestro, y los alumnos abandonaron el colegio poco á poco, siendo Floreal el último que lo hizo.





V

Floreal sembrando flores y recogiendo frutos

En las escuelas, lo mismo que en las ciudades, hay criaturas físicamente más imperfectas que otras. Unas son tueras, algunas cojas, éstas jorobadas, aquéllas feísimas; la mayoría bien parecidas y el resto no son guapas ni feas, ni tienen defecto alguno.

Por una falsa educación, y más que por una falsa educación, por una necesidad social que obliga á las criaturas á perjudicarse mutuamente, porque el perjuicio de unos es el beneficio de otros, las personas que tienen algún defecto físico suelen ser objeto de burla en las reuniones y en las escuelas.

Floreal, con su buen corazón, procuró desterrar esta mala costumbre de su escuela, secundando los planes y los deseos del profesorado, y no sólo logró, con su ejemplo, que los niños que tenían algún defecto físico no fuesen molestados, sino que, dando á la misión que se había impuesto un carácter más

práctico y hermoso, se colocaba, con un amiguito suyo, de antemano adiestrado, cerca del niño cojo ó tuerto y sostenían una conversación semejante á la siguiente:

—Vaya una manía la de Gasparó,—exclamaba Floreal.

—¿Qué manía?—preguntaba un compañero.

—¡Pues no dice que está cojo!

—¡Cojo! No lo había notado.

—Se lo he dicho muchas veces: «no se conoce, Gasparó»; pero él no hace caso y persiste en creerse cojo.

Con todos los alumnos de la escuela que tenían algún defecto físico, hacía lo mismo Floreal cambiando algunas palabras, según el defecto de que se trataba.

El procedimiento adoptado por Floreal produjo grandes resultados, pues los interesados oían la conversación y se ponían tan contentos, creyendo que, verdaderamente, no era su falta tan señalada como ellos creían.

Floreal se empeñó también en desterrar del colegio, alentado por su padre, las bromas pesadas que suelen darse los alumnos unos á otros, por mucha que sea la vigilancia y la buena voluntad de los profesores, que no pueden estar en todas partes. Cuando se pedía el concurso de Floreal para una broma de ese género, le negaba primero, luego procuraba convencer al que pretendía darla, que era una injusticia abusar de la ignorancia y de la buena fe de nadie, y si, á pesar de todo, el niño travieso persistía en su empeño, Floreal, de una manera ó de otra, siempre dignamente, procuraba desbaratar sus planes.

Por estos y otros hechos de Floreal, los profesores lo presentaban siempre como modelo de niños

aplicados y utilizaban su claro entendimiento y su buen corazón para educar á los demás niños y hacerlos aprender. En las lecciones, Floreal era el primero en ponerse á trabajar y el último en dejar el trabajo.

Alternando con las lecciones de geografía, Floreal y los de su clase las recibían de geometría.

El juego de geometría era muy higiénico y entretenido.

El profesor, por ejemplo, trazaba en la pizarra una línea de arriba á abajo y escribía al lado «línea vertical». Luego preguntaba:

—¿Qué línea es?

Y los alumnos contestaban:

—Una vertical.

Después el profesor borraba las letras y volvía á hacer la misma pregunta. Los niños contestaban:

—Una vertical.

—Trazadla ahora vosotros en el suelo,—decía el profesor.

Los niños obedecían y el maestro recorría la gran pizarra que representaba el suelo del patio para ver si había sido comprendido, preguntando de paso el nombre de la línea trazada.

Cuando el profesor había hecho la operación que se acaba de indicar, decía á sus alumnos:

—Trazad ahora la misma línea con vuestros cuerpos.

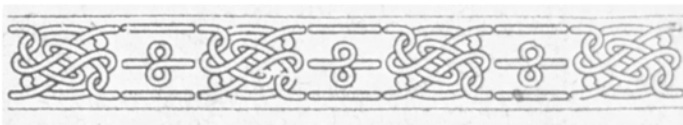
Y los niños se tendían en el suelo en igual posición que la línea.

Así hacía cada niño las verticales, las horizontales y las inclinadas; de dos en dos las paralelas y los ángulos, y de tres en tres los triángulos, etc.

Cuando se llegaba á la circunferencia, los niños de esta clase, divididos en secciones, después de trazarla en el suelo imitando á su profesor, la repe-

tían con sus cuerpos, tendiéndose primero los de la circunferencia, luego los del radio, después los del diámetro, el secante, el segmento, etc. Así aprendían y hacían las figuras geométricas hasta llegar á los problemas. Entonces pasaban á otra clase y en esotra clase se les daba estuche, y se hacían las figuras sobre papel y á la perfección, resolviendo todos los problemas con ayuda de los conocimientos matemáticos que habían adquirido en otras secciones.

De esta suerte aprendían geometría y jugaban á ella los niños del colegio á que concurría Floreal, en vez de hacer los monótonos y acompasados ejercicios que hacen en las escuelas que podríamos llamar militaristas, según lo uniforme de sus «evoluciones» y sus marchas formados en pelotones.



VI

Floreal completando su educación

Trece años cuenta ya Floreal, y desde igual número de meses sus padres están discutiendo un asunto muy importante para el porvenir de nuestro gran niño.

El padre de Floreal se gana regularmente la vida; ocupa en la sociedad esa posición del obrero inteligente que, por ganar buena soldada, puede darse la satisfacción de pensar que, con alguna economía en los gastos de la vida, su hijo no tendrá necesidad de sujetarse al salario. Mas la madre de Floreal pretende darle un oficio. A la excelente señora le asusta la vida del estudiante y teme que su hijo se encuentre, á la postre, pobre y sin medios personales con que ganarse el sustento.

Habla el padre á su esposa en los siguientes términos:

—Un hombre instruido es siempre un número superior á un hombre ignorante en las presentes sociedades, y, si puedo, quiero evitar que mi hijo se someta á la esclavitud de la ignorancia y del jornal. Des-

pués, cuando tenga diez y ocho ó diez y nueve años, que se vaya por el mundo, que la vida y la naturaleza le enseñarán, tanto ó más que los maestros, á ser libre y feliz.

No hubo manera de hacer desistir al padre de Floreal de tan lógicos y sanos intentos, y como consecuencia de ellos su hijo continuó asistiendo á la escuela pasando á la clase superior de la misma, que la constituyen las asignaturas de Química, Física, Astronomía, Historia Natural é Historia propiamente dicha, y que se aprendían por el orden anunciado, entendiendo los profesores que del estudio de lo infinitamente pequeño, había de pasarse al estudio de lo infinitamente grande; que la Química, la Física y la Astronomía habían de ser la base de la Historia Natural, y que el conocimiento de los animales había de constituir la base de la historia de los hombres.

Carrera no se podía seguir ninguna en el colegio á que asistía Floreal y he aquí la preocupación de su madre, que no comprendía el estudio sin un título y una utilidad personal. Mas los profesores del colegio, tomando el partido del padre de Floreal, y deseando que éste no saliera del colegio sin una esmerada educación, le contestaban que las carreras no son más que la manera de hacer hombres incompletos, aptos para una cosa sola, máquinas para dejar sin tacha aquella parte de la vida que se les encomiende; pero inútiles para una labor sana, de complejidad social y de vida múltiple. A la verdad, la buena señora no comprendía muy bien el significado de tales razonamientos, y más la convenía una caricia de Floreal que toda la dialéctica de los maestros, y acabó por conformarse.

Para dar una idea de lo que eran las lecciones de Química, Física, Astronomía, Historia Natural é

Historia de los hombres sobre la tierra en el «Colegio Libre», y de la clase de educación superior que recibiera Floreal, sólo diremos que el día que nuestro niño entró en aquella clase, el profesor se expresó en estos términos:

—«Amiguitos míos: Este mundo en que vivimos está muy mal constituido, social é idealmente considerado. Los sábios y los apóstoles nos han engañado tontamente; sin embargo preciso es confesar que, por lo que á la mayoría se refiere, los primeros engañados fueron ellos. Hemos de formar, pues, un mundo nuevo, basado únicamente en los conocimientos humanos, en cuanto á su trascendencia en el tiempo y en el espacio, y en la identidad de origen, no sólo de los hombres, sino de los animales y aun de la misma materia en general.

» Para ello es preciso hacer un esfuerzo mental y pensar que nada hay en el mundo ó que en él sólo hay la primera materia que se cruza, evapora y liquida continuamente; que se mezcla y se purga sin cesar; que fomenta, engendra y germina siempre, y la vida orgánica aparece sobre la tierra como una germinación de la materia inorgánica, que es «también vida á su manera, una vida más simple por ser más eterna» que la que nace, desarrolla y muere dentro de nuestros conocimientos y de nuestra existencia.

» Y ya tenemos vida reproductiva, que toma los elementos de que se nutre de la substancia á ella adherida. Luego la vida se extiende y con ella los medios de engrandecerla, ensanchándose cada día más en busca de nutrición.

» Y de vegetal invisible, imperceptible, no sólo sin voluntad, sino también sin movimiento, llegamos al animal sujeto á la tierra ó á la roca, como á

mismo vegetal, pero con tendencia al movimiento instintivo ó voluntario.

» ¡Análcese ese protoplasma! Puede ser célula vegetal y puede ser célula animal. No obstante, ese protoplasma constituye la célula de un ser vivo que se mueve sin que nadie lo note, primero, que se arrastra después, y que se pasa toda la vida para andar un milímetro, luego. Ya la vida reproductora se ensancha más; el animal, un animal que se distingue muy poco de los vegetales, no puede vivir de los elementos nutritivos á él adheridos, necesita de otros y va en su busca, y anda, y se esfuerza, y recorre, y vive andando, porque se nutre de lo que halla aquí y allá. Es el instinto de la vida, es la necesidad de la vida ascendente, que empuja, empuja y crea órganos, cada día más ligeros y siempre más complejos, en relación con las mismas necesidades, siempre más numerosas. Y es un vaivén de causas y de efectos, de necesidad de andar para nutrir y de necesidad de nutrir para andar. Y llega un momento en que el instinto y la inconsciencia son poco. Ello ocurre cuando aparece la primera célula cerebral. La vida reproductora cuenta ya con ingenio y con voluntad. ¡Y arriba siempre, y siempre, más medios de vida, y siempre vida nueva á cada nueva manera de vivir! Y hay especies y géneros de animales que se subdividen en millones de géneros y de especies. Ya es eterna la vida, eterna por razón de su propia existencia, eterna por razón de sus manifestaciones infinitas.

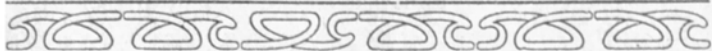
» Análcese ese protoplasma. Lo mismo puede ser célula de hombre que célula de mono, y aunque los organismos inferiores de la especie humana se distinguen bien poco de los superiores de la especie simia, es lo cierto que ese protoplasma constituye célula de un hombre, que si tiene conciencia de sí,

no la tiene del mundo. Y lo que ocurrió entonces, al pasar de la materia orgánica á la organización, ocurre ahora al pasar, por evoluciones infinitas, del animal primero al más perfecto de los organismos humanos: instintos, necesidades, invasiones, grupos, tribus, mezclas, luchas, guerras, ¡evolución eterna, ascensión eterna!

» Contaremos, desde este momento, la historia del hombre sobre la tierra; pero la contaremos desde nuestro punto de vista de hombres enemigos de la guerra y de la matanza, que no por ser fieles á la historia, hemos de hacer el mal perdurable, y no todos los hombres, ni los mejores, han sido capitanes, reyes, ni emperadores, como se deduce de la historia que hasta hoy han escrito las plumas asalariadas. Contaremos la historia del trabajo, que es la más bella y la más sana, comprendiendo entre los trabajadores á todos los artistas, á todos los sabios y á todos los obreros.»

—He aquí concretado el programa de la clase á que ha entrado hoy Floreal,—dijo el profesor, y dió por terminada la lección de aquel día. Los niños se fueron á sus casas muy contentos y Floreal con ganas de saber minuciosamente cuanto á grandes rasgos había oído de labios de su nuevo maestro.





VII

Consejos, réplica y despido

que dijo el profesor de las clases superiores del «Colegio Libre» el día que Floreal pasó puede deducirse la calidad de la enseñanza y educación que los alumnos recibían en dicho colegio de enseñanza, y puede comprenderse cómo se formaba la mentalidad del nieto de «Vio-

El procedimiento educativo era también en las clases superiores muy racional y muy sencillo. El profesor exponía el asunto, auxiliado de aparatos y de proyecciones, y luego, antes de llegar á la experiencia, es decir, á la demostración del hecho científico que se explicaba, los alumnos, uno por uno, exponían su parecer, de palabra ó por escrito á voluntad, no sólo sobre lo que el maestro había dicho, sino el mismo problema que se trataba de conocer, si era cosa demostrada, ó de resolver, si aun no estaba resuelto.

Ese era el sistema educativo de las clases superiores en el «Colegio Libre», salvo los sábados, que se establecía una especie de controversia entre los

alumnos, discutiendo un tema determinado y haciendo el resumen de la discusión un alumno elegido por los demás antes de empezar la controversia y que se cambiaba cada semana. De esta suerte, Floreal y sus compañeros, al mismo tiempo que adquirían conocimientos, hacían práctica para explicarlos

» desenvolvían libremente su intelecto, sin que el profesor les designara el camino que había de seguir como acontece en los centros de enseñanza guerrales y en todo centro educativo cuyos maestros historiados, formado de los problemas un concepto «apriático», obedeciendo al mal de tener por norte una verdad definida, finita y absoluta, porque esa verdad absoluta, finita y definida domina la razón, la sujeta á un dogma y la guía hacia un punto que es el resumen de toda la actividad mental: lo sobrenatural y espiritualista.

Floreal se empapó bien, no de las doctrinas de su profesor, que no las tenía como tal, sino de los hechos que se exhibían ante sus ojos y que el maestro presentaba al estudio y dictamen del alumno, libre, como hemos dicho, de norte y limite.

Así, no es de extrañar que Floreal á los diez y ocho años tuviese una inteligencia despejada, un carácter generoso, una voluntad férrea y una salud á toda prueba; y que, dadas, estas condiciones, todo el mundo, profesores y discípulos, propios y extraños, le tomarán gran cariño tan pronto lo trataban.

Y al llegar Floreal á la edad indicada con el cerebro lleno de cosas y el corazón de entusiasmo, se presentaron otras dificultades, que estuvieron á punto de promover un rompimiento entre los profesores y los padres de Floreal, de una parte, y Floreal de otra.

Enamorados los profesores del talento del muchacho, que consideraban suyo porque ellos habían ayu-

dado á formarlos, trataron de convencer y convencieron á sus padres de lo conveniente que para todos, y sobre todo para el crédito y la prosperidad del colegio, era que Floreal, concluidos los estudios y engrandecidos por su talento natural, pasara de discípulo á profesor del «Colegio Libre».

Cuando familia y profesorado lo tenían todo dispuesto, se enteró del caso Floreal, quien llamó á su padre y le dijo:

—Padre mío, de usted y de mis maestros he aprendido á ser libre y á pensar libremente.

—¿A qué vienen tus palabras?—interrumpió el padre de Floreal.

—Vienen porque he sabido que habían ustedes dispuesto de mis aptitudes sin saber antes si ellas servían para el caso á que se les quieren destinar.

—El profesorado del colegio ha hablado siempre muy bien de tí; todos los maestros han dicho que de mi hijo podía hacerse un buen profesor; y como tanto yo como tu madre no deseamos más que tu felicidad, hemos pensado que sin moverte de nuestro lado podías ser persona notable y respetada dentro del saber.

—No pensaba usted así años atrás,—contestó Floreal;—pues recuerdo que más de una vez, discutiendo con mi madre, dijo usted que yo había de completar mi educación recorriendo el mundo, á cuyo efecto me hizo usted aprender el francés y el inglés.

—Es verdad; pero ahora he cambiado de parecer y sentiría mucho no poder decir: «este es mi hijo».

—¡Y para que usted, padre, tenga ocasión de poder decir «este es mi hijo», quiere usted que yo sea profesor, sin sentir vocación para ello, y quiere que no me mueva del lado de usted siendo mi deseo viajar mucho! Recuérdelo usted, padre mío. Usted mismo me ha dicho más de una vez que la vida

enseñaba mucho más que los libros, y si ahora apenas sé nada y no me deja usted vivir libremente, moriré sabiendo muy poco.

—Efectivamente.

—De mi parte está la razón, pues. Además, tenga usted en cuenta una cosa, padre querido. El año que viene entro en quinta; si continúo á su lado tendré que ir al servicio militar. ¿Para esto se habrá usted sacrificado tanto? ¿Para esto habré ido yo toda la vida al colegio?

—¡Es que yo espero poder redimirte del servicio de las armas pidiendo prestadas las tres mil pesetas que para ello hacen falta y que devolveríamos trabajando todos á una y en buena armonía!

—De suerte que después de sacrificar por mí toda la juventud de usted, quiere usted empeñar su vejez! ¿No es esto, padre mío? ¿Y quiere usted que yo lo tolere? Yo no quiero ser soldado ni permito que por mí se hagan más sacrificios, cuando el sacrificio ha de ser tan grande y tan pequeño lo que con él ha de alcanzarse. Estoy resuelto: dentro de algunos días partiré para París.

—¿Sin conocer á nadie, sin dinero, sin medios de vida?

—Podría contestarle á usted que ya que quería usted empeñarse para redimirme del servicio militar, se empeñara usted para que yo tuviese elementos con que andar los primeros pasos de la vida emancipada; pero prefiero decirle: ¿Para qué había de servirme tanta instrucción si después, para salir de casa, había menester del dinero como los ignorantes y los incapaces?

—Bueno, bueno; hablaré con tu madre y con tus profesores y resolveremos.

—Dispense usted, padre mío, pero no sé lo que han de resolver ustedes, porque supongo que no

querrán retenerme aquí á la fuerza y elegirme la profesión que yo he d'e seguir.

—No, no.

—Pues entonces...

—Se hará tu voluntad.

—Pero no por ser mi voluntad, sino por ser ella justa. Deseo convencerles de ello. Cuando á una mujer le dan por fuerza un marido que ella no quiere, todo el mundo protesta; lo mismo ocurre cuando á un muchacho se le obliga á casarse con una joven queriendo á otra. En ambos casos se tiraniza la voluntad y los sentimientos. Pues esa gran tiranía moral se repite siempre que se quiere forzar la inclinación de un ser humano. Yo no quiero ser profesor, no siento vocación para serlo; ¿por qué se me ha de obligar á que lo sea? Yo no quiero ir al servicio de las armas ni permito que usted se sacrifique por mí para evitarlo. Yo deseo salir de España y conocer París, conocer Londres, vivir con mi propia vida las cosas de la tierra que he aprendido.

—Está muy bien; serás un gran dialéctico; pero piensa que yo soy tu padre y que es mi amor de padre el que siente que te alejes de su lado, sin que donde vayas conozcas á nadie ni tengas amigos.

—Así pensaba mi madre cuando ella quería darme un oficio y cuando usted pretendía que yo continuase mis estudios.

—¡Es que yo no esperaba, que llegaras á valer tanto!

—Y por que valgo tanto, como usted dice, quisiera ocultarme á las miradas de los ladrones, y los ladrones son, según la opinión de mi madre, todas las personas. ¡Vamos, vamos, padre mío, sea razonable! Si valgo, como usted dice, es preciso que emplee mi valer en bien de los demás, porque si no, ¿qué valor tendría entonces este mérito que usted

y mis maestros ven en mí? Ninguno. Porque valor ignorado es valor perdido. Y si no valgo, ¿para qué tantas precauciones?

—Repito que eres un gran dialéctico.

—No, señor; con la verdad todo el mundo puede ser gran dialéctico. Por otra parte, ya sabe usted que tengo muy buenas relaciones con algunos estudiantes de París afines á nuestras ideas. Ellos me guiarán, me presentarán á la gente y me facilitarán relaciones. Lo demás es de mi cuenta.

—No prosigas: partirás cuando tú determines. Esta noche hablaremos de ello con tu madre.

—A mi madre no conviene decirle que me voy para no volver ó para tardar en volver. Le diremos que es un viaje de instrucción que sólo durará dos ó tres meses.

—¡Una mentira, Floreal!

—Una mentira para evitarle á mi querida madre un gran dolor.

—Tú te encargarás de decírsela.

—Yo me encargaré. Ya verá usted qué contenta la dejo y cómo justificaré mi tardanza en volver. Así, pensando en que no dejo dolores, partiré alegre.

—A ver si ahora habré de ser yo el que de entre los dos dé lecciones de lógica y de moralidad.

—¿Por qué?

—Porque el dolor ante la verdad no es nada.

—Padre mío, es usted discípulo de una escuela seca. No se enfade usted si digo que como usted piensan los jesuitas. «Los medios nada representan, delante del fin», dicen ellos. ¿Por qué no procurar que medios y fin sean bellos y buenos? Yo podría decirle á mi madre: «Me voy sin saber dónde, ni cuándo volveré». Esta sería la verdad, una verdad cruel. Pero yo, á esta verdad, prefiero esta mentira: «Madre mía, deseo conocer París; allí tengo

amigos que me reclaman, pasaré dos ó tres meses entre ellos; aprovecharé la ocasión para buscar medios con que ganarme la vida, y si los encuentro, es fácil que me quede allí. Ya comprenderá usted, madre querida, que lo último ocurriría solamente en el caso de encontrar una excelente colocación, capaz para proporcionarme una vida tranquila y segura». Esto no es tan verdad como lo otro, pero tiene la ventaja de que puedo serlo y de que es más bello, porque es más consolador.

—¡Ah!, temo por los que se te pongan delante.

—¿Por qué?

—Porque los vas á pulverizar, aunque la verdad no esté de tu parte.

—Conque soy un sofista, ¿eh?

Me enoja verte dispuesto á alterar la verdad por consideraciones morales. •

—¡Se trata de mi madre!

—Los padres no son superiores á la verdad... Además, mañana se puede tratar de otra persona y de otro asunto y temo que, de concesión en concesión, llegues á parlamentar con la mentira. Habla ahora el compañero y el amigo.

—Bien hace usted en advertímelo, porque de otra manera hablaría la verdad á mi padre.

—¿Qué le dirías? •

—Que no le debo nada; que es usted quien me debe á mí, porque me trajo al mundo para satisfacer un goce y que me quería á su lado por egoísmo y vanidad.

—¡Calla, Floreal, calla!—dijo su padre.

—¿No quería usted la verdad?

—Sí; esta es la verdad, pero una verdad que me atormenta.

—Pues ya se ve como algunas veces la piedad es

la gran belleza. Además, ¿qué pierde el mundo, qué pierde mi ideal con que yo invente, para mis padres, una mentira piadosa? Si algún día, y que no le quepa de ello duda alguna, padre querido, encontrase la oposición de mi madre, yendo yo camino de la justicia, de una justicia llena de bienes para todos, echaría á un lado á mi madre, le daría un beso y seguiría adelante. Esa es la belleza, esa es la verdad y ese es el equilibrio mental. Causar dolor individual por un gran bien común, perfectamente; pero causar dolor por una verdad que sólo produce males, será siempre un acto cruel. Este es el caso de usted y el de mi madre.

Padre é hijo se despidieron con un abrazo; el uno satisfecho de tener un hijo como aquél, y el otro contento por haber convencido al autor de sus días, sin ofenderle, de que la suya era la mejor y más bella verdad. Al día siguiente del en que tal cosa ocurría. Floreal salió del colegio más temprano que de costumbre para llegar á casa antes que su padre, y hablar con su madre de la partida. Llegó y dijo:

—¿A que no sabe usted, madre mía, por qué vengo hoy más temprano que otros días?

—Tendrás que hacer, sin duda alguna.

—Sí, tengo que hacer una cosa con usted.

—¿Conmigo?

—Sí, con usted.

—Tú dirás.

—Se me presenta excelente ocasión para ir á pasar un par de meses á París y vengo á participárselo.

La madre de Floreal miró á su hijo fijamente y dijo:

—¿Está de ello enterado tu padre?

—Sí, anoche hablé con él.

—Nada me ha dicho.

—Es natural, no tiene importancia.

—Y ¿qué piensas hacer allí? ¿De qué vivirás durante tan largo tiempo?

—Pienso estudiar la vida que hace el cerebro del mundo. En cuanto á vivir ya sabe usted que en París tengo buenos amigos.

—A quienes no conoces.

—Sin embargo, sabemos que son buenos y si no lo fueran, yo lograría que lo fuesen.

—Bien, bien; pero á mí se me había dicho que querías continuar en el colegio.

—Esto será si no encuentro cosa mejor en la capital de Francia. La plaza de profesor del colegio es siempre plaza segura.

—¿Y te quedarías en París, si en París encontraras buena colocación?

—Si tan buena fuera, ¿por qué no? Usted misma habría de alegrarse de ello.

—Naturalmente, con tal que me convenciera de ello viéndolo con mis propios ojos.

—Lo vería usted; pero ¿tan poca confianza merezco de usted, madre mía?

—A contrario, de mí la mereces toda; pero tú eres muy joven y es fácil engañarte.

—No tan fácil, como usted cree, que hay personas que son confiadas y buenas cuando creen que no hay necesidad de ser otra cosa.

—En fin, si no has de unirte á malas compañías...

—No tema usted por mí, madre adorada, que yo sabré siempre ser yo en todo momento y ocasión, si quiero ir á París, no es para perder tiempo ni salud, sino para aprovecharlo dignamente.

—Ya lo sé; eres un hijo modelo y yo estoy muy contenta de tí,—dijo la madre de Floreal dándole un beso en la frente.

En este momento llegó el padre. La conversación se generalizó y al acabar de comer todos esta-

han conformes y contentos. Sólo la madre de Floreal sentía un tanto la separación; mas, Floreal insistió en que probablemente sería por poco tiempo y en que aun siendo por más tiempo del que él creía, nada habían de temer sus padres, pues pruebas había dado de su buen juicio y de su mejor voluntad.

Ya sólo le faltaba á Floreal hablar con los profesores del colegio para dejarlos también contentos, como eran sus deseos, por lo bien que con él se habían portado, y aquella misma tarde, después de las clases, Floreal les rogó que le dedicaran algunos minutos.

Todos los profesores se los concedieron con placer, y al tenerlos reunidos en la dirección del colegio, Floreal habló de la siguiente manera:

—Mis queridos maestros, les he llamado para despedirme de ustedes.

Las palabras de Floreal causaron gran sorpresa en el ánimo de sus oyentes; mas Floreal continuó resuelto á terminar de una vez.

—Me marcho á París dentro de cuatro días y antes de hacerlo deseo demostrarles el profundo amor que por ustedes siento..

—Pero, muchacho, ¿vas á partir sin decir nada á tus padres?—se atrevió á insinuar el director del colegio.

—No ha habido necesidad de ser tan cruel,—contestó Floreal.

—Ello demuestra que si hubiese habido necesidad lo hubieras hecho.

—Naturalmente. De ustedes he aprendido una cosa.

—¿Qué?—preguntaron á una varios profesores.

—A tener voluntad y criterio propio.

—Contra los padres, no,—dijo el maestro de primera enseñanza.

—Los padres pueden tener egoísmo y preocupaciones, y cuando el hijo llega á cierta edad, á la edad de su independencia, ha de hacer lo que él cree bueno, aunque á sus padres les parezca que es malo.

—Pero lo bueno y lo malo son conceptos convencionales,—repuso el profesor de geografía,—y la paternidad es cosa absoluta y real.

—Lo bueno y lo malo son conceptos convencionales,—replicó el muchacho,—cuando se les da un significado moral y cuando se imponen á la multitud como norma de su vida; mas cuando constituyen un criterio individual, son una voluntad y una resolución, superior á todo concepto ajeno.

—Un poco más,—observó el director,—y defientes, Floreal, el criterio jesuítico que consiste en el sacrificio de todo sentimiento al poder de la Compañía. Aquí el poder de la Compañía es tu concepto del bien y del mal y tus deseos de ver mundo.

—¡Peregrino caso! Me han enseñado ustedes á tener voluntad, y ahora quisieran que la sometiera al amor paternal, que puede ser egoísta y que en mi caso y á mi edad sería una tiranía si intentara paralizar mi brazo. Me han enseñado ustedes á tener razón y criterio propio, y ahora quisieran que los sometiera al cariño que mis padres y ustedes sienten por mí.

—De todas maneras, Floreal ha dicho,—hizo notar el profesor de matemáticas, temiendo que la cosa se agraviara,—que cuenta con la conformidad de sus padres, y, por lo tanto, huelga cuanto se habla.

—Es para demostrar,—dijo Floreal,—que sin la opinión de mis padres obraría de la misma manera.

—Les hubieras causado un gran dolor.

—Hubiera procurado reducirlo á la última porción

posible, y hubiera partido. Si no hubiese habido otras salidas que el amor paternal, que me reducía á la impotencia, ó á un círculo más pequeño que mis deseos de lucha y la enérgica voluntad de contribuir á la mejora de la vida humana, hubiese optado por mi voluntad.

—Se vuelve á la máxima jesuítica,—dijo el profesor de primera enseñanza.

--Pues si la máxima jesuítica es supeditar todo interés á un ideal de justicia, comprendo el poder de los jesuitas.

—Pero el ideal de los jesuitas no es la justicia humana, sino el engrandecimiento de su Compañía,—dijo el director del colegio.

—Aquí está el peligro que para la humanidad representa la llamada Compañía de Jesús. Mas pongan ustedes su voluntad y su fuerza en el empeño de hacer por todos lo que hacen por ellos, y tendrán ustedes explicado mi caso.

—Si tu caso es así, no hay que hablar más,—observó el director.

—Yo no voy á fundar una asociación para explotar al mundo, sino que voy á ayudar á los que quieren libertarlo de sus tiranos, y nadie, ni padres, ni maestros, ni amada, si la tuviera, me harían desistir de mi empeño. A lo que sí me avengo, es á hacer menos dolorosa mi partida.

—Floreal,—dijo el director,—confieso que hemos tenido un momento de debilidad; eres más fuerte que todos; la razón está de tu parte. Ve, discípulo amado, ve á luchar por la justicia, por esa justicia que es absoluta, porque se quiere igual para todos y que es relativa, porque no estamos aun seguros de haberla concebido tan hermosa cual ella puede ser. Un consejo deseo darte y que quisiera recordaras antes de dar el primer beso á la mujer amada.

—Diga usted, querido maestro.

—Si quieres cumplir tu deber siempre, si quieres ser siempre fiel á la justicia, no te procures seros queridos.

—Hubiera prescindido del amor de mis padres si ello hubiera sido preciso,—contestó Floreal.

—Vida adentro, hallarás amores más fuertes y tiranos que ese amor que un buen hijo siente por sus padres. De ellos hablo y de ellos, en caso de duda y de vacilaciones, ante el peligro que ofrece la defensa de la justicia, sólo prescinden los genios de la voluntad. Yo no sé lo que serás tú; yo sólo sé que esos amores han vencido á naturalezas que parecían invencibles.

—Presiento, maestro, que tiene usted razón y me acordaré del consejo que acabo de recibir, cuando el caso llegue.

—Llegará.

—¿Por qué?

—¡Ah!, porque las grandes voluntades pertenecen á los grandes amadores, y con la misma fuerza que ahora quieres hacer las cosas, las amarás andando el tiempo.

Y el discípulo se despidió de sus maestros con un abrazo, y conversaciones, semejantes á la contada, se tuvieron en la escuela hasta el día señalado para la partida de Floreal. Llegó éste. La madre de Floreal, lo pasó llorando. Su padre quiso resistir el empuje de las lágrimas, pero no pudo lograrlo, y, al dar el último abrazo á su hijo, aquéllas se precipitaron mejillas abajo. Floreal dejó que sus ojos lloraran también, seguro de que sabría secarlos á tiempo y convencido de que el tener sentimiento no es una dificultad para tener valor.

A despedir á Floreal á la estación acudieron sus padres, sus maestros, la mayoría de sus compañe-

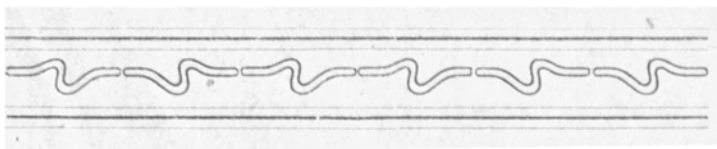
ros de colegio y algunos parientes. El último en abrazarle fué el director del «Colegio Libre», que le recordó su consejo y le dió una carta.

Al partir el tren, Floreal dijo en alta voz:

—¡Padres míos, amaos como yo os amo! ¡Mis queridos maestros, voy á continuar vuestra obra! ¡Amados condiscípulos, pensad en las injusticias que se cometen sobre la tierra! A todos, salud.

Y se alejó Floreal, dejando en el ánimo de cuantos habían ido á despedirle, el convencimiento de que acababan de despedir á una fuerza.

SEGUNDA PARTE



VIII

De la primera amistad que Floreal contrajo en París

Tan pronto Floreal se serenó un poco de las emociones que acababa de recibir, pasó revista, camino de París, á sus proyectos y á sus elementos de vida. Lo primero que hizo, fué sacar el sobre que su maestro le había entregado al abrazarle en la estación.

—¿Qué contendrá este sobre?—se preguntaba Floreal con él en la mano.

Poco tardó en averiguarlo. Abierto, vió que contenía una carta, dos billetes de cien francos y una recomendación para el gerente de la casa editorial Garnier y Compañía.

La carta decía:

«Querido Floreal: Como por mucho pan nunca es mal año, tus profesores se han tomado la libertad de regalarte doscientos francos y darte una recomendación para la casa Garnier, á la que se pide que te faciliten libros para traducir, si por de pronto tú no encontraras medio mejor de ganarte la vida. Sé lo que es vivir en París sin medios de fortuna.

Allí he vivido yo algunos años emigrado, dando lecciones y traduciendo libros del francés al español, y conozco bien la vida que vas á emprender.

» Si algún día necesitas de un buen amigo acuérdate de tu maestro que te quiere de veras.»

Al pie la firma y luego la fecha.

Al acabar de leer la carta, Floreal lloraba. Aquellos doscientos francos representaban para él un tesoro. Representaban amor, representaban solidaridad, las dos grandes palancas que levantarán el mundo.

Además, Floreal no quería ser una carga á sus amigos de París y aunque doscientos francos en realidad poco son para vivir en la capital de Francia, unidos á las trescientas pesetas que le dió su padre delante de su madre y á las ciento cincuenta que le dió su madre á escondidas, sumaba lo suficiente para ir tirando tres ó cuatro meses, con sólo que se le facilitase albergue y comida por poco precio.

En cuanto á la recomendación para Garnier le supo á horizonte despejado y resolvió utilizarla.

Cuando todo esto hubo visto y pensado, Floreal se metió en el bolsillo la carta de su maestro y sacó otra. Esta llevaba un membrete en francés que decía:

LA JOVEN RUSIA

Revista defensora de la revolución rusa

14 - Rue d'Angouleme - 14

PARIS

Y en manuscrito se leía en el mismo idioma:

«Nuestro querido camarada Floreal: Contestando tu carta del 3 á nombre de toda la redacción, te digo que puedes venir cuando te plazca. Avisa si te decides, por si alguno de nosotros pudiera bajar á la estación á recibirte, cosa algo difícil, porque la estación está muy lejos y todos hemos de beber

los vientos para ganar algo con que comer en este París. De todas maneras si no encontraras á nadie en la estación, toma un coche y hazte conducir aquí, en donde por la noche encontrarás camaradas que te proporcionarán albergue de confianza y comida económica en casa de un compañero que tiene restaurant.

Con sumo placer recibiremos la ayuda de compañero tan joven como inteligente.

IWAN KARAKOFF.»

A voluntad tan decidida como la de Floreal debían bastar aquellas dos cartas para tranquilizarle sobre lo que le esperaba en París, y, efectivamente, le tranquilizaron. Lo que hubiera fastidiado más á Floreal hubiese sido tener que vivir á expensas de aquellos amigos, de los cuales sólo sabia que unos eran estudiantes y emigrados rusos, y otros célebres doctores y otros hombres de letras franceses; mas con el dinero que llevaba y con la probabilidad de encontrar pronto colocación, el temor de menester ayuda de aquella gente era muy remoto.

Floreal llegó á París una mañana de los últimos días de Noviembre. En la estación de Orleans no esperaba nadie con un ejemplar de «La Joven Rusia» en la mano, como Floreal había indicado que esperaran para reconocerse en el caso de que alguien pudiese ir á la estación. En vista de ello, Floreal tomó un coche y se hizo conducir á 14, Rue d'Angoulême, cuya dirección escrita enseñó al cochero por no tener confianza en sus conocimientos y práctica del francés. Frente al 14, Rue Angoulême, paró el coche. Floreal descendió de él, dió dos francos cuarenta céntimos al cochero y preguntó á la portera de la casa, con alguna turbación, por el piso de «La Joven Rusia».

La portera contestó con simpática sonrisa:

—Tercero, izquierda; hay entresuelo.

Floreal dió las gracias, satisfecho de haber sido entendido tan fácilmente, y comprendiendo lo que significaba el aviso de que había entresuelo.

—Esto será la Torre Eiffel,—pensó para sí, y empezó á subir maleta á cuestas. En una puerta que le pareció cerca de las estrellas, vió un letrero que decía «La Joven Rusia» y llamó. Esperó buen rato y no abrieron. Floreal volvió á llamar y tampoco abrieron. Miró el reloj; eran las ocho y media de la mañana.

—Es muy temprano,—dijo para sí,—dormirán y sienten despertarles.

Ya se disponía á bajar las escaleras con el propósito de esperar en la portería, cuando le pareció oír ruido de pasos menuditos. Esperó un poco más y se abrió la puerta, apareciendo en el umbral una hermosa niña de diez años, alta, delgadita, rubia, de grandes ojos azules y pelo rizado: una monada.

Floreal, al ver á la niña, dudó si entrar ó marcharse. Indudablemente aquella niña estaba sola en el piso.

—Pase usted, pase usted,—dijo la niña en mal francés.

Floreal no sabía qué decir ni qué hacer. Por fin se atrevió á preguntar:

—¿Está en casa su papá de usted, hermosa niña?

La niña levantó los ojos y los fijó tristemente en Floreal, pero no contestó. Floreal creyó que no había sido entendido y repitió la pregunta, procurando dar á sus palabras mejor pronunciación y claridad. La niña replicó entonces:

—Mi papá está en la Siberia.

Floreal creyó prudente no insistir sobre este particular y preguntó, haciéndose el distraído:

—¿Se me entiende, se me entiende cuando hablo?

—Sí, señor. ¿Es usted español?

—Sí, niña.

—Mamá ha salido á sus quehaceres diarios; no volverá hasta las once. Pero puede usted entrar sin reparo, que ya estoy enterada. Cuando venga mamá, acompañará á usted al restaurant. Los camaradas no vienen hasta la noche.

Floreal entró con algún reparo. Mejor hubiese querido marcharse y volver. Sentía que aquella niña se molestara tanto.

—Deje usted su maleta ahí, sígame usted,—dijo la niña cruzando un corredor. Floreal la siguió.

Al final del corredor había una habitación bastante espaciosa; al centro de la habitación, una larga mesa de pino; encima de la mesa, tinteros, plumas y carpetas; alrededor, bancos; por las paredes colgaban periódicos de diferentes naciones.

Floreal dejó su maleta en un rincón, miró la estancia y dijo:

—¿Se escribe aquí «La Joven Rusia?»

—Sí, señor.

—Es muy obscuro, hay poca ventilación,—repuso el joven recordando, sin duda, las lecciones de higiene que había recibido.

—No, no es obscuro,—observó la niña abriendo de par en par dos ventanas que daban á un patio de una fundición de hierro.—Por otra parte, los redactores no vienen más que de noche y la luz del día les debe ser indiferente.

Floreal estimó innecesario convencer á aquella niña de que la luz del día influye en las habitaciones hasta de noche, y le pareció ridículo encontrar peros en una casa que, quizá, no podía ser mejor. Así es que procuró cambiar de conversación, diciendo:

—¿ Quiénes escriben «La Joven Rusia»?

—Mi tío Iwan Karakoff es el director. Los redactores son estudiantes y emigrantes rusos en su mayoría; también los hay franceses.

—¿Dónde están ahora?

—Trabajando están. Unos estudian, otros dan lecciones, algunos son músicos, hasta los hay mozos de cuerda. Mozos de cuerda en París, allá en Rusia eran casi personajes. Ahora son pobres. El Zar se quedó con todo.

—¿Y tu madre?

—Mi madre, durante el día, lava platos en un restaurant. A las once vuelve, arregla un poco el piso, almorzamos y se marcha otra vez hasta las seis de la tarde, que es relevada por otra mujer. Yo, entretanto, barro y limpio la redacción y pongo en orden lo que está desordenado. Por mi trabajo, el periódico nos cede gratis este cuarto.

—¡Ah! Pues mira, hoy te ayudaré á arreglar la redacción, mientras tú me cuentas por qué fué deportado tu padre á la Siberia.

—Bueno,—dijo la niña metiéndose en un cuarto obscuro del que salió en seguida con un par de escobas.—Una para tí. No te enojas si te doy tratamiento de amigo.

—No, mujercita; al contrario, me gusta. ¿Cómo te llamas?

—Armonía. ¿Y tú?

—Floreál.

—¡Ah! Si: Floreal; ya lo recuerdo.

—¿Lo recuerdas? ¡Si no te lo había dicho aún!

—Bueno; recuerdo que oí pronunciar tu nombre á los redactores.

—¡Armonía!... ¿Sabes que es muy bonito el tuyo?

—¡Y qué diremos de ¡¡Floreál!! Parece así como

una lluvia de flores, —dijo con gracioso mohín la niña.

Floreal se acercó á ella con intención de darle un beso; pero se contuvo porque temió asustarla.

—¿Has olvidado contarme lo de tu padre?

—Pues verás... Pero aguarda, que echaré un poco de agua en el suelo para evitar que te empolves.

Y desapareció corredor adentro, volviendo con un jarro de agua que tiró por el piso.

—Verás,—dijo Armonía empezando á barrer.—Mi padre era farmacéutico; vivíamos en Moscou, en una casa muy linda con jardín y todo. Hemos sido ricos; yo tengo aun unos vestidos que ¡ya, ya! Mi madre no ha querido venderlos. En casa acudía mucha gente, sobre todo al obscurecer; todos necesitaban medicina, hasta mi tío, que es médico.

—¿El director de «La Joven Rusia?»—preguntó Floreal.

—Sí; también vivía en Moscou. ¡Ganaba más dinero, más dinero! Todos los ricos le consultaban sus males. Una noche me despertó grandes lloros de mi madre; bajé á la tienda sin vestirme y la ví abrazada á mi padre, que estaba atado en medio de unos desconocidos. Luego los desconocidos echaron á un lado á mi madre y se fueron con mi padre; luego vino mi tío disfrazado, y luego marchamos y luego llegamos á París. Ya lo sabes todo, Floreal.

—¿Y sólo cogieron á tu padre?

—Sólo; después he sabido que mi padre se defendió de la policía para dar tiempo á que escaparan por una trampa los que estaban reunidos en el laboratorio.

—Y ¿cómo sabes que tu papá escapó con vida de aquello?

—Porque... Bueno, á tí ya te lo puedo decir.

—; Naturalmente!

—Tú no eres agente, ¿verdad?

Floreal levantó á la niña, la puso encima de un banco y empezó á acariciarla, pasando delicadamente sus manos por los rizos de oro de Armonía.

—Mira, yo no soy policía,—dijo Floreal al cabo de unos segundos,—pero no me lo digas, por si fuera y no se lo digas á nadie por si acaso.

—¿Calla?—exclamó Armonía.—¡Lo mismo dice mi tío!

—Pues ya ves.

—Bueno, pero yo quiero dicírtelo á tí,—repuso la niña echando sus brazos al cuello de Floreal.

—Si intentas decírmelo, me voy,—dijo Floreal poniéndose serio para que sus palabras hicieran más efecto.

—¡Ah! ¡Pues no te lo digo, porque no quiero que te vayas!—dijo Armonía; y, bajando al suelo, empezó á barrer: lo mismo hizo Floreal.

En media hora lo dejaron todo limpio y en su sitio. Después se sentaron los dos.

—Tendrás apetito, ¿verdad?—preguntó Armonía.

—Hasta que venga tu mamá no puedo tener apetito.

—No tardará.

Callaron los dos; de pronto, la niña exclamó:

—¿A qué vienes tú á París?

—A estudiar.

—Todos venís á lo mismo; pero tú eres más joven que los otros. ¿Cuántos años tienes?

—Diez y ocho.

—Ocho más que yo, porque yo tengo diez.

Y otra vez quedó pensativa Armonía; luego dijo:

—¡Oye, Floreal!

—¿Qué quieres?

—¿Por qué no vives con mamá y conmigo?

—¿Para qué quieres tú que viva contigo?

—Pues para jugar y para charlar y para tener alguien á mi lado durante el día.

—¿Tienes miedo?

—Anteayer llamó uno que no me gustó nada. El quería entrar, y no quise que entrara; chillé y se marchó casi corriendo. Por la noche se lo conté á mi tío, dándole las señas del desconocido. Mi tío dijo á los demás que era un agente ruso.

—Y ¿cómo has permitido que entrara yo?

—¡Toma! ¡Porque eres pequeñín como yo!

—¡Cómo pequeñín! Si soy un hombre; tengo diez y ocho años: ya lo sabes.

—Bueno, pero eres pequeñín como yo... Aquí está mamá,—dijo Armonía corriendo hacia la puerta.

Floreál se levantó.

—¡Mamá, mamá! Ha llegado Floreal,—oyó éste que decía la niña.

Una hermosa voz de mujer contestó:

—Pero ¿quién es Floreal?

—Verás.

Y cogiendo á su madre la guió hasta ponerla enfrente de Floreal.

Floreál, al ver á la madre de Armonía, le alargó la mano, diciendo:

—Señora, soy el joven español que aguardaban ustedes.

La madre de Armonía no supo qué contestar.

—Sí, mamá,—dijo la niña,—mi tío ya lo sabe: yo oí que lo decían.

—Dispense usted,—dijo la madre de Armonía á Floreal un tanto temerosa,—no sabía nada.

—No tema usted,—exclamó Floreal,—soy un joven español que viene á estudiar. Haga usted el favor de leer esta carta,—añadió entregándole la de su hermano, el tío de Armonía.

La madre de Armonía leyó la carta, y dijo des-

pués á Floreal devolviéndosela un poco más tranquila:

—¿A qué hora ha llegado usted ?

—A las ocho y media.

—Mamá,—exclamó Armonía,—me ha ayudado á barrer la redacción.

—En verdad que la tienes ya limpia hoy.

—Como por mi culpa la niña debe haber dormido menos que de costumbre, justo creí aligerarla de trabajo.

—¿Tiene usted apetito?—preguntó la madre de Armonía confiada del todo.

—Ahora sí tengo apetito.

—Pronto estará el almuerzo.

—¡Ah señora! No se moleste usted; Armonía me enseñará un restaurant y almorzaremos los dos en él.

—¡De ningún modo, de ningún modo!—exclamó la buena mujer.

—Mejor será, Floreal, que almuerces con nosotros,—dijo Armonía.

Su madre la miró como riñéndola por aquel tono familiar que usaba con Floreal; después repuso:

—Dispense usted; es una niña.

✓ —Deseo que me trate así, como si fuese su hermano mayor.

La esposa del deportado fijó dulcemente la vista en Floreal como dándole las gracias.

—Puesto que usted es tan buena señora,—dijo Floreal,—almorzaré y comeré con ustedes hasta que los amigos dispongan otra cosa; pero ha de permitir que mientras usted arregla el piso, Armonía y yo vayamos á comprar algo para la comida.

—Bueno, bueno; no reñiremos por tan poca cosa; vayan ustedes.

La niña entró en su cuarto y en un abrir y cerrar de ojos mudó de vestidos. Entretanto, Floreal se

puso otras botas que llevaba en la maleta y se cepilló un poco.

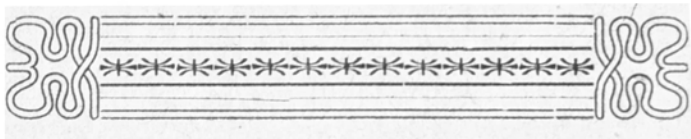
—Vámonos, Floreal,—dijo Armonía.

—Cuando tú digas, niña.

—Mamá,—gritó Armonía,—nos vamos.

—Está bien; volved pronto, que el tiempo es corto.

Y se fueron. Aquel día la madre de Armonía arregló la casa con más alegría que otros días.



IX

La nueva familia de Floreal

Floreal bajó las escaleras de casa de Armonía un tanto pensativo. Al llegar á la calle, Armonía le cogió de la mano y le dijo:

—Mira, esta es la calle de Angoulême; más abajo encontraremos el boulevard Voltaire, una calle ancha que llega de la plaza de la República á la de la Nation. Mañana iremos á pasear por el boulevard Voltaire.

Floreal andaba sin fijarse en nada y sin oír nada.

—¿En qué piensas?—le dijo Armonía, viendo que no contestaba á sus palabras.

—En tu madre. ¿Cómo se llama?

—Sofía.

—Debe haber sido muy desgraciada.

—No lo creas. En nuestra casa de Moscou siempre había dulces.

Floreal se sonrió al comprender en qué consistía la felicidad para Armonía y decidió hacerla feliz.

—¿Te comerías ahora un dulce?—le dijo.

—No,—contestó la niña.

—¿Por qué?

—Porque tendrías que comprarlo y los emigrados todos somos pobres.

—¡También tus padres habían de comprar sus dulces en Moscou !

—Bueno, pero nosotros entonces éramos ricos, y tú no lo eres.

—No soy tan pobre que no te pueda comprar un dulce,—repuso el muchacho.

—Pues mira, compra dos; uno para mí y otro para mamá.

—¡Ah! ¿Y para mí ninguno? ¡Está bien!

—Te daré la mitad del mío,—dijo vivamente Armonía.

Floreal y Armonía recorrieron algunas calles vecinas á la de Angoulême y volvieron á casa con provisiones de boca para varios días. Compraron queso, huevos, fiambres, latas de sardinas, un pollo asado y un cuarto de kilo de dulces. Armonía estaba loca de contenta; reía y charlaba por los codos.

—¿Por qué estás tan contenta?—le preguntó Floreal.

—Porque has comprado muchas y muy buenas cosas.

—¿No las comías otros días?

—No comemos más que patatas, sardinas y lo que mamá trae del restaurant.

—¿Y qué es ello?

—Las sobras: antes de darlas á los perros, mamá elige lo mejor y se lo lleva.

—Pero muchacha, ¿tan poco gana?

—Un franco diario.

—¡Un franco en pago de tantas horas de trabajo!

—Antes sólo le daban 75 céntimos y gracias. ¡Uf!

lo que le costó á la pobrecita de mi madre lograr que le dieran algo de la comida de los perros.

—¿No tenéis familia en Rusia que os ayude en la emigración? Y la casa de Moscou, con jardín y todo, ¿no era vuestra?

—En Moscou quedan mis abuelos, pero son amigos del tirano y quieren matar de hambre á mi madre, porque dicen que ella tiene la culpa si su hijo, mi padre, es de los rebeldes. En cuanto á nuestros bienes se confiscaron todos.

—Y tu tío, ¿no puede ayudaros?

—Ya lo hace cuando puede, pero vive con mi tía y cinco hijos.

Así hablando, Floreal y Armonía, llegaron á la calle de Angoulême y subieron los ochenta y cuatro peldaños que tiene la casa señalada con el núm 14.

Sofía les esperaba ya con el almuerzo preparado.

—¿Qué haremos con tanta comida?—dijo al ver la que traía Floreal.

—Nos la comeremos, mamá,—exclamó Armonía.

—¡Qué disparate!, ¿cuánto le ha costado?

—No lo recuerdo,—contestó Floreal.

—Yo sí lo recuerdo,—dijo Armonía.—Lo que tú ganas en once días.

—Suerte que casi todo se puede guardar y se lo llevará...

—¿A dónde, mamá?

—A donde coma y duerma los otros días.

—¡Ah!, pero, ¿no comerá y dormirá en casa, Floreal?—dijo tristemente Armonía.

—No, niña,—dijo el mozo.

—¿Fues, dónde dormirás?

—Donde diga tu tío.

—¡Ah, pues, yo le pediré que elija esta casa!

—¡Armonía, Armonía, cuidado con lo que se habla! ¡Eres muy lenguaraz hoy!,—exclamó Sofía.

¿Sabes tú si Floreal, como tú le llamas, viviría á gusto con nosotras?

—Yo me instalaré donde me digan, y, si de mi dependiera, me haría la ilusión de que es usted mi madre y Armonía mi hermana,—repuso Floreal.

—¡Su madre de usted, Floreal...! Ya se ve; he sufrido tanto que parezco vieja. No tengo más que treinta años,—dijo Sofía con tal acento de tristeza que por vez primera Floreal fijó su mirada en el rostro de la madre de Armonía.

Efectivamente, Sofía era aún joven, aunque, por lo mal cuidada y mal vestida, parecía más vieja de lo que ella había dicho. Sin embargo, conservaba una hermosura de delicadas líneas á pesar de ser fregona.

—Usted, en cambio, tendrá veintitrés años—continuó Sofía.

—No señora—observó Floreal;—no tengo más que diez y ocho.

En verdad que Floreal parecía tener más de diez y ocho años. Alto, fornido, sanote, de cejas unidas y pobladas, de frente espaciosa, de mirada dulce como la de niño de dos años unas veces, y otras enérgica, como la de un coloso del valor; todo el mundo hubiera dicho de Floreal que contaba la edad que Sofía le había atribuído. A envejecer su cara de cutis fino y sonrosado, sin embargo, había venido un prematuro bigote, anuncio de que Floreal pronto sería hombre barbudo y «de pelo en pecho».

—No obstante—repuso Sofía con cierta coquetería femenina,—aun teniendo usted diez y ocho años, yo no podía ser su madre de usted.

—Efectivamente, señora; tiene usted razón—dijo Floreal;—pero yo, al considerarme hijo de usted y hermano de Armonía, sólo me proponía ser una persona íntima de la casa.

—Mamá—dijo entonces Armonía,—¿por qué te opones á que Floreal sea mi hermano?

—No, si no me opongo,—exclamó Sofía,—y prueba de ello es que os dejo solos hasta la noche.—Y dirigiéndose á Floreal, continuó:—Si quiere usted descansar de las fatigas del viaje, échese usted un rato en la cama. Armonía guardará silencio.

—Muchas gracias, pero no estoy cansado. Escribiré á mis padres participándoles mi feliz llegada á París y mi encuentro con tan buena familia como son ustedes, y luego Armonía y yo iremos á echar la carta al correo.

—Pero no le compre usted más dulce ni nada, que ha comprado usted comida para seis días.

—La falta de costumbre—repuso Floreal.

Sofía se fué al restaurant y Floreal púsose á escribir á sus padres. Cuando Floreal hubo concluido la carta, salió á la calle con Armonía, cogidos ambos de las manos.

Armonía estuvo charlando toda la tarde. Floreal le hacía preguntas, y ella las contestaba con aplomo, viveza y gracia. A las seis regresaron á casa; al poco rato llegaba Sofía: cenaron los tres con gran apetito y contento y mientras, Armonía y Floreal contaron á la madre de la niña, dónde habían ido y lo que habían visto.

A eso de las ocho llamaron á la puerta y entró el tío de Armonía: hubo su miajita de presentación. Karakoff era hombre de cuarenta y cinco años, fuerte como un roble, franco, de gran ilustración y de no menos aliento. Karakoff y Floreal hablaron un rato de las cosas de España; luego los dos hermanos se pusieron á hablar en ruso: Floreal y Armonía levantáronse de la mesa y se fueron al cuarto que servía de redacción, á continuar sus interesantes conferencias.

—¿Dónde dormirá ese muchacho?—preguntó Sofía.

—Ya está todo arreglado; comerá en el restaurant Martín, y dormirá en el mismo cuarto de Guizot—Karakoff.

—¡Me da lástima! ¡Es tan joven! Temo que le engañen, que sea víctima de algún timo.

—¿Quién se lo ha de dar?

—Bien sabes tú que entre nosotros hay quien explota á los cándidos, y que la policía sólo espera la venida de jóvenes inexpertos para hacer de las suyas.

—Todos hemos pasado por el mismo trance.

—Pero no tan jóvenes.

—¿Qué quieres? ¿Conoces la manera de evitarlo?

—Yo creo que podría comer con nosotras y dormir en este cuarto obscuro que no habitamos,—dijo Sofía.—A la portera le sobra una cama que vendería barato.

—¡Muchacha,—exclamó su hermano,—me admira tu actitud! Anteayer no permitiste que Wuentef durmiera en un banco de la redacción, hasta que tú te fueras por la mañana, y hoy consientes en que un desconocido se quede en tu casa solo con Armonía. ¡Me extraña mucho tal cambio.

—Ya sabes que Wuentef nunca me ha sido simpático.

—¿Y el joven español, sí?—preguntó con cierta malicia Karakoff.

—Sí; me parece un buen muchacho. Armonía le ha tomado gran cariño. Además, temo que algún día le ocurra algo malo á mi hija y al lado de Floreal la veo segura.

—¿Has tratado con él del asunto?

—No; pero creo que le daríamos un alegrón.

—El caso es,—repuso el hermano de Sofía,—que cuando se enteren los demás murmurarán.

—¿Por qué ?

—Como nunca has querido á nadie en tu casa les extrañará que ahora hagas una excepción en favor de un joven que casi viene á París por «sport»

—Bueno, que murmuren.

—No vayas á arrepentirte mañana.

—Que digan lo que les dé la gana.

—Por otra parte, ya sabes que tu oposición que duerma aquí gente extraña, te ha producido enemigos y que los tienes entre los de «La Joven Rusia». Es fácil que cuando se sepa que has admitido en tu casa á una persona que no está perseguida y que no ha pedido la solidaridad material tus enemigos en el grupo aumenten y que algún día por mayoría, se acuerde echarte del piso.

—Que me echen; no quiero que ese pobre muchacho viva expuesto á una celada. Aquí pasará todo el día, aquí trabajará y á la hora de comer me contará sus cosas. Ya sabes que yo olfateo en seguida donde hay peligro.

—Bueno, ¿has hablado con él?

—He hablado con él, pero no de este asunto Floreal está dispuesto ir donde tú le digas.

—Llámale, antes de que vengan los otros, y su ceda lo que suceda.

—¡Floreal, Floreal!—gritó Sofía.

—¿Me llaman?—dijo el muchacho acudiendo presuroso, seguido de Armonía.

—Sí,—repuso Karakoff.—¿Tiene casa dónde dormir y comer?

—No; esperaba á ustedes...

—¿Te gustaría dormir y comer aquí?

—Sí que le gustaría,—se apresuró á decir Armonía.

—No te lo pregunto á ti,—dijo su tío.

—Bueno, pero como yo lo sé...

—Si usted lo dispone y doña Sofía me admite, por mí no hay inconveniente.

—Bueno, pues, comerás y dormirás aquí.

—¡Qué bueno eres, tío!—dijo Armonía saltando sobre sus rodillas.

—Y tú qué entrometida,—repuso Karakoff acariciándola.

—Puesto que he de vivir aquí, deseo hacerlo, no como huésped, sino como hermano de doña Sofía, como hermano de Armonía.

—Empieza, pues, por gastar menos cumplidos,—dijo Karakoff.—Esta,—señalando á Sofía,—es mi hermana y como tiene quince años menos que yo, puedes tratarla de tú.

—Está bien,—repuso Floreal algo avergonzado.

—Y á mí,—exclamó Armonía,—también puedes tratarme de tú.

Sofía soltó tan fuerte carcajada que hizo exclamar á su hermano.

—¡Calla! Desde que saliste de Moscou no reístele manera tan franca, ántes peculiar en tí.

—¡Me ha hecho gracia Armonía! Cuando he llegado esta mañana los he encontrado tratándose de tú, ya ves!

—Bueno, porque es pequeñín como yo.

—Pequeñín, ¿eh? ¡Si parece un granadero!,—dijo Karakoff.

—No importa, es pequeñín como yo.

—Tiene la manía de que somos de la misma edad.

—Quizá no se equivoque,—exclamó Sofía.

Floreal se ruborizó. Le llamaban niño y él quería ser hombre.

—Debe halagarte la pretensión de las dos,—dijo el tío de Armonía.—Nunca es más grande un hombre que cuando parece un niño.

—Esperen un poco, dijo Floreal.

Se fué al cuarto de la redacción, abrió su maleta y volvió diciendo:

—Aquí está todo mi capital. Dos billetes de cien francos y cuatrocientas cincuenta pesetas que cambiaré mañana. Es de los tres. Mañana buscaré trabajo y si lo encuentro, cuanto gane será también para los tres.

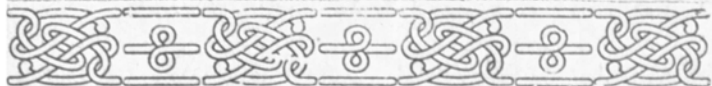
—Chiquilla,—dijo Karakoff á su hermana,—tienes buen olfato. Guarda á este muchacho que es un tesoro, no por lo que posee, sino por lo que vale.

Sofía se puso roja como la grana.

—Te advierto que yo ignoraba que tuviera dinero,—dijo balbuceando la madre de Armonía.

—¡Si el que te da no vale nada! ¡Lo que vale es la acción! ¡Venga un abrazo, Floreal!

El veterano luchador y el joven estudiante se abrazaron. En aquel momento llamaron á la puerta y Armonía la abrió, mientras Sofía recogía el dinero que Floreal había puesto sobre la mesa.



X

La gente de "La Joven Rusia"

No bien Armonía hubo franqueado la entrada, se precipitaron dentro de la redacción de «La Joven Rusia», con gran algazara, varias personas de distinto sexo, que seguramente se habían reunido en algún café, en algún restaurant ú «hotel meublé».

Los recién llegados parecían personas de expansiones francas y ademanes decididos.

La mayoría eran estudiantes que, no habiendo podido continuar sus estudios en Rusia, á consecuencia de las persecuciones políticas que reinaban en su país, se habían refugiado en Francia y allí continuaban sus estudios y secundaban á los que, en el imperio del oso siberiano, seguían luchando por su dignidad de hombres.

El tío de Armonía presentó á Floreal á los de «La Joven Rusia» así que fueron llegando. Del grupo que acababa de entrar formaban parte tres jóvenes rusas de familias judías que habían sido expulsadas del Imperio del Norte por sospecharse de ellas que

repartían proclamas revolucionarias entre los estudiantes de la Universidad de San Petersburgo; en la que cursaban la carrera de médico. Eran las tres jóvenes, particularmente dos, muy simpáticas y muy alegres, y, al saber que se trataba del joven español de que se había hablado, lo abrazaron sin más preámbulos.

Floreal dejó hacer á las jóvenes lo que quisieron, un tanto aturdido por aquellas demostraciones de cariño que á él le parecieron exageradas. Las demás personas no dieron importancia al caso, y Armonía y su madre se dispusieron á arreglar el cuarto donde había de dormir Floreal, mientras los de «La Joven Rusia» penetraron en el que les servía de redacción.

Sofía y su hijita acordaron que Floreal durmiera en la habitación que ellas habían utilizado hasta aquel momento, y que mientras la madre iría por la cama de la portera, la hija haría una limpieza general en el cuarto.

Tenía éste dos ventanas y una especie de balcón que daban á una azotea de plano muy inclinado. Dividía la azotea del tejado una barandilla de hierro situada á ambos lados y otra colocada encima de la cornisa, evitando que al resbalar alguien por el plano inclinado cayera á la calle. Las barandillas y la pared del cuarto formaban un cuadrado de unos cinco metros de cara al Mediodía, y como la casa era muy alta en aquella parte elevada de París, tan pronto salía el sol inundaban de luz y de calor el nido de aquellas dos pobres mujeres.

Mientras madre é hija arreglaban el cuarto, los de «La Joven Rusia» se colocaron alrededor de la mesa de redacción y empezaron á charlar amigablemente. Todos los reunidos conocían de nombre á Floreal, porque el periódico que ellos editaban había publicado varias correspondencias de España, firma-

das por nuestro joven, tratando del movimiento político y social español. Estas correspondencias habían sido muy celebradas, tanto por su claridad y concisión como por las ideas personales que en ellas vertía. Así que pronto se estableció entre los reunidos y los que llegaron más tarde, la fraternidad propia de gente que defienden un mismo ideal.

La conversación se generalizó; todo el mundo hacía preguntas á Floreal referentes á las costumbres españolas: los toreros, los mendigos y los políticos de profesión, los curas, los militares, los matones, los rateros, las mujeres con cuchillo en las ligas...; cuanto se piensa de España en el extranjero.

Floreal contestó que en su vida había presenciado corridas de toros; que no había podido ver cuchillos en las ligas de las mujeres, por la sencilla razón de que no había visto ligas en pantorrilla de mujer, lo que hizo mucha gracia á las rusas; que era verdad que en España había muchos mendigos, muchos rateros, muchos políticos, muchos curas y muchos militares; pero que todo ello era una resultante de la política española encaminada únicamente á mantener á cuerpo de rey á unos cuantos miles de personas, y que, como consecuencia de esta pobreza de energía y de actividad útil, las tres cuartas partes de lo que el Estado recaudaba para los servicios públicos y para mejorar las condiciones del país, se lo comían los directores y administradores de la cosa pública.

—Admitida la idea de patria y la de familia, pues no se trata ahora de una discusión sociológica, sino de explicar un hecho, una nación viene á ser una familia mayor, donde el Estado ejerce las funciones de padre. Pues bien; en la familia española ocurre lo que en toda familia compuesta, por ejemplo, de doce personas aptas para el trabajo y de las que,

realmente, sólo trabajan dos; las demás se dedican á «administrar» el trabajo de estos dos. La pobreza, necesariamente ha de ser general, porque el trabajo de dos no basta á mantener á toda la familia. En España la mayoría come del Estado, y buena parte del resto vive de prestar dinero al Gobierno, á los administradores de la cosa pública, porque esos administradores no pueden vivir, con las comodidades que ellos quisieran, de lo que sacan, por todos los medios á los que trabajan.

—Esto es, poco más ó menos, lo que ocurre en Rusia,—dijo Karakoff.

—Pero los rusos—observó Floreal—están demostrando que son dignos de mejor suerte; los españoles, no. En España no hay opinión; se ha llegado á ese estado de embrutecimiento en que el hombre faltándole todo, no quiere nada, porque no tiene educación ni fuerza para pensar nada.

Desde este momento, la conversación versó sobre la semejanza que había entre la política española y la política rusa, y así como antes se habían pedido noticias de las costumbres españolas, ahora se pedían de los revolucionarios rusos. De ellos ninguno de los reunidos sabía más de lo que publicaba la prensa; pero faltaba aún el secretario de redacción, que era el que recibía la correspondencia del exterior, por conducto que no podía inspirar sospechas.

El secretario de la redacción era una joven rusa, muy amiga de cierta escritora francesa que simpatizaba con la causa de los oprimidos, á los que había defendido, más de una vez, con su galana y valiente pluma. Esta célebre escritora había atraído á la causa del pueblo ruso á su modista, una de las más famosas de París, que tenía establecimiento del mismo comercio en Moscou, á cuyo fren-

te había colocado á una hermana suya. Así, los revolucionarios rusos, refugiados en la capital de Francia, recibían noticias de sus compañeros de Rusia por conducto de las dos casas de modas, cuyos sobres y papel timbrado utilizaban para no inspirar sospechas á la policía, que sólo veía cartas de una casa de modistería de Moscou, dirigidas á otra casa de igual género establecida en París ó viceversa.

Cerca de una hora hacía que estaban reunidos los redactores de «La Joven Rusia» cuando llamó á la puerta la secretaria, Ana Norosoff, que entró con aire de traer grandes nuevas.

—Nuevas tenemos,—dijeron varios á la vez.

Ana Norosoff iba á responder «grandes y muy buenas noticias traigo» cuando notó la presencia de Floreal y, cambiando su semblante alegre por otro que demostraba contrariedad, dijo:

—Ninguna.

—Pues al verte entrar tan conmovida,—exclamó un literato francés,—hubiérase dicho que había muchas y muy buenas novedades.

—Pues se engañaría quien tal cosa creyera, porque no hay nada,—repuso Ana, y luego en voz baja, dijo al compañero que tenía más cerca, que había recibido una carta muy importante, pero que no creía prudente leerla en presencia de un desconocido. Se le dijo que era un joven español, amigo al parecer, y ella insistió en su prudencia. Entonces y divididas las opiniones consultadas secretamente, se llamó á Karakoff para ponerle al tanto de lo que ocurría. Karakoff contestó que Floreal le inspiraba la más completa confianza. Sin embargo, á pesar de la opinión de Karakoff, el número mayor de los reunidos, que ya se había enterado del caso, decidió que Floreal no presenciara la lectura de la carta en cuestión. Más decidido este extremo, se presentó

otra dificultad. ¿Quién diría á Floreal que se marchase? Los hombres pretendían que fuesen las mujeres las que se lo dijeran y las mujeres se negaron pretextando que ellas, salvo la secretaria, no estaban conformes con lo que se iba hacer contra Floreal. En estas dudas y vacilaciones estaban cuando un redactor abogado, que había sido víctima muchas veces de la policía y que por tal motivo era muy desconfiado, llamó aparte á Floreal y le dijo:

—Amigo mío, en nombre de la redacción de «La Joven Rusia» y sintiéndolo mucho, le suplico que se retire por un momento, porque hemos de tratar muchos y muy graves asuntos.

—Pueden tratarse como si me hubiese muerto, —repuso Floreal.

—No esperábamos menos de usted.

Y alargándole la mano añadió:

—Hasta mañana, joven.

—No, si no me voy, —repuso Floreal.

—¡Cómo, no se va usted!

—No, señor.

—¡Sentiríamos mucho tener que echarle!

Floreal vaciló un instante; después dijo al que de tal modo le hablaba.

—Haga usted el favor de comunicarme en alta voz lo que desean ustedes de mí.

—Pero, amigo mío, si mi objeto al hablar con usted reservadamente, era impedir que los demás se enteraran y le fuese á usted menos vergonzosa la retirada.

—Soy joven, pero no tonto ni corto de vista, —repuso Floreal; —he comprendido cuanto sucedía á mi alrededor y sé que usted me habla á nombre de todos, porque la mayoría así lo ha acordado. De consiguiente, ¿para qué preparar una retirada honrosa?

Ante la actitud de Floreal, se retiró el mensajero para poner de ella al corriente á los demás. A algunos les disgustó la resistencia que oponía Floreal; pero otros, aunque los menos, la encontraron muy puesta en razón. Se sentaron de nuevo todos alrededor de la mesa, menos Floreal que permaneció de pie, y el que antes había hablado particularmente con nuestro joven, exclamó en alta voz:

—Habiéndose de tratar hoy aquí asuntos de gran interés y de tomar acuerdos relacionados con esos asuntos, suplicamos al amigo Floreal que tenga la bondad de retirarse, sin que ello equivalga á una declaración de que otro día no merezca la más absoluta confianza de la redacción de «La Joven Rusia».

Todas las miradas se fijaron en Floreal, quien contestó con mucha serenidad y energía:

—He acordado oponerme á la petición de los amigos de «La Joven Rusia».

Gran sorpresa causaron las palabras de Floreal en sus oyentes, mas éste continuó sin inmutarse:

—He acordado continuar aquí para no ser digno de vuestra desconfianza.

—Considero que una persona medianamente enterada de estas cuestiones, encontraría justificado nuestro deseo—contestó el que había llevado la voz del grupo.

—Pues yo no,—dijo Floreal.—Un pobre que pide limosna, justifica su pobreza; si yo me sometiera á vuestra desconfianza, no haría más que justificarla, y no me retiro.

Dijo con tal energía «no me retiro», y con tal seguridad de sí mismo, que las jóvenes rusas gritaron batiendo las palmas:

—¡Bien, muy bien por el joven español!

Los hombres se miraron interrogándose.

Entonces tomó la palabra el tío de Armonía, y dijo:

—Por lo que sé de Floreal y por los actos que de él conozco desde que ha llegado á París, le considero digno de conocer cuanto nosotros hayamos de tratar.

—Yo creo que un traidor ó un malvado se hubiese retirado sin chistar á la primera indicación,—dijo un dibujante.

Una de las jóvenes rusas añadió:

—Vosotros no conocéis el ánimo de los individuos que pertenecen á vuestro sexo; sólo las mujeres lo conocemos. Este muchacho es un hombre de cuerpo entero.

—El solo hecho de haberse opuesto á nuestra demanda—añadió otra de las jóvenes rusas,—basta para demostrar que se trata de un ser superior.

—Y sobre todo su firmeza y sus razones—dijo la tercera de las jóvenes.

—En fin—exclamó la secretaria.—Yo creí necesario advertir. Además, no había tenido tiempo para hablar con este joven, y ahora opino como mis amigas.

—Por mí no ha de quedar—dijo el que había hablado con Floreal á nombre de todos.—Si la mayoría está conforme, puede quedarse.

La secretaria esperó un momento para ver si alguien ponía algún reparo á que Floreal se enterase de la carta que se había de leer, y viendo que nadie decía nada, dijo la muchacha:

—Atención, pues,—y sacó una carta que llevaba oculta en el pecho.

—Un momento,—dijo Floreal.

Otra vez se sorprendieron los oyentes de aquella interrupción. Pero Floreal prosiguió diciendo:

—Les agradezco en el alma la confianza de que

soy objeto; mas ahora opino que debo retirarme sin que ello signifique enojo alguno: no significa más que mi correspondencia á la justicia que se me hace.

—¡Qué lección más delicada!—dijo al oído de otra una de las jóvenes rusas.

Las demás muchachas se levantaron, cogieron á Floreal, y, quieras que no, le hicieron sentar entre ellas.

Cuando se hubo hecho el silencio, la secretaria leyó:

—«Queridos camaradas: Ante todo copiaréis esta carta y la mandaréis á los compañeros de Londres, Berna, Berlín, Viena y Roma, por si hubiesen sido descubiertas las que nosotros les hemos enviado (1)

»Lo que hoy os comunicamos es de gran importancia. Acaban de ser ejecutados dos tiranos más y se prepara la ejecución de otros. Preparamos también una huelga general revolucionaria. Avisad á todos los centros industriales de Rusia para que la secunden; nosotros haremos lo mismo. Sería también de gran efecto que á esta indicación se uniera la adhesión de algunas sociedades obreras de Francia, Alemania é Italia, que invocasen el nombre de todos los oprimidos del mundo, y dijeran que todos estaban del lado de los rusos. Esto anima siempre á la multitud. Finlandia, Georgia, Laponia; todas las provincias caucásicas y las de los montes Urales se han declarado independientes. La Siberia y la Rusia central se han sublevado en masa contra sus tiranos. Los compañeros de Polonia traen en jaque á más soldados de los que hay en la Manchuria. Rusia

(1) Esta misma observación se habia escrito á las demás cartas, para que con tal que escapase una á la vigilancia de la policía, todos los centros revolucionarios de Europa tuviesen de ella conocimiento.

arde por sus cuatro costados. Los compañeros incendian los palacios de sus señores, se reparten las tierras y luego queman los archivos de la propiedad. Es una medida que da grandes resultados, y aunque la revolución no triunfase, cosa imposible, impediría que en Rusia se estableciera la antigua normalidad por muchos años.

»Los deportados á la Siberia se han amotinado con varios regimientos de sus guardianes. De ellos están llenas las cárceles; pero en algunos puntos el pueblo les liberta y pega fuego á la prisión, para que no pueda encerrar más víctimas del tirano.

»Por la frontera alemana entran diariamente muchos fusiles, pero no en número necesario. Hacen falta muchos más. Reunid los fondos que se hayan recaudado para la revolución é invertidlos en fusiles. Mandadlos por mar porque es más fácil entrarlos en territorio ruso. He aquí los puertos que pueden ser utilizados para este objeto por haber caído en poder de los revolucionarios. Todos los de Finlandia, todos los del Mar Negro, Libau, Riga. Merced á los revolucionarios noruegos, Finlandia ha podido contar con armas de guerra suficientes para emanciparse de la tiranía rusa: hoy Finlandia es el gran puerto para la revolución en general. Las armas para Finlandia, ya lo sabéis, pueden ser embarcadas en Hamburgo, Havre y Londres. Ya conocéis el procedimiento; actividad. Sólo disponemos de un mes y días para la huelga general, y es preciso que para entonces todos los francos se hayan convertido en máquinas de guerra.

»Es necesario que se dé un impulso á la solidaridad internacional. Ello anima á los obreros rusos que vacilan temerosos del resultado. Mítins de apoyo en todas las capitales, desde Lisboa á Berlin, y desde Londres á Roma. Esta agitación universal para-

izará, además, la intervención en favor de la autocracia rusa, de los emperadores de Alemania y Austria.

»Adelante sin desmavar, y pronto los tiranos caerán vencidos á nuestros pies.

»Salud y Revolución.»

Exclamaciones de ¡«Hurra por la revolución rusa!» cogieron las últimas palabras de la carta que la secretaria leyó con claridad y entusiasmo.

—Manos á la obra,—dijo Karakoff tan pronto se calmaron un poco los ánimos.—Yo me encargo de copiar esta carta para los camaradas de Londres.

—Y yo para los de Ginebra,—dijo una de las muchachas.

—Y yo para los de Roma,— exclamó el literato francés.

Y en un momento se hicieron las cinco copias y se prepararon para echarlas al correo al salir.

Floreal presenciaba aquello como si estuviese acostumbrado á verlo todos los días. De nada se extrañó ni nada preguntó.

Poco después, los de «La Joven Rusia» se despidieron hasta el día siguiente, en el que habían de escribir á todos los centros revolucionarios de Francia pidiendo el envío inmediato de cantidades que hubiesen recaudado para los revolucionarios rusos en la organización de mitins y manifestaciones públicas en favor de los que en Rusia peleaban contra la autocracia.

Al despedirse aquella gente, Floreal recibió grandes demostraciones de afecto, particularmente de las mujeres, á las que cautivó con su juventud y su enérgica. Una de ellas le preguntó:

—Y las mujeres de España, ¿qué hacen?

—Van á la iglesia,—contestó Floreal.

—¿A que las embrutezca el cura?

—A que las embrutezca más, porque embrutecidas lo están ya las pobres desde el momento que se someten á la explotación religiosa.

—Ese muchacho vale un tesoro,—dijo una segunda joven á la tercera. La interpelada contestó:

—Vale más que muchos de esos,—señalando á los que bajaban las escaleras.

Y se fueron después de despedirse de Sofia, que acababa de arreglar el cuarto que habian destinado á Floreal.

En la casa sólo quedaron Armonía, su madre, Karakoff y Floreal.

—¿Qué han dicho al saber que se queda á dormir en casa, Floreal?—preguntó Sofia á su hermano.

—Nada; no lo saben.

—¿No han preguntado dónde tenía que dormir?

—No.

—Ya ves si les preocupa.

—Es que hemos recibido noticias muy importantes de Rusia y no se ha pensado en otra cosa.

—¿Qué noticias?

—Rusia arde por sus cuatro costados. Los deportados á la Siberia se han sublevado con ayuda de sus guardianes.

—¡Habrá habido muertos!—exclamo Sofia.

—En estas luchas son inevitables; pero no por ello hemos de creer que tu marido sea uno de ellos.

—¡Es tan arrojado!

—¡Armonía pronto verá á su padre!

—¿Dónde está la niña?—preguntó Floreal.

—Acaba de arreglar tu cuarto. Ha querido fregar el suelo. No le digáis nada; cuanto menos cosas sepa mejor. ¡Es tan niña! Temo que algún día nos dé un disgusto.

—¿Por qué?—preguntó Karakoff.

—Pueden venir los espías, sorprenderla, preguntarle....

—Lo que no ha sucedido hasta ahora no sucederá en adelante, porque en adelante no estará sola un momento en casa,—dijo Floreal.—Cuando yo salga vendrá conmigo si no estás tú,—repuso dirigiéndose á Sofia.

—¿Sabes, muchacho, que esta noche has sentado plaza de hombre!

—¿Qué ha hecho?—preguntó con interés Sofia.

—¿Qué ha dicho? has debido preguntar.

—Bien, ¿qué ha dicho?

Y Karakoff contó á Sofia lo que había ocurrido entre Floreal y los de «La Joven Rusia.» Inútil decir que Sofia aprobó la actitud de Floreal.

—¡Armonía, Armonía!—gritó Karakoff.

Armonía apareció hecha un pingajo de sucia y rota; más era tan bello y fresco el color de su cara, eran tan azules, limpios y grandes sus ojos, tan rubios y rizados sus cabellos, que parecía una diosa griega disfrazada de mendiga.

—Buenas noches, tío,—dijo la muchacha al comprender que se la había llamado para despedirse de ella.—Estaba arreglando el cuarto de Floreal; que quiero dejar limpio y blanco como el jardín de nuestra casa en Moscou en día de nieve.

Paró la niña, y dijo á Karakoff, al cabo de pensar algunos segundos:

—Oye; dame veinte céntimos.

—¿Para qué los quieres?—preguntó Sofia.

—Para comprar una cosa.

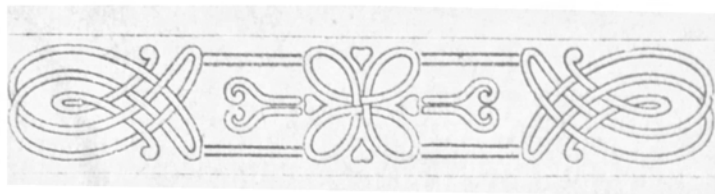
—No quiero que se los des,—exclamó Sofia dirigiéndose á su hermano, viendo que éste hacía ademán de sacárselos del bolsillo.

—Pero, mujer, nunca me ha pedido nada, y si ahora me pide veinte céntimos, ella sabrá por qué,

y yo tengo un gran placer en dárselos,—dijo dándoselos Karakoff.

Y se marchó.

Quedaron en la casa Floreal, Armonía y Sofía. Las mujeres guiaron á Floreal al cuarto que se le había destinado. A los quince minutos el joven dormía como un tronco; Sofía pensaba, acostada, en el apoyo moral que para ellas representaba el muchacho, y Armonía, al lado de su madre, esperaba la salida del sol para levantarse con él y continuar engalanando el cuarto de su nuevo compañero de charla.



XI,

Floreal trabaja

Rendido como estaba Floreal por haber hecho tan largo viaje, no había reparado, al acostarse, en el arte que Armonía acababa de poner en el cuarto, y como, además, nuestro joven ignoraba que aquél fuese el que antes servía de dormitorio á las dos mujeres, se acostó sin reparar y durmió de un tirón toda la noche.

Por la mañana, á eso de las cinco y media, levantóse Sofía y, vistiéndose, iba diciendo á su hija lo que había de comprar para comer. Al concluir su relato Sofía, la niña dijo:

--Mamá, pon diez céntimos más.

--Diez céntimos más, ¿de qué?

--Diez céntimos más de la cuenta.

--¿Por qué?

--Porque los necesito.

--No te dió veinte anoche tu tío?

Sí, pero necesito diez céntimos más.

—¿No puedo saber yo para qué los necesitas?

—Lo sabrás al volver... ¡Anda, madrecita, pon diez céntimos más!

—¡Ten en cuenta que diez céntimos representan para mi una hora de trabajo!

—Si lo tengo en cuenta, pero ayer te dió mucho dinero Floreal, y yo quiero hacerle un regalo.

—¡Ah! Los quieres para regalar algo á Floreal.

—Sí.

—Entonces, toma; aunque me parece que el regalo no será cosa del otro jueves.

—¡Ya verás!

Despidiéronse madre é hija y Armonía dejó la cama tan pronto su madre se hubo marchado; no podía dormir y apenas había pegado los ojos en toda la noche, pensando en Floreal y en lo que tenía que hacer en su honor, por la mañana, antes de que el muchacho se levantara.

A las siete andaba ya Armonía por las calles de París comprando cuanto su madre le había encargado, y gastándose los treinta céntimos en festejar al joven español. ¡Cosa rara! Esta vez no pensó Armonía en comprar dulces. Con los veinte céntimos de su tío, compró dos ramitos de flores de á diez céntimos uno, y los diez céntimos restantes los invirtió en agua de Colonia. Cuando ésto y aquélló tuvo en su poder la niña, corrió hacia su casa de prisa como una ardilla y juguetona como un corde-rito. En ella puso los dos ramitos en dos copas con agua; colocó después las copas encima de una vieja cómoda que habían dejado en el cuarto de Floreal, al que entró de puntillas para no hacer ruido; roció el suelo con el agua de Colonia; abrió de par en par las dos ventanas para que por ellas entrara el sol, que aquel día parecía querer ayudar á Armonía en su hermosa tarea, según lo claro y limpio que se

manifestaba en el horizonte, y esperó sentada en la puerta misma del cuarto, de cara al corredor de la casa.

Dieron las diez y Floreal no despertaba. Armonía no pudo esperar más. Entró en el cuarto sin temor á hacer ruido; puso sus manecitas en la cara del muchacho, y dijo:

—¡Vamos, vamos, dormilón! ¡Han dado las diez y aun hemos de barrear la salita!

Floreal abrió los ojos; de momento no supo dónde se hallaba; levantó la cabeza; miró á la niña; la estancia estaba inundada de luz; olía á gloria. Las flores ¡qué bien hacían!

—¿Dónde estoy?—preguntó después Floreal, re-
puesto un poco de la sorpresa.

—Bueno. ¿Ahora no sabes dónde estás? Pues en mi casa. ¿No recuerdas? En casa de la niña Armonía, á quien has de ayudar á limpiar el cuarto de la Redacción, como hiciste ayer.

—¡Ah! Sí. ¡Qué alegría respira este cuarto! ¿Estaba así anoche?

—Casi, casi.

—No reparé.

—Faltaba el sol y las flores.

—Y la fragancia.

—Sí, y la fragancia. El sol no ha querido venir hasta hoy.

—Y las flores?

—He ido por ellas esta mañana.

—¿Llueve en París agua de Colonia?

—No; las niñas la derraman.

—Pero, Armonía, ¿quién te ha dicho que me prodigaras tantos obsequios?

—Nadie.

—¿De dónde has sacado, pues, el dinero para

—Se lo pedí á mi tío y á mi madre, sin decir para qué lo quería.

Floreal quedó un momento pensativo, miró á la niña, y después repuso:

—Retírate, que me levantaré y arreglaremos la salita.

—Buena,—dijo Armonía retirándose;—mientras tú te vistes, yo verteré un poco de agua por el suelo que no se levante polvo al barrer... ¡Ah! Aquí tienes agua y lavabo.

Está bien.

Floreal saltó de la cama, vistióse y se fué á la salita, donde Armonía le esperaba escoba en mano.

—Manos á la obra,—dijo Floreal al entrar.

Y en menos de media hora limpiaron la Redacción. Cuando Sofia vino, á las once, Armonía había encendido lumbre y puesto agua á calentar. Así fué que Sofia pudo arreglar la comida en un dos por tres. Comieron todos alegremente, y, mientras comían, Floreal anunció su propósito de ir aquella tarde á buscar trabajo en casa del editor Garnier.

Armonía pidió permiso para ir con Floreal. Floreal miró á Sofia, y Sofia dijo:

—Si Floreal lo quiere.

Yo, sí; además me guiará por Paris.

—No tardéis.

—Llegaremos antes que tú,—dijo Armonía.

—No faltaba más,—contestó su madre.

La niña se puso otro vestido; Floreal hizo lo mismo, y los tres dejaron la casa, Sofia para ir á lavar platos y Floreal y Armonía para dedicarse á buscar trabajo.

Tuvieron suerte aquella tarde el joven español y Armonía. El viejo Garnier estaba en casa, y tan pronto recibió la carta del maestro de Floreal ordenó que el discípulo pasase á su despacho.

—¡Conque usted quiere traducir al español obras francesas!—dijo Garnier á Floreal, mientras inspeccionaba al futuro traductor con gran atención y disimulo.

—O inglesas,—contestó Floreal.

¿Traduce usted también el inglés?

—Sí, señor.

—En ese caso, le serviré á usted ahora mismo, porque abundan poco los españoles que conozcan el inglés, y, si usted lo traduce bien, puede usted contar con trabajo seguido.

Poco faltó para que Floreal saltara de contento al oír al viejo Garnier, mas se contuvo por respeto al señor que tenía delante que, á los ojos de Floreal, era el hombre más bueno del mundo.

—Precisamente,—continuó diciendo Garnier,—aquí tengo un libro inglés que aguarda turno, que puede usted llevarse para traducirlo enseguida.

—Como usted disponga, señor Garnier, exclamó Floreal.

—Pues lléveselo usted... ¿Conoce usted las condiciones de la casa ?

—No, señor,—contestó Floreal.

—La casa paga peseta por plana cuando se traduce francés y dos pesetas planas si la traducción ha de hacerse del inglés. Este es el precio de los libros ordinarios, mas se altera cuando se trata de volúmenes excepcionales por su tamaño.

—Está bien,—dijo Floreal loco de contento.

—Puede usted retirarse.

—¿No fija usted tiempo para la entrega del libro?

—observó el muchacho.

—No, señor; pero le estimaría que lo terminara usted pronto, porque deseo publicarlo cuanto antes y porque le daré á usted otro libro si la traducción de éste es aceptable.

—Lo será, señor Garnier. Muchísimas gracias y usted lo pase bien.

Floreal salió disparado del despacho de Garnier, y el viejo editor sonrió satisfecho al comprender el estado de ánimo del joven español.

Ya en la calle, Floreal mostró el libro á Armonía, diciendo :

—Ya tengo trabajo; no lavaré más platos tu madre. ¡Qué contento estoy!

—¿De veras, Floreal, no lavaré más los platos del restaurant?

—No... ¡No faltaba más! Ya he echado mis cuentas. Traduciré cuatro planas ó cinco, si es necesario. Total, ocho ó diez francos cada día. ¿Con este sueldo, Armonía, hemos de permitir que tu madre trabaje once horas por un franco?

Como se ve, Floreal hablaba con Armonía como si fuera una mujercita, y de tal la niña tomaba aire al oír los proyectos de su compañero. Hablando de ellos, llegaron á casa sin darse cuenta; no eran más que las tres de la tarde. Tardaría lo menos tres horas en venir Sofía. ¡Cómo aguardar tiempo tan largo! De ningún modo. Y decidieron ir á esperarla, dando una vueltecita por los bulevares. A las cinco y media estaban ya de plantón á la puerta del restaurant donde Sofía lavaba los platos. Dieron las seis; al poco rato salieron varias mujeres y la madre de Armonía con ellas. Su hija la llamó á grandes voces. De momento Sofía asustóse al oír la voz de la niña; mas, enterada del caso, se alegró mucho también.

—Floreal no quiere que laves más platos que los de casa,—dijo Armonía tan pronto se pusieron en marcha los tres.

—Por ahora no puedo dejar de lavar platos,—contestó Sofía mirando á Floreal.

—¿Por qué—preguntó el muchacho.

—Porque no tienes la seguridad de que te den á traducir otro libro después de éste.

—Me lo ha prometido el mismo jefe editor.

—No importa. Puede que no le guste tu trabajo, y si yo despido á mi burgués sin saber si tú lo tendrás en' lo futuro, nos exponemos á perderlo todo.

—Tengo la seguridad de que el señor Garnier quedará contento de mí.

—Yo confío mucho en tu ilustración, tu voluntad y tu talento, pero mi confianza no basta.

Y durante lo que quedaba de la noche no se habló de otra cosa en casa de la preciosa Armonía. Por fin se convino en que Sofía continuaría yendo al restaurant hasta saber si Garnier quedaba contento del trabajo de Floreal y si le daba otro libro á traducir; que si se lo daba, prometiéndole trabajo seguido, Sofía dejaría el suyo, y que todos los lunes holgaría Floreal para ir, de momento con Armonía y después con madre é hija, á pasarlo en el Bosque de Bolonia.

De su vida futura hablaban nuestros tres simpáticos personajes, cuando Karakoff llamó á la puerta: eran las siete y media. Armonía abrió y el doctor entró sonriente como un triunfador de la vida.

—¿Qué hay, muchacho?

—Pues hay que tengo trabajo,—contestó Floreal.

—Me alegro... ¿De qué?

—De traductor.

—¡Ganarás poco!

—De ocho á diez francos diarios.

—¿Trabajando mucho?

—Regular.

—No trabajes mucho, que el trabajo excesivo debilita el espíritu y el cuerpo. Es mejor ganar poco y conservar la vida, que ganar mucho y perderla.

—Tío,—observó Armonía,—iremos todos los lunes al Bosque Bolonia á pasar el día.

—Lo apruebo; es un día que se dedica á la revolución.

—Te engañas,—replicó la niña;—correremos por aquellos senderos y nos echaremos sobre el césped cuando nos cansemos.

—Pues eso es revolución,—dijo Karakoff acariciando los rizos de la graciosa Armonía.—Nada hay tan revolucionario como la salud, y nada hay tan sano como el campo. Los débiles se humillan; los fuertes se rebelan.

Después, dirigiéndose á Floreal, continuó:

—Todos los grandes ejecutores de la justicia popular están dotados de una naturaleza de hierro. Rusia es de ello un buen ejemplo. Ninguno de los tiranidas de nuestro país conoció el hambre ni las enfermedades. Y ello es también fácil de explicar. La vida es rebelde; la muerte es esclava, y cuanto más vida hay en un individuo y en un pueblo, la rebelión es más probable. Por esto apruebo, Floreal, tu día de campo. Ríete de los intelectuales y de los revolucionarios de café y casino. A esos la revolución se les va por la boca, y poco á poco no les queda nada dentro: ni enojo ni dignidad, que son los sentimientos que arman el brazo de la justicia individual y de la revolución colectiva.

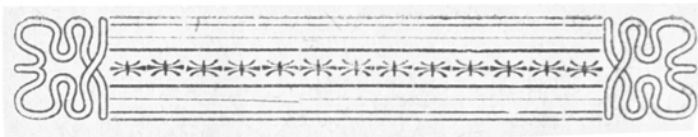
Llamaron otra vez y, como la noche anterior, la Redacción se llenó de gente. Aquel día los de «La Joven Rusia» hablaron poco. No hicieron más que escribir cartas, unos á España, otros á Italia, á Francia, á Inglaterra, á Alemania, á Suiza, etc. Se ponía al tanto á los grupos y comités que apoyaban á los revolucionarios rusos, del gran movimiento que preparaban; de la necesidad que había de celebrar actos públicos en favor de los esclavos que pedían

redención, y del envío de fondos para invertirlos en armas defensivas.

Aquella fué la primera noche que Floreal dedicó á la emancipación de los esclavos, ayudando á los maestros de la rebeldía.

•

.....



XII

Lucha y amor

Cinco años han transcurrido desde nuestro capítulo anterior, y durante ellos, Floreal ha asistido á todas las conferencias dadas por los hombres más importantes de Francia, así en saber como en política; ha publicado notables trabajos en «La Joven Rusia» y en otras publicaciones de París; ha traducido varias obras para la casa Garnier, y ha dado á luz uno, original, titulado: «Del amor en las sociedades humanas», que ha tenido gran éxito. Cuesta arriba Floreal, así en fama como en posición, no permitió que Sofía trabajara más que en los quehaceres de la propia casa; satisfizo todos, los inocentes é inofensivos gustos de la mujercita Armonía, que acababa de cumplir quince años, y él se colocó en París como una potencia intelectual que empezaba á ser fuerte y popular.

Al principio, iban al Bosque de Bolonia, Armonía y Floreal; después les acompañó Sofía, y los

tres pasaban un gran día, jugando como niños, discutiendo como sabios ú obrando como abnegados en bien de los que en el mundo sufrían persecución por la justicia histórica, y singularmente del pobre padre de Armonía, á quien todos los meses mandaban algunos francos.

Las conversaciones que sostenían nuestros tres simpáticos personajes eran muy interesantes é instructivas. Habíase convenido que las mujeres hablasen en ruso y Floreal el español, para ver si aprendían él el idioma de ellas, y viceversa. En caso de duda se recurría al francés, y de nuevo empezaba la plática.

Al empezar las excursiones, Floreal había dicho á Armonía que los pájaros limpiaban la atmósfera de insectos y las plantas de parásitos; que por el bien que hacían los pájaros al hombre era preciso protegerlos; y Armonía, obedeciendo y atendiendo las indicaciones de su excelente amigo, ponía en la cesta del almuerzo algo para los pajarillos, los cuales poco á poco, se acostumbraron á recibir la visita de aquellos amigos y acabaron por acercarse tanto á ellos que casi comían juntos.

Después de comer se discurría unos días sobre botánica, otros sobre astronomía, sobre la aparición del hombre en la tierra, sobre el amor, sobre la constitución de las sociedades futuras, etc.

Floreal, sin querer ó sin pensar, casi por diversión, se había convertido en preceptor de Armonía, á la que dotaba de cuanto él había aprendido en su colegio de España, de cuanto aprendió después en la palabra y en la pluma de los demás y de cuanto la vida le enseñaba. Así Armonía, á los quince años, había convertido en secretario de Floreal, empezando á ser su más eficaz colaborador, tanto por el talento que demostraba, como por los buenos

y bellos sentimientos que Floreal descubría en la niña y que él aprovechaba para sus producciones literarias, encaminadas todas á ensalzar á la personalidad de la mujer; siendo el corazón de Armonía y su evolución hacia la pubertad una fuente de sensaciones y de conocimientos nuevos que compensaban el trabajo y el saber que el joven había puesto en la inteligencia de la muchacha.

Floreal no descuidaba, por ello, la lucha social á que su generosidad y su inteligencia le llevaron, y prestaba su concurso á todo acto de propaganda y de controversia que se celebrase en defensa de la igualdad económica, del ejercicio absoluto de todas las autonomías individuales y de los perseguidos por sustentar un ideal, cualquiera que él fuese.

Y lo mismo que su palabra, su pluma estaba también al servicio de la justicia.

Algunos de los escritos de Floreal, publicados en «La Joven Rusia», de cuya Revista había llegado á ser el redactor más leído, llamaron la atención de todos los intelectuales de la capital de Francia, siendo reproducidos en España, Italia é Inglaterra, y como Floreal ya escribía el francés correctamente, dos importantes periódicos de París solicitaron su colaboración, que él otorgó y por la cual sus ingresos semanales recibieron gran aumento.

La publicación del libro de nuestro amado joven «Del amor en las sociedades humanas», que editó Garnier en español, fué un gran éxito, y pronto pudo Floreal ver su obra impresa en francés, percibiendo, por esta nueva edición de su obra, una nueva cantidad.

Tales ingresos modificaron por completo el modo de vivir de la familia, permitiéndose ciertos recreos, tales como: criar palomas, viajar á menudo, vestir un poco mejor, suscribirse á las revistas más im-

portantes del mundo, poner el cuarto más bonito, etc.

En esta situación, Floreal dejó las traducciones, despidiéndose de Garnier con mucho afecto y agradecimiento, y pasado algún tiempo la familia pensó alquilar una casita en Passy, en Asnières ó en Clichy, pueblecitos que circundan París. Allí, casi en el campo, podrían alquilar un hotelito de poco arriendo, que tuviera corral y jardín para criar aves y plantar flores. Tal ideal expuso Floreal á las dos mujeres, que, como es de suponer, aceptaron con gran contento, acordando que el próximo lunes se dedicaría á recorrer Asnières en busca de casita que les agradase.

Pero ello pasaba el miércoles, y antes de llegar el lunes ocurrió algo que había de influir no poco en la vida de Floreal.

La literatura de nuestro antiguo amigo se distinguía por su fuerza pasional y amorosa, por su concisión, por la energía que desarrollaba en defensa de la justicia, por el entusiasmo con que defendía á los débiles, sobre todo á las mujeres y á los niños.

Por aquellos días, en París se cometió un crimen sensacional. Un hombre requería de amores á una mujer casada; la mujer no correspondía á ningún requerimiento del enamorado; era ella madre de dos hijos, uno de quince años, aunque sólo contaba treinta y dos; ese jovencito de quince años pronto notó la persecución de que era objeto su madre poniéndose á su servicio y acordando, madre é hijo, no decir nada al padre para evitar una desgracia y salir de casa siempre los dos cuando ella tuviera que ir de compras ó de visita. El enamorado, ante la imposibilidad de hablar á solas con su bella, redoblabá cada día el ataque postal, utilizando el corre interior ó la portera, sin parar mientes en que la correspondencia podía llegar á manos del marido.

Un día el molesto é imprudente enamorado decidió ir á Roma por todo; siguió á su adorada, subió tras ella la escalera de su casa, y en la escalera el hijo de aquella mujer, hermosa, por su mal, le salió al encuentro, defendiendo la libertad amorosa de la que le había llevado en sus entrañas. Entonces el loco de amor sacó una pistola mauser y disparó; el joven rodó muerto escalera abajo; su madre la saltó detrás enloquecida, y el loco se sentó esperando que lo matasen ó que lo prendieran. Al día siguiente la prensa de París daba del hecho grandes relatos y de aquel crimen hablaron las plumas mejor cortadas de la capital más literarias y más artísticas del mundo. Dedicado Floreal á la defensa de la mujer, publicó en «La Justicia» el siguiente escrito:

«Los locos de amor

» Ayer fué asesinado un muchacho que se interpuso entre su madre y una pistola mauser, esgrimida por un pobre loco de amor. Con tal motivo, algunos escritores claman contra las costumbres licenciosas é invocan los primitivos temores de Dios y el no menos primitivo y bárbaro temor de las leyes. Autor ha habido que aprovecha ese simple caso de locura amorosa para tronar contra la libertad política, contra la libertad religiosa, contra la libertad moral, contra toda suerte de libertades. Esta en su derecho el cronista que de tal manera interpreta un caso patológico perfectamente definido en los tratados de criminalología. Mas nosotros, que no somos criminalistas ni doctrinarios, que somos simples poetas de la vida y del amor, con algún conocimiento del organismo humano y alguna visión de la realidad ambiente, diremos también cuanto nos inspire el hecho que mueve tantas plumas.

» Siglos de vida oprimida arrastra hasta nosotros un cruel atavismo. La mujer es aún una cosa que no tiene más misión en la tierra que proporcionar placeres á los hombres, y cuando ella se opone al capricho de su amo y señor, se la apuñala sin piedad.

» ¡La bestia humana! arguyen los partidarios del libre albedrío que peca y se confiesa. ¡Sí, la bestia humana que se rebela contra vuestra moral prohibitiva, contra vuestros códigos de honor, contra todo lo que se opone, leyes y honras inclusive, á la satisfacción de la santa materia !

» Cohibidas las pasiones en el claustro, en el convento, en el cuartel, en la cárcel, en la familia, en la vida social os dan por suma la aberración amorosa ó la locura de amor.

» Nobles que atropellan niñas; frailes que violan niños; monjas, colegialas y prisioneras que conocen el secreto del goce sin varón; curas, seminaristas, soldados y reclusos que gozan sin hembra y que se acostumbra á ello como la cosa más natural del mundo. Y de las cárceles, de los conventos, de los seminarios, de los cuarteles, de la moral reinante y de las costumbres que castigan y censuran el amor natural, salen esos seres que convierten á la sociedad moderna en una prolongación de Sodoma y Gomorra ó en una Casa de Salud.

» Luego la vida padece el mal de la presión amorosa ó del amor, no satisfecho.

» He aquí el caso patológico, lo que vosotros, moralistas, modestamente llamáis la bestia humana, y para la cual pedis castigos sin dar remedio.

» Mas nosotros, los poetas del amor y de la vida, los cantores de la libertad amorosa, hemos de decir, y decimos, que cuantos delinquen por amor son vuestras víctimas.

» En cuanto á tí, desgraciado matador de mujeres

que pretendes ser amado por fuerza, eres el fruto de los mismos que te maldicen.

» ¿Con qué derecho pretendías que la señora Durand te quisiera, si su voluntad era no quererte?

» Con el derecho que te daba el amor que tú sentías por ella, contestarás seguramente.

» Pues bien, loco de amor, vesánico por atavismo; al imponer tu cariño, al matar por querer amor de quien te lo negaba, mancillabas, no ya de sangre, mancillabas de lodo el amor mismo.

» ¿Cómo podemos quitar la existencia al ser que amamos? ¿Cómo se puede matar la vida que apetece con alma del hombre, que es un alma excelsa?

» Yo tengo palomas en mi casa; son blancas. Yo quiero mucho á mis palomas; no las quiero tanto, sin embargo, como á una mujer, cualquiera que ella sea. Con todo, yo no puedo matar á mis palomas; no las puedo matar porque forman parte de mis amores, por ser débiles y por ser bellas.

» ¿Podría ofender, ni siquiera con la mirada, á una joven hermosa?

» No, no es amor; es locura de amor lo que arma el brazo de cuantos quieren que se les ame por fuerza.

» Que no digan que matan por amor los que matan á la mujer, más blanca y más débil que mi paloma favorita. Matan por vanidad, por orgullo, por locura, por despecho, por celos; por todo menos por amor.

» Yo me pongo en vuestro lugar, matadores de mujeres, y hago mi cuenta. Es esta:

» En Valladolid vi por vez primera á una joven bonita. La quise, le dije que la quería y ella no contestó, ó contestó que le era indiferente. Yo continué queriendo á esa joven bonita, y la tenacidad mía en el querer dió por resultado el que algunas veces,

paseando á orillas del Pisuerga, la joven objeto de mis amores me dirigiase una mirada compasiva. Después la joven casó, saliendo de Valladolid en compañía de su esposo, y yo continué viviendo en la antigua capital castellana pensando en ella siempre. No puede olvidarla. Indagué, procuré saber y supe, primero, que vivía en la Coruña; luego que se marchó á Sevilla; más tarde me enteré que residía en Málaga.

» Yo la seguí á todas partes con el retrato que de ella tenía grabado en la memoria. Un día, ¡qué feliz fué para mí!, la ví en Madrid. Su cara continuaba siendo bonita, y aun había en mi corazón rescoldos suficientes para encender y alimentar la llama. Quise saber de su vida y supe que era dichosa en compañía de su marido, de quien había tenido dos hijos. Si feliz me sentí al verla por vez primera desde que se marchó de Valladolid, más feliz me consideré al enterarme que era tan querida como hubiese podido serlo conmigo. ¡Cosa rara y cosa grande! ¡Yo miraba con cariño á los hijos de la que fué mi joven bonita y los consideraba hijos míos; velaba por ellos y les deseaba vida larga y pocas penas! -

» ¡Odiar al marido! ¿Por qué? Sólo quise saber de él, de ella y de sus hijos para enviarles un alivio que hubiese llegado á ellos sin saber de dónde venía, si lo hubiesen necesitado.

» Natural era cuanto yo estaba dispuesto á hacer por mi familia querida dentro de la grandeza y de la lógica del amor.

» Si yo pretendía á la que había sido joven bonita para hacerla feliz y ella feliz era al lado de otro hombre, ¿qué más podía desear yo? Si su esposo daba á mi mujer amada vida feliz y alegre, ¿por qué no sentir simpatía por ese esposo?

» Esta es mi cuenta; esta y no otra es la cuenta del amor.

» ¿Qué á dónde dejo la felicidad propia, principal objetivo de todas las acciones y de todas las ideas?

» ¿Qué mayor felicidad que la de sentir un amor así de grande, así de noble y así de bello?

» Y sois antiestéticos y cobardes cuantos toquéis á la mujer que no sea con unos labios ó con una flor.»

El efecto que este artículo produjo en la mujer parisién fué enorme.

A la hora escasa de ver la luz el número de «La Justicia» que lo insertaba, la Redacción de dicho colega se llenó de flores. Las señoras y las obreras, unas en coche y otras andando, iban á obsequiar á Floreal con lo más propio del caso. Floreal no estaba en la Redacción de «La Justicia». El director le llamó por medio de un ordenanza y cuando le tuvo en su presencia le dijo:

—El salón está lleno de flores y de tarjetas para usted. Son obsequio de señoras que le felicitan por su artículo de hoy. La Redacción de «La Justicia» se considera honrada con los homenajes que recibe de las mujeres de Francia uno de sus colaboradores. Y deseando asociarse á esta manifestación de simpatía le ruego que colabore usted más asiduamente en «La Justicia». Se le pagarán á usted cien francos por cada crónica, pudiendo escribir hasta tres crónicas semanales, siempre sobre un asunto de actualidad.

Floreal recibió con gran alegría el acto de amor de las mujeres francesas y aceptó la proposición del director de «La Justicia».

Desde aquel momento, Floreal fué popular en París, y como muchas ilustraciones publicaron su re-

trato, no podía salir de casa sin ser saludado con muestras de cariño por los transeuntes.

Otra vez reformó Floreal el programa de su vida. Alquiló un hotelito en Passy, en lugar de alquilarlo en Asnières. Passy está situado á orillas del Sena, es barrio de artistas, y aunque las habitaciones son allí más caras que en Asnières, bien contados los ingresos, vió que le permitían aquel lujo. Luego escribió á sus padres proponiéndoles que se fuesen á vivir con él. Los viejos contestaron que preparaban su ida á París para dentro de un año. Después, Floreal se puso á trabajar por la libertad del padre de Armonía, mientras que, por medio de envíos metálicos, hacía más pasajera su residencia en la Siberia.

En todo ello transcurrió cerca de un año más. Floreal contaba veinticuatro y Armonía diez y seis. Ya bien instalados en Passy, en medio de flores y palomas, Armonía dijo timidamente á Floreal, un día que ambos se sentaron en un banco del jardín:

—¿Y era verdad lo que contabas en tu artículo?

—¿En qué artículo?—preguntó Floreal.

—En aquel que publicaste á raíz de la muerte del hijo que quiso defender á su madre de la persecución amorosa de que era objeto.

—No podía serlo, Armonía, no podía serlo. Salí de España á los diez y ocho años, nunca he estado en Valladolid. Además, se trataba de un hombre que había amado á una mujer con hijos crecidos.

—Tienes razón. ¿Por qué contabas, pues, aquella historia?

—Porque era la historia del matador y yo me ponía en su lugar y explicaba lo que en su lugar hubiese hecho.

Calló Armonía. Floreal repuso al cabo de un momento:

—¿Por qué me has hecho tal pregunta?

Armonía no contestó, pero su cara se puso como una rosa.

Floreal le tomó dulcemente una mano y le dijo:

—Es inútil que contestes. Además, ha contestado el color de tu rostro. ¿Me quieres, verdad?

—Desde que te ví, sin saberlo siquiera, sin tener años aún para amar, te quise con toda mi alma. Y ya que te lo he dicho tantas veces con mis actos, bien pueden repetirlo mis labios.

—¿De modo que no es este nuestro primer coloquio amoroso ?

—No; fueron de amor nuestras palabras desde que me vi reflejada en tus ojos.

—¡Es cierto, Armonía, es cierto! Eres mi virgen, soy tu primer amor, eres tú lo mismo para mí. Diciéndonds palabras dulces y tiernas, he aprendido el ruso, porque el corazón adivinaba lo que no entendía el oído, que el lenguaje del amor es lenguaje eterno y universal.

—Sí, sí, bien mío. Tu persona ha llenado mi vida de niña y llenará mi vida de mujer...

—No pido tanto, Armonía de mi corazón, no pido tanto. Amame mientras mi persona satisfaga tu deseo. Si la satisfacción es de por vida, bien, y si no es de por vida, bien también. Yo sabré conocerlo; tú sabrás decírmelo. Yo haré lo mismo contigo y seremos felices, porque seremos justos y no nos engañaremos por temor ni por moral.

—Ya sabes, bien mío, que soy tu obra. Soy lo que tú quisiste que fuera. Mis ideas son las tuyas, mis sentimientos son aquellos que tú supiste depositar en mi pecho, tan delicada y noblemente.

—Tú eres mi obra, pero mis obras de ti salieron. Tu espíritu es el de mis mujeres artísticas, el de mis heroínas, el de mis escritos. En ti he aprendido á amar y á conocer á la mujer. Sin tenerte á mi

lado no hubiese escrito nada digno de ser leído y celebrado.

Y la besó por vez primera con beso de fuego que no teme quemar.

En este momento, Sofía penetraba en el jardín con intención de llamar á los dos jóvenes; era la hora del almuerzo; mas los vió tan juntos, tan contentos y tan sonrojados, que se alejó sin decirles palabra. Después, Sofía lloró encerrada en su cuarto. Era aún joven, y su marido continuaba deportado en el país de la muerte.

•



XIII

El deber rompiendo un idilio

Floreal y Armonía no se habían engañado al comunicarse amor ni al quererse. Nacieron el uno para el otro.

Armonía pudo asistir al desarrollo de su cuerpo al lado de un hombre digno de ser amado, y las primeras manifestaciones del deseo se encontraron con el amigo de la infancia, que había obtenido sus simpatías de niña, y que ganaba, de igual manera y con el mismo éxito, sus amores de mujer. Armonía, por otra parte, no pensó oponerse á aquella natural inclinación que sentía por Floreal y por cuanto á Floreal se refería. Insensiblemente, sin darse cuenta trocóse en amor la amistad, é insensiblemente, también, sentía cada día más placer en estar al lado del joven español, y en hacerle agradable la existencia. No pensó en otra cosa Armonía. de los diez á los diez y seis años. ¿Qué alegría podría dar á Floreal? ¿Qué decirle para hacerle reír? ¿Qué placer

le sería más grato? Y en el campo, lo mismo que en la calle, quería estar á su lado, jugar con él, gozar la inefable dicha de su compañía; que aquella niña no ambicionaba, para ser feliz, más que ver siempre al ser querido, cuyas robustas y blancas manos, y cuya ancha y limpia frente recibieron sus primeros besos.

Floreal había llegado á los diez y ocho años sin más amigos que sus padres y sus profesores. Metido en el estudio, por vocación única, ignoraba lo que era una noche de juerga, y sano, con aquella salud corporal que no provoca los placeres prematuros ni gusta de otros goces que los netamente varones, cuando llega el caso, no había pensado en las mujeres. Así, con esa virginidad y fortaleza de cuerpo, y esa pureza de costumbres y de ideas, llegó Floreal á París, y vió á la niña Armonía. Naturalísimo fué lo que pasó entre los dos. Niño él y de corazón sencillo, se entregó sin reservas ni intenciones péfidas á aquella inocente y sencilla amistad que inconscientemente se le ofrecía. Después, el trabajo para ganarse un nombre, por un lado, y la lucha en pro de la justicia, por otro, no le habían dejado tiempo que dedicar á los placeres de la calle, ni su naturaleza, que no venía pervertida por la herencia, los había reclamado.

Además, fuera de las cuartillas y fuera de las reuniones públicas, conferencias, mitins, controversias, etc., que demandaban estudio y voluntad, Floreal encontraba en su casa, tan pronto movía los labios ó levantaba los ojos, toda la amistad, todo el sentimiento y todo el amor que podía apetecer su corazón cansado de intelectualismo. De ahí que alrededor de Floreal se estableciera el equilibrio necesario entre el cerebro y el cuerpo ó entre las satisfacciones naturales y las morales, y de ahí tam-

bién el que Floreal abriera sus ojos, vírgenes por completo, para mirarse en los de aquella niña que en seis años no se había separado de su lado, y que no apetecía ni inspiraba más que amor sereno, puro, grande, fuertemente natural.

Cuando nuestros enamorados volvieron en sí del idilio en que los hemos dejado metidos en el capítulo anterior, Floreal sacó el reloj y miró la hora.

Eran las dos de la tarde y tenían por costumbre comer á la una.

—¡Las dos!—exclamó Floreal.

—¿Qué le habrá pasado á mamá que no nos ha llamado para comer?—dijo Armonía levantándose.

—Se habrá retrasado,—dijo Floreal para tranquilizar á Armonía.

Y se dirigieron los dos á la casita. Sofia estaba sentada debajo del emparrado que había enfrente de la puerta.

Sosegada un tanto y contenta al ver feliz á su hija y á Floreal, en quien veía, la pobre mujer, una serie de amores reunidos, resolvió no interrumpir aquel coloquio amoroso y esperar á que los jóvenes despertaran de su sueño de amor.

—¡Qué susto nos ha dado!—dijo Armonía al ver á su madre.

—¿Susto? Si he callado como una estatua para no interrumpir vuestra conversación.

—¡Por esto mismo!—repuso la niña. Como son las dos, creíamos que te habría pasado algo.

—¿Y cómo hasta las dos no te has dado cuenta de que no os llamaba para comer, teniendo por costumbre hacerlo á la una?—contestó Sofia sonriendo.

Armonía se puso roja como la grana.

—Vamos, no te avergüences,—continuó diciendo su madre.

—¿Apruebas nuestro cariño?—preguntó algo más animada Armonía.

—Lo apruebo, celebro y era por mí esperado,—contestó Sofía. ¿Crees tú que al corazón de una madre escapa nada de cuanto pasa en el de su hija?

—¡Qué buena eres!—dijo Armonía echándose en sus brazos.

Si Floreal y Armonía siempre estaban contentos, desde aquel día lo estuvieron mucho más.

Durante algún tiempo, Floreal no pudo atender sus compromisos literarios. Habíase entregado al cariño de Armonía, convirtiendo aquella modesta casita en palacio de amor.

Llegó para Floreal la hora de las satisfacciones materiales, de tanta fuerza en el cuerpo del muchacho, como fuertes eran en su cerebro las satisfacciones intelectuales. La acumulación de energía física rompió la valla en tiempo oportuno para que el placer amoroso fuese una necesidad, un equilibrio y una nueva fuerza.

Puede decirse que el idilio duró hasta siempre, mas al año Floreal había logrado hacer compatible la literatura libertadora y el amor, estableciendo la verdadera armonía entre el trabajo y el goce, para que el uno no quitara vida al otro.

A los doce meses de la primera declaración de amor verdaderamente consciente que Floreal y Armonía sostuvieron, los enamorados amantes recibieron la visita de Karakoff. Al entrar en aquella morada de la dicha, el viejo revolucionario saludó y pidió á hablar á solas con Floreal. Algo de extraño y de misterioso debía haber en la petición del hermano de Sofía, porque, al oirla, las mujeres temblaron. A Floreal la petición de Karakoff le supo á protesta por su conducta de un año.

—Quiere reñirme,—se dijo,—por haber dejado algunos meses la vida activa.

Los dos hombres se encerraron en el despacho de Floreal, pasando, para ir á él, por una puerta que daba al jardín. Al sentarse dijo Karakoff gravemente:

—¿Dónde te metes? Hace mucho tiempo que no acudes á parte alguna; ni escribes siquiera una cuartilla para «La Joven Rusia».

—Supongo que los revolucionarios,—dijo Floreal—tienen también derecho al amor.

—Pero no tanto que absorba, un año entero, talentos antes tan activos.

—Cinco había dedicado sin interrupción á luchar por el ideal. Si un hombre á los veinticinco años no rinde tributo á las más hermosas leyes de la naturaleza, no sé cuándo las rendirá.

—De todas maneras nos ha parecido un tanto exagerado tu culto amor.

—Son estas de aquellas cuestiones que no admiten juez ajeno; cada uno hace lo que le da la gana ó lo que le pide su cuerpo y su sentimiento.

—No te pongas así, que no hay para tanto.

—¡Como pareces un embajador de mala embajada!

—Nada de esto; mas la semana pasada, la Redacción de «La Joven Rusia» tuvo una controversia; se contaba contigo y no acudiste. Los enemigos eran de cuidado.

—No recibí aviso.

—Se te mandó.

—No lo recibí.

—¿Es que Sofía ha perdido ya su entereza y se queda con los avisos que pueden alejarte del lado de Armonía?

—No lo creo; mas si tal hiciera, encontraría disculpa en mí.

—Pues en mi no.

—Bueno, Karakoff, no discutamos. Ya sabes mi máxima: «¡ Quien todo lo comprende, todo lo disculpa!» No pretendo que esta sea también tu máxima, pero no intentes que yo juzgue con severidad los actos que guía el cariño.

—Cariño me trae aquí precisamente.

—Tú dirás.

—En la Siberia quedan aún prisioneros, entre ellos mi cuñado. ¿Por qué su mujer y suegra tuya no te incita á que lo saques de aquel infierno?

—Sin duda alguna porque teme que yo perezca en el empeño, y ya sabes que para ella soy la felicidad de su hija.

—Pensando de esta suerte, los revolucionarios nunca haríamos nada.

—Conformes, pero ahora no se trata de revolucionarios; se trata de una mujer que dice: «perdí al esposo, que no pierda ahora al hijo.»

—No, no,—interrumpió Karakoff;—se trata de revolucionarios.

—En este caso habla conmigo y de mi sólo; dejemos á las mujeres, y disculpémoslas si, en la mayoría de ellas, el sentimiento es superior á la voluntad.

—Se cuenta contigo para formar parte de una expedición que tiene por objeto rescatar á los deportados que quedan en la Siberia, y destruir su capital militar.

—Peligrosa empresa me parece.

—¿Tienes miedo?

Floreal sonrió serenamente, con la sonrisa del que tiene la seguridad de hacer siempre lo que quiere, y de querer siempre la justicia.

—No te rías,—repuso Karakoff,—porque repito que se cuenta contigo.

—¿Para organizar la expedición ó para formar parte de ella?

—Para ambas cosas.

—Es una imprudencia.

—¿Por qué?

—Porque hombres en condiciones para formar parte de la expedición, hay muchos; capaces para agitar la opinión desde París, si la cosa va mal, con su prestigio y su pluma, hay pocos.

—¿Estableces categorías?

—Razono. Yo en París puedo hacer más por el éxito de la expedición que formando parte de ella; pero si tú ú otros creéis que el miedo dicta mis palabras, pueden darse por no pronunciadas y yo formo parte de la expedición.

—Cuando sepas de qué se trata comprenderás que tu presencia en el peligro es necesaria.

—¿Ha de irse por tierra?

—No.

—¿Por mar?

—Tampoco.

—No entiendo.

—Ni por mar ni por tierra; como lo oyes.

—Explicate, Karakoff.

—Si tú tomas la iniciativa, ó la haces tuya, ó le prestas tu apoyo directo, se encontrará dinero suficiente para organizar una formidable expedición aérea. Tu firma es éxito y prestigio. Detrás de tí irá dinero y personas. Si podemos hacer uso de tu nombre, las principales damas de París se suscribirán á la empresa por cantidades considerables. Tú bien lo sabes. Entre los hombres gozas también de gran fama. Un artículo tuyo es una carta de crédito. ¡Qué no será tu persona!

—Dudo que sea tanto mi valor moral, pero, de to

das maneras, si de mí ha de depender el éxito de la empresa, contad conmigo.

—El éxito de la empresa, precisamente, no, porque el éxito de la empresa depende de cómo nos portemos los expedicionarios y de cómo encontremos aquello; pero del éxito del proyecto que ha de trasladarnos á la Siberia, sí.

—No comprendo cómo puede ser trasladado á la Siberia un ejército en globos.

—No se trata de llevar ejércitos á la Siberia, sino de llevar bombas y de arrojarlas desde los globos, medido bien que tengamos el terreno, avisados que estén los presos y cortadas que sean las comunicaciones de Tobolsky á Moscou,—dijo Karakoff con entusiasmo.—Se tripularán ocho globos conducidos al Mar Caspio por Tiflis, cuya población está en poder de los revolucionarios. A orillas del mar Caspio, en Tierra de Kirghiz, montaremos los globos, que han de ser dirigidos por cuatro personas cada uno; no hace falta más gente; la demás carga, explosivos.

El inventor de los globos dice que en cuatro días hace la travesía de la orilla occidental del Mar Caspio á Tobolsk. Entre los montes Urales y la capital de la Siberia cortaremos las comunicaciones en una gran extensión. La dinamita destruye en minutos los puentes y la línea férrea que el hombre tarda meses en construir. Ello ocurrirá en Febrero, cuando en aquella latitud las noches duran semanas y los días horas, y aun no han empezado los huracanes del equinoccio primaveral. Destruídas las comunicaciones á la luz de nuestros grandes focos eléctricos, nos remontaremos sobre Tobolsk y echaremos nuestro lastre destructor.

—Hablas como un poseído,—dijo Floreal algo admirado;—mas yo soy aquí el freno, á pesar de que

tú puedes ser mi padre. Contesta á mis preguntas. ¿Cuánta carga podrá llevar cada globo?

—Dos mil kilos... Ya sé lo que quieres saber. Es un nuevo invento más pesado que el aire; fuerza eléctrica; las fuerzas naturales, en combinación con el movimiento del globo, produce la energía; la gran velocidad establece cierta fuerza centrífuga que disminuye la gravitación en un 40 por ciento á una altura de 4.000 metros.

—Sería una maravilla; no conozco el invento ¿Estamos enfrente del movimiento continuo?

—Casi. El inventor es un buen hombre que ha gastado su fortuna y lo que ha podido agenciarse pidiendo préstamos, y ahora que ha descubierto la locomoción aérea contra viento, nadie le hace caso. A nosotros nos ofrece el invento con tal de que le proporcionemos dinero para fabricar los globos; si todos queremos, podemos proporcionárselo, y también brazos para la construcción de los vehículos. Luego el éxito de la empresa le servirá de reclamo para fundar una gran compañía explotadora de sus globos.

—¿Y cada globo podrá llevar 2.000 kilos de peso?

—Sí. Nuestro amigo, el ingeniero Kuriskoff, que como sabes, es una celebridad en la materia, ha estudiado el invento y ha hecho las pruebas con el autor, quedando encantado de ellas. Quiere ser también uno de los expedicionarios. Tripularemos un globo Kuriskoff, tú, yo y Ana Norosoff.

Cuidarás de la parte física y astronómica, en su relación con el exterior del globo, nuestro amigo el barón de Stackelberg, que es un prodigio de sabiduría.

Floreál quedó un poco perplejo; después dijo:

—Otra cosa. ¿Y los víveres?

—Ya comprenderás que pudiendo llevar 2.000 ki-

los de peso cada globo, no han de faltarnos viveres. Además, habrá mensajeros nuestros en todo el territorio de Kirghiz, y hasta en la Tartaria, para preparar á los naturales del país, si hace falta, que sí hará, para el paso del convoy libertado. Por otra parte, los indigenas son buenos y pacíficos de sí, y, con tal que se les deje vivir en paz, no se meten con nadie. Al contrario, cuando sepan que se trata de debilitar la fuerza del tirano común, nos ayudarán á salir en bien de la empresa...

—¡Otra cosa!—exclamó Floreal interrumpiendo.

—¿Más dudas?

—¡Es preciso atar todos los cabos!

—¡Todos están atados!

—¿Cómo sabrán los presos cuando habrá de producirse la lluvia de explosivos? Es preciso que lo sepan para que se pongan á salvo.

—También esto está previsto. Según nuestros cálculos, los expedicionarios podremos estar sobre Tobolsk á mediados del mes de Febrero. Dentro de breves días, cuando todo esté ultimado y asegurado el éxito del proyecto, veinte de los nuestros entrarán en Rusia; al instante serán detenidos, y, si no todos, algunos serán deportados á la Siberia. Ya puedes suponer cuál será la labor de estos abnegados entre los presos. Para mayor seguridad de la empresa, una hora antes de la lluvia de explosivos se proyectará una luz eléctrica encima de la capital militar de la Siberia, que es el único departamento siberiano que continúa sujeto al dominio del zar. Nuestra tarea se llevará á término impunemente, porque siendo de noche no se nos verá ni nadie podrá suponer que aquello venga del cielo, cual si se tratase de una verdadera lluvia de fuego. Destruída Tobolsk, los deportados saldrán de sus cárceles, construídas á las afueras de la capital, con ayuda de algunos de

sus guardianes y se incautarán de los fusiles y de las municiones que hayan quedado servibles. Si es preciso organizar una nueva expedición para ir más al Norte, en el caso de que queden algunas colonias penitenciarias, se organizará bajo la salvaguardia de nuestros explosivos. Mas yo creo que no será necesario, porque tal como dejaremos la línea férrea habrán de pasar muchos meses antes que el tirano pueda mandar fuerzas á Tobolsk. El regreso á Europa del convoy libertado se efectuará por tierra hasta el Mar Caspio. Los explosivos sobrantes se reunirán todos en un globo; los demás se harán cargo de los enfermos y los heridos que hubiere; nos acompañará otro médico. Mientras la expedición irá avanzando hacia el Mediodía, custodiados por el globo cargado de explosivos, los demás globos harán viajes de ida y vuelta, llevándose siempre á los más débiles, á los más viejos, á los que vayan cayendo enfermos á través de aquellos desiertos inmensos que el gran Bakounine recorrió solo. Nosotros encontraremos el terreno preparado por los mensajeros, llevaremos dinero, llevaremos armas, no podrá faltarnos de comer porque los globos volverán siempre cargados de víveres, de municiones, de medicamentos, de lo que haga falta. Al llegar al Mar Caspio, un buque nos trasladará á la orilla Sud, frente á Tiflis, cuyo territorio ha ganado la revolución; nos dirigiremos á Tiflis á pie, y desde Tiflis á Sebastopol en ferrocarril. Allí cada uno decidirá de su suerte; los que deseen regresar á Europa, regresarán; los que decidan quedarse en Sebastopol, se quedarán, y los que determinen incorporarse al ejército revolucionario, podrán hacerlo.

—Perfectamente, chico; has logrado comunicarme tu entusiasmo.

—¿Se cuenta contigo?

—Conmigo se podía contar desde el momento que alguien dudaba de mi abnegación y de mi valor. Hoy se puede contar conmigo convencido de que si podemos perecer en el empeño, podemos también salir de él victoriosos.

—Me alegro por tí y por los deportados.

—¿Por mí?

—Por ti, porque se empezaba á murmurar.

—¿Qué habían creído los murmuradores, los que nunca hacen nada en la vida, los de siempre?

—Decían que la familia y el amor habían aprisionado tu voluntad, y que la tuya era una inteligencia perdida para la revolución.

—Yo demostraré á todos, por amor á mí mismo, no por temor á crítica alguna, que se puede amar mucho, que se puede tener á nuestro lado seres amantísimos, sin que padezca olvido el ideal ni los que por él sufren. ¡Los criticones, los incapaces! ¿Qué mérito tiene exponer la vida, si por nuestra falta de amor no le debemos á un hijo, á una mujer, á una felicidad real? No tiene ningún mérito. El mérito está en mí, que amo mucho y cuando la ocasión llega prescindo de todos mis amores para cumplir mi deber. Mira,—dijo Floreal mientras abría una puerta.

Karakoff vió, en una cuna, un niño como de tres meses, que parecía arrancado de los lienzos de Rubens, y á Armonía llorando inclinada hacia aquel hermoso rostro infantil. La joven madre fijó su triste mirada en Karakoff y en Floreal, pero nada dijo; Floreal cerró otra vez la puerta diciendo:

—Esto, para los secos de corazón, nada significa; para mí significa mucho más que la felicidad, mucho más que la vida, mucho más que la dignidad, que todo el peligro y que todo martirio, y, sin embargo, yo abandono esto por la justicia, por el bien ajeno, por un bien que quizás no será agradecido, y

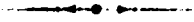
por una justicia que puede ser una ilusión del hombre. ¡Si será rico en sentimiento y en fuerza el corazón de los que amamos inmensamente á nuestros hijos y á nuestras mujeres!

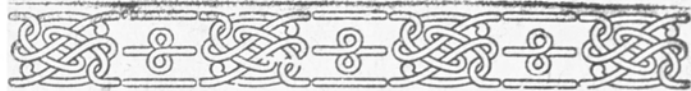
Tío y sobrino se separaron. Karakoff saludó á las dos mujeres con mejor cara que antes. Floreal, al sentarse con Armonía y Sofía, les dijo que Karakoff le había propuesto la celebración de un viaje de propaganda por Francia, Inglaterra, Italia, Suiza, Bélgica, Alemania, Holanda, Dinamarca y Países Escandinavos, á favor de los deportados á la Siberia, y que, siendo uno de ellos Pablo Mikauteff, padre de Armonía, había aceptado. Como es de suponer, hubo lloros; se habló del porvenir de las mujeres y del niño. Floreal contestó que no había peligro, pero que lo dejaría todo arreglado por si lo hubiere.

Al día siguiente, nuestro equilibrado joven se fué á Paris; aseguró su vida en 100.000 francos; comunicó el proyecto de expedición, bajo palabra de honor de guardar secreto, al director de «La Justicia» para justificar el aumento de colaboración que solicitaba hasta el día de la partida. El director de «La Justicia» autorizó á Floreal para que escribiese una crónica más cada semana, pero le pidió la exclusiva del relato de aquella expedición tan extraordinaria, para cuando estuviera de regreso. Floreal concedió la exclusiva de su pluma con la condición de que el diario pagase 500 francos mensuales á Armonía durante el tiempo que durara el viaje, cantidad que la familia de Floreal no estaba obligada á devolver si él moría en la contienda.

Asegurado que hubo Floreal el porvenir á los suyos, pues no dejaba de comprender los grandes peligros que ofrecía el viaje, aunque sólo fuese por la inseguridad del invento y por la carga de los globos, regresó á su casa sereno y contento.

Armonía lloraba aún al pie de la cuna. Floreal la consoló con el arte sublime de los poetas que aman, y tanto convenció á la joven y buena madre de que su deber era aceptar el viaje y de que en él no corría peligro alguno, que estuvieron los tres charlando y riendo todo lo que quedaba del día, haciendo cálculos sobre las futuras aptitudes del niño Sol, que así se llamaba el hijo de Floreal.





XIV

Floreal educando á sus hijos

Tomando el sol en la terraza de un artístico hotelito de Passy, se hallan el padre de Armonía, que lee «La Revolución Triunfante», revista que se publica en lugar de «La Joven Rusia»; el padre de Floreal, que juega con un nieto de tres años, por nombre Placer; Floreal, que está hablando con sus hijos mayores, Sol y Vida, de nueve y ocho años, respectivamente, y Armonía, que, sentada, guarda en su falda á un niño de pecho, dormido como las tranquilas noches de verano. La madre de Floreal y Sofía acaban de salir para París, adonde han ido de compras.

Como el lector comprenderá por este relato, ha transcurrido algún tiempo desde nuestro capítulo anterior. Floreal tiene cuatro hijos, tres niños y una niña, y viven con él sus pádres y los de Armonía.

En este momento en que vemos á nuestros antiguos y nuevos amigos, todos sus semblantes denotan alegría y salud, satisfacción de la vida en general y de la propia persona.

Sol dice á su padre:

—Cuéntanos, papá, cómo escapó de la Siberia el abuelito alto.

Hay que advertir que entre la familia se había convenido en llamar abuelito alto al padre de Armonía, hombre de unos cincuenta y cinco años, alto, fornido, frente despejada, nariz un tanto carnosa, ojos azules y grandes, y abuelo pequeño al padre de Floreal, á quien de antiguo conocemos.

Floreal contestó:

—¡Pero, hijo, si entre el abuelo y yo te lo hemos contado más de cien veces !

—No importa; deseo que me lo repitas, me gusta mucho.

—Te lo contará el abuelo.

—Yo le contaré la vuelta; tú cuéntale la ida,—dijo el abuelito alto dejando de leer.

—Pues, verás,—exclamó Floreal.

Sol y Vida se pusieron en actitud de oír.

—Pues, verás.... Pero habéis de permitir que os lo cuente á escape, porque después hemos de trabajar. Hoy es el día señalado para sembrar la simiente y sacar las flores del invernadero. El frío huye, estamos á últimos de Febrero y es preciso preparar el jardín para la primavera.

—Ya sabes, papá,—contestó Sol,—que ayer cavamos la tierra y la preparemos para recibir la simiente y las flores. No nos falta, pues, más que sembrar y que trasplantar del semillero al jardín las flores que tú elijas.

—No, las que elijas tú,—observó Floreal.

—Bueno, las que elijamos entre todos, porque los abuelos, mamá y Vida también me ayudan á distribuir las flores.

Ya lo sé, hijo mío, ya lo sé; eres muy bueno, sois todos muy buenos, y yo estoy contento de tí, de Vida, de los abuelos, de las abuelas y de tu madre.

—¿Y de mí?—dijo corriendo hacia su padre el pequeño Placer.

—De ti también,—contestó Floreal tomándolo en sus brazos,—de ti también; pero como eres tan pequeño, no creí necesario nombrarte.

—Tengo tres años,—observó Placer.

—Esto es, tres años,—añadió el abuelo pequeño; —como si dijéramos una persona mayor.

—Bueno, en adelante contaremos contigo,—dijo Floreal.

—Sí, debes hacerlo,—repuso Armonía,—debes hacerlo, porque Placer tiene mucho juicio.

—¡Que me dispense por esta vez, —añadió Floreal sonriendo,—y que se siente en mi rodilla !

Placer se sentó en la rodilla de su padre con ayuda del abuelo pequeño y esperó mirando á sus hermanos con aire de satisfacción.

—Ya sabéis que se montaron los globos en la orilla Norte del Mar Caspio,—dijo Floreal,—y que mientras unos montaban los globos, otros cargaban las bombas.

—Sí, señor; ya lo sabemos,—dijo Sol.

—Las bombas se fabricaron allí mismo, para evitar los contratiempos que pudieran producir de París al Mar Caspio. Cuando los globos estuvieron dispuestos se les colocó la carga, y el día en que nació Vida tomábamos aire en dirección al Norte. El viaje era muy arriesgado. Una imprudencia podía producir una explosión. Un descuido del inventor ó de los encargados de dirigir los globos podía llevarnos á chocar unos contra otros ó á descender rápidamente, y la explosión se hubiera también producido.

—Oye, papá,—interrumpió Sol;—¿por qué no me llevastes contigo?

—En primer lugar, porque tú sólo contabas once meses, y en segundo término, porque te quería mu-

cho y los hombres que son como yo no exponen la vida de las personas queridas.

—Este Sol siempre interrumpe, observó Vida.

—Porque á mí me hubiera gustado libertar al abuelito,—exclamó Sol con cierta energía.

El abuelo alto paró otra vez de leer y sonrió; Floreal besó la frente de su hijo, mientras Armonía decía:

—¡Me parece que el relato va para largo!

—Y tanto,—añadió el abuelo pequeño.

—Dejadles que cada cual exprese lo que sienta,—dijo Floreal. Que digan cuanto se les ocurra y que interrumpan cuantas veces quieran. Sólo con esta libertad se conocen las almas y no se acostumbra al disimulo, que es el primer eslabón de la hipocresía y del engaño.

—Continúa, papá,—dijo Vida.

—El primer día todo fué bien,—dijo Floreal continuando,—mas al segundo se declaró tan fuerte temporal de nieve que los globos empezaron á descender.

—¿Por qué descendían?—preguntó Sol.

—Porque se llenó de nieve su superficie, y como nosotros, al emprender el viaje, habíamos puesto la carga máxima para disponer de más bombas....

—¡Ya!

—Felizmente el temporal pasó antes de que nos viésemos obligados á tirar el precioso lastre, y el capitán ingeniero, que venía con nosotros, nos calmó diciendo que habiendo parado de nevar, el calor de la estufa bastaba para ir liquidando la nieve que se había adherido á la superficie superior del globo.

—Después te explicaré,—dijo Sol á Vida,—el cómo y el por qué la nieve se convierte en agua.

—¡Si ya lo sé!—contestó vivamente Vida.

—Ya lo sabe,—dijo el abuelo alto.—Durante el

deshielo de la última nevada yo se lo expliqué aquí mismo.

—Es muy lista Vida,—exclamó Armonía.—¿Qué crees, Sol?

—Yo algunas veces le cuento cosas que papá nos explica y ella no entiende y yo sí.

—Pero no debes envanecerte de ello,—observó Floreal.

—¡No, papá; si no me envanezco! Es que soy mayor que Vida y entiendo más pronto las cosas que ella, porque soy mayor. Después, cuando jugamos solos con Placer, yo hago las veces de papá y...

—¡Bravo, bravo; muy bien!—exclamó el abuelo alto.

Los tres niños se volvieron hacia él riendo á mandíbula suelta, y Sol preguntó al cabo de un rato:

—¿Qué ocurrió después?

—Pues nos remontamos de nuevo y á los cuatro días, con nuestros anteojos, pudimos ver las luces de Tolbosk.

—¿Y era de noche?—preguntó Vida.

—Sí, era de noche,—dijo Floreal. Allí las noches, en invierno, duran varios días y los días sólo horas, y en verano al revés: los días duran semanas y las noches horas.

Por esto en invierno hace tanto frío y en verano tanto calor, ¿verdad papá?—exclamó Sol.

—Por esto y por otras cosas,—contestó Floreal,—por otras cosas que os explicaré cuando seáis mayores.

—Setenta y cinco minutos más tarde,—continuó diciendo Floreal,—estábamos á la parte Sud de la capital de la Siberia; nos quedaban 63 horas de noche, las suficientes para destruir las comunicaciones y bombardear la población. Los globos, guiados por el nuestro, que dirigía el ingeniero Karaski viraron

hacia el Este y á dos horas de Tobolsk, nos colocamos á 250 metros de tierra. A esa altura recorrimos la línea férrea hasta encontrar al transiberiano, de la que la línea de Tobolsk es un ramal. La estación estaba custodiada por cosacos. No nos sorprendió porque aquel es un punto estratégico y hacia poco tiempo que allí mismo se había sostenido un fuerte combate entre las fuerzas del destacamento y un tren de soldados que regresaban de la Manchuria y que pretendían dirigirse á Tobolsk para sublevar la guarnición y libertar á los presos, como habían libertado ya á los de las colonias que hallaron al paso. La proyección de nuestros focos eléctricos debió alarmar á los cosacos, porque salieron precipitadamente del cuartel para enterarse de lo que ocurría. Nosotros apagamos las luces antes de que pudieran averiguarlo y nos enviaron algunas balas mausers que habrían podido producir la explosión de nuestra carga. En la obscuridad nos acercamos más á tierra; tanto nos acercamos que con el sólo auxilio de la luz que despedían los faroles de la estación y del cuartel pudimos ver á los cosacos que miraban al aire atontados. El tío Karakoff dejó caer la primera bomba. ¡Con qué alegría la tiró! Los de los otros globos nos imitaron, bastando unas cuantas bombas para destruir el cuartel y la estación. A los cinco minutos nuestro ingeniero capitán dirigió el foco eléctrico hácia el blanco: los de los otros globos hicieron lo mismo; el espectáculo era imponente; sólo se veían ruinas; nadie se movía; descendimos más; yo solté la escalera: Karakoff fué el primero en bajar por ella pistola mauser al cinto y cartuchera llena. Yo quedé de centinela ojo avizor, para arrojar una bomba donde asomase un fusil ó se viera un hombre. Dos minutos después, el tío Karakoff pisaba tierra firme; los otros globos le enviaron un hombre

armado, de ayuda. Los ocho libertadores recorrían las ruinas con toda clase de precauciones: nosotros seguíamos atentamente sus movimientos por entre la muerte y el incendio. En informe montón se veían vagones, locomotoras, cosacos, tabiques, caballos; todo mezclado, tronchado y revuelto; se oía aún el gemido de algún cosaco moribundo. Los exploradores se preguntaron si debían socorrerlos y convinieron en que la vida de un instrumento de tiranía, no valía la pena de exponerse á perder la jornada por falta de tiempo...

—Oye, papá,—preguntó Placer,—¿los cosacos son soldados de plomo?

—No, tonto,—dijo Sol,—son verdugos del pueblo ruso, verdugos del abuelo y de mamá y del pobre tío loco.

—¡Cómo si le dijeras chino!—exclamó Armonía.

—No tanto,—dijo el abuelo pequeño,—su padre á los tres años lo entendía todo.

—Y lo que usted dice: siendo listo su hijo de usted, sus nietos han de serlo también.

—Bueno es empezar,—repuso el abuelo alto.

—Bueno es empezar,—dijo Floreal,—y ya que algo hay que decir á los niños desde el día que empiezan á hablar, lo mejor...

—Hazte cargo que no he dicho nada. ¡De cualquier cosa hacéis materia de discusión!—exclamó Armonía en tono de amable reconvención.

—¿Te has disgustado, mamita?—preguntó Vida.

—No, hija mía, no; pero me parece algo prematuro decir ciertas cosas á niños de tres años.

—Pues estás en un error,—dijo Floreal algo serio.—Si Placer no hubiese preguntado nada, bueno fuera no decirle nada; pero desde el momento que pregunta, piensa y compara. Es preciso, pues, pasarle por delante del entendimiento la imagen de la

justicia para que el cliché se vaya grabando en su mente.

—Placer se ha dormido recostado en el pecho de papá,—dijo Vida.

—Es natural,—observó Armonía.

—Bueno, pues le dejaremos dormir ya que su cuerpo dormir reclama,—dijo Floreal mientras el abuelo pequeño tomaba en sus brazos á Placer para entrarlo á la casa y volver al punto.

—¿Qué hicieron los ocho hombres en las ruinas del destacamento destruido?—preguntó Sol.

—Convencidos de la eficacia del bombardeo, se reunieron para conferenciar acerca de lo que debía hacerse, y acordaron, en vista de que allí todo estaba hecho, que cuatro globos se dirigieran al Oeste para destruir el puente sobre el río Tobolsk y los demás puentes que encontraran al paso, así como los túneles, postes telegráficos, etc., y que los otros cuatro tomaran aire hacia el Este, haciendo la misma operación en una distancia de tres leguas. La destrucción completa de la línea, puentes, acueductos, terraplenes y túneles, en una extensión de ocho leguas, fué cosa de coser y cantar; y luego nos reunimos de nuevo en el sitio donde antes estaba situado el destacamento, y partimos en dirección á Tobolsk, á donde llegamos cuando aun nos quedaban 56 horas de noche, las suficientes para acometer la empresa que nos habíamos propuesto. Descendimos hasta 200 metros de la tierra para que pudiéramos hacernos cargo de la posición de la ciudad, con ayuda de las luces de la misma. Después nos remontamos de nuevo y tomamos posiciones, de manera que los ocho globos abarcaran el recinto de la población. Para ello no pudimos hacer uso de nuestros reflectores, porque como se trataba de una plaza militar, con fuertes, cañones y todos los adelantos de la guerra moderna,

si nos hubiesen visto, probablemente hubiéramos sufrido un descalabro, porque los focos eléctricos de los fuertes hubieran iluminado nuestros globos, y la más insignificante bala bastaba para producir una catástrofe. Verdad es que podíamos remontarnos á mayor altura, pero si nos poníamos también fuera del alcance de nuestros focos eléctricos, y el resultado era el mismo. Así, pues, resolvimos recorrer la población sin ayuda de los reflectores, y hacernos cargo del sitio en que estaban enclavadas las cárceles y las factorías. Como los presos sabían lo que se preparaba por los camaradas que se habían hecho prender meses antes, vieron la señal al instante, aunque se hizo en horas que correspondían á las de dormir, porque allí, para los efectos del trabajo y del descanso, el tiempo se distribuye lo mismo que si hubiese doce horas de luz y doce de obscuridad. Sesenta minutos después de hacer la señal empezaba la lluvia de fuego. Aquello fué horrible. Tuvimos que elevarnos más de 100 metros sobre los 400 que había entre nosotros y la tierra, para evitar que el incendio llegase hasta los globos. El humo nos impedía ver. La explosión de fuertes, polvorines y bombas nos hizo perder la noción del ruido. Por un momento dudamos de la eficacia de nuestra obra. No estábamos seguros de no haber arrojado bombas sobre las cárceles, de no haber propagado el incendio hasta ellas, ó de no haber sido alcanzadas por los efectos de la explosión de los polvorines; tampoco pudimos proyectar sobre la ciudad nuestros focos eléctricos, porque su luz era impotente para disipar aquel mar de humo y porque no sabíamos si había quedado con vida un destacamento, una guardia, una ronda... lo suficiente para hacernos añicos á todos con un tiro. ¿Qué hacer? Nadie lo sabía. Y lo peor era que nuestros telégrafos sin hilos dejaron de funcionar de repente,

sin que los ingenieron averiguasen la causa, y que, por consiguiente, no podíamos comunicarnos unos con otros. Sin embargo, la lluvia de fuego fué menguando, no sé si temerosos de haber cometido una barbaridad, ó esperando una determinación salvadora que pudiese de algún globo. Por fin paró el bombardeo. Se había impuesto el acuerdo de la lógica sin comunicación previa. Todos pensamos lo mismo; esperar que el aire disipase el humo y que el fuego acabase su obra. Fué ello cosa larga. El fuego duró cuarenta horas, una eternidad de martirio para nosotros. Por fin, funcionó de nuevo el telégrafo sin hilos, y pudimos ponernos en comunicación todos. El acuerdo fué desarmar un globo, es decir, dejarlo sin bombas, colocar este globo, tripulado sólo por un hombre, en el centro de Tobolsk, y que desde el centro de la población proyectara su luz eléctrica en todas direcciones, para ver si quedaban enemigos, mientras los otros globos viraban sobre el Este y se acercaban lo más posible á la población, con las luces apagadas. Si el globo visible era molestado, señal cierta de que en Tobolsk quedaban aún enemigos; si no era molestado, nosotros nos acercaríamos más á la plaza hasta tomar tierra.

—¿Qué globo fué el que se mantuvo sobre Tobolsk?—preguntó Sol.

—El nuestro,—contestó Floreal.

—¡El tuyo, papaito!—exclamó Vida llorando.

—El nuestro, pero sólo quedó en él el tío Karakoff, que se empeño en ello y que por poco riñe con Karaski, que también quería quedarse.

—Mi tío era un gran corazón,—dijo Armonía.

—Y un gran hombre,—exclamó Floreal.

—Ya ves lo que han resultado sus hijos,—agregó Armonía.

—No hablemos de ello, porque me desespera siem-

pre que en ello pienso. Si éstos,—dijo Floreal señalando á sus hijos,—negaran, con sus actos, toda la obra mía, me volvería loco yo también... Verdad es que tu pobre tío, si pensó mucho en la revolución de Rusia, pensó poco en la de su familia. Apenas paraba un minuto en casa.

—No podía, replicó Armonía,—ya sabes las necesidades de la vida....

—Para ser un buen revolucionario es preciso estar muy equilibrado y no descuidar ningún factor. Ese abandono de la familia que he visto en algunos, creyendo que con la revolución material todo se arregla, ha producido grandes males. La revolución material es ineficaz si no se ve secundada por la emancipación de las conciencias. Nosotros, entonces, con nuestros globos y nuestras bombas, podíamos destruir toda la Rusia, pero los rusos, como los hijos de Karakoff, se hubieran creado nuevos tiranos y aun hubieran maldecido á sus libertadores. Con menos bombas y más conciencia individual, la revolución hubiera sido un hecho; lo sería, no sólo en Rusia, sino en todo el mundo. Y mientras la familia esté constituida tal como está, no debemos abandonarla, porque si la abandonamos, el enemigo la convertiría en instrumento contra nosotros mismos. Es preciso, pues, hacer á un mismo tiempo, la revolución de las conciencias, empezando por nuestras casas, y la que hizo nuestros globos en Tobolsk.

—Papá, ¿qué se hizo de las niñas que había en Tobolsk?—exclamó Vida, ansiosa.

—¿Quién te ha dicho que había niñas en Tobolsk?—preguntó Floreal.

—Nadie, pero como las hay en todas las poblaciones.

—Tobolsk era una capital militar, en donde únicamente se deportaba á los presos y se enviaba á

los militares que incurrían en falta. Los militares allí no hacían más que custodiar á los deportados y guardar el territorio. Como el clima es muy cruel y regresaban á Rusia cumplido el castigo, ninguno se llevaba á sus familias.

—¿Y no había comerciantes, papá?—preguntó Sol.

—Había factorías militares administradas por funcionarios públicos.

—Familias, aunque pocas, había también,—observó el abuelo alto;—familias de los dos ó tres funcionarios más elevados, porque allí, aunque la temperatura es muy baja, con dinero, con mucho dinero, se puede vivir siempre á una temperatura agradable.

—Sí, pero á condición de no salir de casa durante algunos meses,—repuso Floreal.

—Eso sí; por esto es, precisamente, por lo que viven tan pocas familias en Tobolsk,—añadió el abuelo alto. Sin embargo, dos deportados de mucha influencia y de procedencia judía, habían obtenido permiso para establecerse en la ciudad y traer á su familia. Esto me recuerda un caso que voy á contar. Cuanto se dice del mal corazón y de la tacañería de los judíos, es una leyenda. Lo que tienen los judíos son dos condiciones que, económicamente, pronto se les coloca encima de las otras razas, y estas dos condiciones son, actividad y buena administración. Como decía, dentro del recinto de Tobolsk vivían dos familias de otros tantos deportados de procedencia judía, pero que ya no eran judías.... Esta es otra cuestión. El católico deja de ser católico, cuando abjura del catolicismo ó hace profesión de fe antireligiosa. A los protestantes les sucede lo mismo. Pues el vulgo se empeña en llamar judíos á cuantos proceden de familias judías, aunque no profesen la religión de sus mayores... Pues, bien, vul-

viendo á mi historia, en Tobolsk vivían dos familias de procedencia judía. Los cabezas de familia habían sido deportados á perpetuidad y como se trataba de gente que había tenido mucho dinero y mucha influencia, lograron de la autoridad lo que antes tengo dicho, y estas dos familias eran muy queridas de la población penal. ¿Cómo salvarlas de la lluvia de fuego que se preparaba sin que la autoridades se enteraran de nada? Esta era la preocupación de todos los deportados. Yo, por mis hechos y por mi ilustración, tenía cierto prestigio entre los presos y me confiaron misión tan delicada. Advierto, que con los judíos ó con los individuos de procedencia judía, se puede ir á todas partes. No he visto personas más serias en el cumplimiento de su palabra, ni más leales con sus amigos. Como de la Siberia es muy difícil huir, porque aquello siempre está rodeado de nieve y no hay vías de comunicación, ni poblados, los presos gozaban de cierta libertad y á algunos se le permitía ir al pueblo una vez al mes como premio á su buen comportamiento, á juicio de los vigilantes, como recompensa á dádivas ó bien por influencias de la corte rusa. Por entonces gozaba yo de este favor, y uno de los días en que visité Tobolsk me fué á comer á casa de las dos familias citadas pues ambas habían abierto un restaurant.

Después de comer pedí hablar á solas con el dueño, y en una de las habitaciones reservadas le puse al corriente de lo que se preparaba, si bien no le hablé más que de una sublevación general. El deportado comerciante me preguntó si la cosa era seria; le contesté que muy seria y que no había temor de que el intento abortarse. Nos despedimos; á los pocos días se declaraba un incendio en los comercios de los deportados judíos, y, pretextando que estaban arruinados, pidieron su ingreso en los penales;

sus familias marcharon á Rusia con cuanto dinero habían podido reunir. Fué una solución radical, digna de almas fuertes.

—Y á las niñas de los militares ¿cómo se las salvó?—preguntó Vida.

—Esto fué mucho más ingenioso; por cierto que su relato, hecho por su padre en uno de los artículos de «Le Journal», constituyó el éxito mayor de aquella campaña literaria. En la población penal se desarrolló una epidemia promovida por los mismos reclusos, y, los grandes funcionarios de Tobolsk, temiendo el contagio, enviaron sus familias á Omsk.

—¿Una epidemia artificial?—exclamó el abuelo pequeño.

—Sí, una epidemia artificial sólo por salvar la vida á cinco niños y siete niñas, hijas de los propios verdugos nuestros... El preso sabe muchas cosas. El que quiere estar enfermo lo está. ¡Cuántos han escapado simulando una enfermedad! Confieso que yo nunca tuve paciencia para ello, porque se necesita mucha paciencia para prolongar una enfermedad meses y aun años. Te advierto que la dolencia existe, sólo que es obra del mismo enfermo. En fin, son ardidés de las grandes víctimas.

—El caso es que se salvaron todos los niños y todas las niñas,—dijo Armonía mirando á sus hijos.

—Oye, abuelo,—preguntó Sol,—¿los niños se llevaron sus juguetes?

—¡Ya lo creo! Sin dejar uno.

—¡Bien hecho!—repuso Sol.

—Ya que has empezado la narración puedes terminarla,—dijo Floreal,—porque estamos ya de vuelta.

—Pues continuó. Sucedió,—siguió diciendo el abuelo alto,—que cuando el globo proyectó sus luces sobre las ruinas de lo que fué Tobolsk, nosotros

habíamos ya salido de las prisiones y los de los globos que nos estaban observando desde la obscuridad, pudieron ver como hacíamos señales de paz, comprender, por nuestro traje, que los deportados éramos dueños de las ruinas.

—Y no hubo bajas por parte de los nuestros? —preguntó el abuelo pequeño.

—Sí; las bajas de los renegados, de los que se habían pasado al campo enemigo para poder servir de criados á la oficialidad. A estos nada les dijimos, porque no lo merecían, y, además, porque nos exponíamos á perderlo todo.

—¿Y cómo salisteis de las cárceles?—observó Armonía.

—Los guardianes, al oír tal estruendo y al ver tal incendio sin conocer al enemigo que lo producía, se aterraron y nosotros, pegados en las rejas, les decíamos que era el ejército de la Manchuria que regresaba sublevado y que si no abrían las puertas serían pasados á cuchillo, y nos soltaron.

—¿Se hicieron rogar mucho?—volvió á preguntar Armonía.

—Poco,—contestó su padre,—porque, quien más quien menos, todos deseaban regresar á Rusia y todos estaban tocados de la revolución. Los soldados que formaban la guardia aquella noche fueron los únicos que salieron con vida. Luego sus fusiles y los que nosotros pudimos salvar de la destrucción, nos sirvieron bastante para salir airoso de nuestra peregrinación á través de la Tartaria y de Kirghiz.

—¿Cómo conociste á papá?—preguntó Sol.

—Si no le conocí. Yo sabía que mi hija, vuestra madre, se había casado con un hombre muy...

—¿Cómo lo supiste?—preguntó Vida.

—Me lo contó uno de los presos llegados en las últimas expediciones... Los que trajeron la noticia

de que se preparaba nuestra libertad para el mes de Febrero.

—¿Pero cómo fué que os visteis tú y papá?— volvió á preguntar Sol.

—Supe que uno de los expedicionarios preguntaba por mí y me presenté á él. Luego, el que había preguntado por mí, un muchacho muy simpático, me dió noticias de la abuelita, de mamita y concluyó por decirme que era mi yerno. Yo me eché en sus brazos llorando de alegría.

—¿Y después?—preguntó Vida.

—Pues, después...

Y el abuelito alto explicó la marcha del convoy hacia el Mar Caspio, que se llevó á cabo tal como había dicho Karakoff á Floreal el día que fué á pedirle su concurso para la expedición en globo.





XV

En la edad madura

Por lo que hemos oído á Floreal en el capítulo que acabamos de leer, comprenderá el lector la clase de educación que daba á sus hijos. Enamorado del «hombre integral», es decir, del hombre artista, del hombre sabio y del hombre obrero, procuró que sus hijos tuvieran algo de poeta, de hombres de ciencia y de productores. Al efecto empezó por rodear á Sol, Vida, Placer y Amor de cuantos elementos de poesía, de ciencia y de producción manual le permitían sus medios económicos, que, si bien no eran extraordinarios, bastaban para ayudar poderosamente á la naturaleza activa de aquellos hijos del amor.

Desde que regresaron de la Siberia los que al Asia rusa fueron á libertar á las víctimas de la tiranía de los zares, el prestigio de Floreal, que ya era enorme, llegó á la celebridad. Los artículos que publicara relatando aquella famosa y larga aventura, pusieron la pluma de nuestro amigo al precio más alto en el mercado literario, y en esta plenitud de

su talento y de su fama escribió libros, dramas y novelas que el público premió con elogio y los editores con dinero. Tanta prosperidad y tanto trabajo permitió á Floreal adquirir una «Villa» de bastante precio, y en la «Villa» instaló un laboratorio, un observatorio y un campo de experimentación agrónomo-botánica. Cuando todo lo tuvo colocado á gusto llamó á sus hijos y les dijo:

«Hijos míos, quiero que seáis buenos, sabios y fuertes. Yo me encargo de vuestra educación física y moral. Para las ciencias tendréis los profesores más afamados de París; pero no confiéis demasiado en la ciencia; confiad, sí, mucho en la vida. Tomad la ciencia, no como un fin, sino como un medio para arrancar de la mente ajena cuantas preocupaciones hubiese en ella, y para evitar que se formen en la vuestra las ideas que son parte á la infelicidad de los hombres.

» Fiadlo todo á la fuerza, que la razón es fuerza también. Fuerza dentro de vosotros para luchar y para resistir; fuerza dentro de vosotros para vencer con los puños ó con la abnegación, que el amor es fuerza también.

» En último término, todo, en la tierra, se reduce á un problema fisiológico, porque todo problema está dentro de nosotros. Pensamos de las cosas y vemos las cosas según la materia que nos forma. La concepción del mundo es un reflejo de nuestra constitución celular. Fuertes, fuerza; vitales, vida; débiles, débil; muertos, muerte; agotado, agotamiento. Así es el mundo, las personas, la vida, las cosas según somos nosotros. Todo es cuestión de fuerza fisiológica. Y yo digo sed fuertes, y cuento cómo habéis de serlo.

» La vegetación es la creadora del oxígeno; el oxígeno es la base de la vida. Habéis, pues, de cui-

dar del árbol como si se tratase de vuestros pulmones; habéis de cultivar el campo, también, porque el cultivo de la tierra da vigor á los músculos y llama á los dones de la atmósfera, por no decir del cielo. Un árbol en la calle, en el paseo, en el campo es un amigo vuestro, un amigo que no engaña, un amigo que os envía salud constantemente y que, al enviar salud, envía dicha.

»Estas son vuestras tierras, vuestras tierras socialmente, porque ya comprenderéis que ese constituye mi ideal práctico; mi ideal teórico es que todo el mundo pueda hacer, sin límites, lo que vosotros haréis de modo más ó menos limitado. Mi vida ha sido una aproximación hacia el ideal. Ello es vivir ahora, en este instante, con más ó menos grandeza, el ideal de las humanidades futuras.

»Aquí está vuestro paraíso. Cultivadlo todos juntos, como buenos comunistas, ó cultivadlo todo separados, como buenos individualistas, me es igual. Lo que yo quiero es que seáis libres; que uno no se someta al gusto del otro; que nadie mande en otro. Lo que yo quiero es que cada uno haga en esta tierra lo que le dé la gana. Plantad flores, plantad árboles; convertid en huerta el jardín ó en jardín la huerta, me es igual. Lo que yo quiero es que seáis dueños de vosotros mismos. Yo haré lo de siempre; mezclar lo útil y lo poético; trabajaré en todo: ejercicio hoy con los brazos y las piernas, y mañana con el cerebro. Haré un hoyo y escribiré un pensamiento; plantaré este campo de patatas y escribiré aquella obra de arte. El resultado será mi equilibrio; la armonía para mí y dentro de mí. Que es lo que he hecho siempre y lo que tan bien me ha ido.

»Resultado final: trabajando la tierra, enriqueceréis de vida vuestro cuerpo, porque, con más vegetación, la atmósfera será más pura; porque, siendo

la atmósfera más pura, el pulmón absorberá más oxígeno; porque, absorbiendo el pulmón más oxígeno, la sangre será más sana; porque, siendo la sangre más sana, la célula encontrará substancia vital más nutritiva y asimilable. Y así vuestra existencia será más larga, vuestro amor más potente, vuestra acción más rápida, y el ánimo más alegre, y el mundo más bello y el carácter más firme. Seréis la mola que cae con fuerza sobre todas las injusticias y todas las fealdades. Seréis el juicio sereno y enérgico que combatirá, por enemigo del hombre, cuanto á la dicha del hombre se oponga.»

En estos términos hablaba Floreal á sus hijos así que iban llegando á la edad de la razón.

Y Sol, Vida, Placer y Amor crecieron en medio de la naturaleza, del trabajo y del saber.

Ya grandecitos, cuando se acercaban á los veinte años, Floreal acentuaba aun más la trascendencia de sus palabras.

«Vais á gozar de la vida y del mundo,—les decía,—y deseo contaros lo que de la vida y del mundo pienso. No hipotequéis vuestras palabras ni vuestras pasiones; sed siempre moralmente libres. Libres hoy para serlo mañana; libres mañana para serlo siempre. Huid de los que hablan mucho si queréis hacer algo en la tierra. No emprendáis obra que necesite ayuda ajena; haced aquello que podáis llevar á término por vuestras propias manos. Si la ayuda viene, bien venida sea; pero evitad que por falta de apoyo no podáis hacer lo que os hayáis propuesto. Digo como Shakespeare: las palabras son hembras, los actos son machos; sed vosotros siempre machos, es decir, obrad siempre. Vale más un error en acción, que una verdad hablada.

» Tenéis el ánimo bien templado. La naturaleza os lo templó con su sol, su aire y su agua. Esgrimid

ahora esa fuerza hacia fuera, por el ideal; hacia dentro, por el placer. Cuando os sintáis quebrantados, aquí estoy yo, que soy, para vosotros, el ideal futuro, esto es, el apoyo mutuo y el consuelo mutuo. No os faltarán motivos de pena, mas, como sois fuertes, los motivos de pena sólo producirán en vosotros ansias de emancipación moral; no desengaños ni desilusiones, porque no puede recibir desengaños ni desilusiones el que lucha por un bien y una justicia cuyo centro está en sí y no lo reconoce en nadie más que en sí.

» Ahora, á vivir y á luchar.»

Con esas ideas y esas energías entraron en el mundo los hijos de Floreal.

Un día, cuando la cabeza de Floreal blanqueaba y Amor, su hijo pequeño, contaba veinte años y veintinueve Sol, su primer hijo; cuando todos se habían asomado á las puertas del mundo, conociendo de él sus placeres, sus luchas y sus amarguras; cuando ya alguno se había visto obligado á pedir consuelo y consejo á su padre herido por las falsas relaciones de la sociedad presente, Floreal los reunió á todos y les dijo:

«Sol, Vida, Placer y Amor; tengo cincuenta y seis años. En esta edad la experiencia ha venido en ayuda del talento y del saber, constituyendo en el cerebro del hombre lo que podríamos llamar la plenitud de su razón. Me considero, pues, en la plenitud de mi razón y he creído conveniente escribir una cuartilla que leeréis cuando yo os lo diga. No creáis por esto que me sienta morir; mas, como supongo que pronto se iniciará en mí la decadencia, quiero hacer, antes de que esto suceda, una especie de declaración que sea así como la guía de mis ideas cuando sienta el cansancio en mi mente, si alguna vez lo siento.»

Y dicho esto, Floreal salió acompañado de sus hijos

á tomar un baño de sol por las avenidas y caminos de la «Villa Sol, Vida, Placer y Amor», que así se llamaba la finca que Floreal había adquirido y mejorado con el trabajo, el saber y la poesía de los suyos.





XVI

La última lucha

Una mañana del último mes de Junio había mucho movimiento en hermosa granja situada al Sud de París. De ella entraban y salían infinidad de carruajes ocupados por las personas que más sonaban en arte, en saber ó en filantropía, ó por comisiones de alguna colectividad feminista.

En los caminos vecinales que afluían á la carretera de París á Orleans y en las puertas y verjas de las villas y los hoteles que había por aquellos alrededores, la gente se paraba á preguntarse mutuamente por la salud de un enfermo. Según el interés que todo el mundo demostraba, el paciente debía ser persona muy conocida y estimada, no sólo en aquella parte de las afueras de París, sino de Francia entera.

—¿Cómo está el enfermo?—preguntó la bella moza campesina á un cochero que guiaba un coche lleno de señoras que en aquel momento pasaba por delante de la verja de una hacienda que los padres de la muchacha llevaban en arrendamiento.

—No sé,—dijo el cochero dando á su voz el tono más amable que pudo y acortando el paso de los caballos:

—¿Qué pregunta la joven?—exclamó una señora que iba en el coche asomando la cabeza por la portezuela.

—¿Cómo está el enfermo?—volvió á preguntar la muchacha.

—Para, Tomás,—dijo la misma señora al cochero; y después, dirigiéndose á la joven campesina:—¡Mal, hija mía, mal!

—Pero ¿está para morirse?

—Los médicos creen que sí.

—¡Qué desgracia!—exclamó llorando la niña.—Mis padres están allí hace dos horas y no vuelven. Yo quisiera ir también para ofrecerme, pero no puedo abandonar la casa.

—Su presencia al lado del enfermo no hace falta, chiquilla, que hay en la «Villa» más gente que en un poblado y toda se ofrece á servir.

—¡Si es tan bueno el señor! Por supuesto que es buena toda la familia. Yo viviría siempre en medio de ella.

—En verdad,—repuso la señora,—que hay buenos mozos en la «Villa».

La joven campesina bajó los ojos y la señora del coche continuó diciendo:

—Parece que el interés que se toma usted por el enfermo no es interés vulgar.

—No, señora,—contestó la muchacha un tanto avergonzada. Esta finca linda con la «Villa Sol, Vida, Placer y Amor», y yo he crecido jugando con los nietos de Floreal. Desde hace años se reúnen en la granja todos los niños de la vecindad y salimos á tomar el sol y á jugar con el bello anciano, como le llamamos los chiquitines. El nos guía y nos cuen-

ta historias; coge una piedra y explica el origen de aquella piedra; coge una hoja y relata el origen de aquella hoja. ¡Qué bonito es todo en sus labios! Nosotros jugamos y reimos, y él nos da juguetes y merienda; nosotros montamos en sus rodillas, y él nos toma en sus brazos... Parecemos una majada de cabritos que saltan, corren y berrean alrededor de su bello guardián. Ya comprenderán Vds. lo que hemos de llorar la muerte de Floreal, si muere, los niños y los jóvenes de estos alrededores, habiendo sido todos sus discípulos, porque á todos nos ha enseñado á leer, escribir y á querer.

—Tú eres ya grandecita; tú no debes ir á jugar con las niñas y los niños,—dijo otra señora del coche con alguna malicia.

—Pues sí señora, voy á jugar,—contestó la muchacha,—cuando me dejen mis padres, porque ya les ayudo en los quehaceres de la casa. ¡Ya lo creo que voy á jugar! Se enfandaría Deseo si no fuese, y yo no quiero que se enfade Deseo.

—Y ¿quién es Deseo?—preguntó la primera de las señoras.

—Pues un nieto del bello anciano Floreal, que se llama Deseo.

—¡Y tú estás enamorada del muchacho, vamos!—observó la misma señora.

—¿Enamorada? Sólo sé que me gustaría estar siempre á su lado.

—¡Oiga la señora!—dijo un cura asomando la cabeza por la portezuela de un coche que en aquel momento pasaba por allí.

—¡Arrea, cochero!—exclamó en alta voz la señora preguntada, y el coche salió al galope.

—¡Oiga la niña!—dijo el mismo cura dirigiéndose á la muchacha.

—¿Qué se le ofrece?—contestó la moza en tono algo áspero.

—¿Sabes dónde cae la «Villa Sol, Vida, Placer y Amor»?

—Aquí, al lado; la primera verja de la derecha.

—Está bien, niña bonita, está bien,—repuso el cura en tono que pretendía ser dulce y resultaba repugnante. Luego, dirigiéndose al cochero, dijo con mal talante:—Ya lo oyes; la primera verja de la derecha. Si la puerta de la verja está abierta, entras sin preguntar nada, sin decir nada; nosotros nos esconderemos en el fondo del coche.

Efectivamente, la puerta de la verja estaba abierta; el coche penetró en el cercado sin que nadie le saliera al paso, y sólo al descender del vehículo los curas, se les acercó un señor parecido á Floreal, que dijo de una manera muy firme:

—¿Qué desean ustedes?

—¿Con quién tenemos el gusto de hablar?—contestó uno de los sacerdotes.

—Con el hijo mayor del dueño de la casa.

—Así, pues, tenemos el honor de hablar con el señor que lleva el primer nombre de esta finca.

—Sí, señor.

—En este caso, expondremos lo que deseamos.

—Ustedes dirán.

—¿No nos invita usted á que entremos en la casa y descansemos un rato en ella?

—No, señor; deseo que aquí mismo y de pie digan sus peticiones para darles mi contestación y despedirme de ustedes.

—De suerte que ya de antemano supone usted que no serán atendidas nuestras razones.

—Creo que, por su índole, no podrán ser atendidas.

—Deseamos, sencillamente, hablar un momento con don Floreal.

—Mi padre está enfermo de suma gravedad, y los médicos han prohibido que hable con nadie.

—Sabíamos que su señor padre de usted estaba enfermo de cuidado, y precisamente por esto deseábamos hablar con él.

—Precisamente por esto no pueden ustedes hablar con él. Como supongo que lo que ustedes desean decir á mi padre es de importancia, les ruego que vuelvan cuando esté bueno ó que me digan á mí lo que pretenden decir á mi querido padre.

—Tengo la seguridad de que su padre de usted nos hubiera recibido con mayor complacencia,—repuso el cura que parecía ser el jefe.

—No sé.

—Nosotros sí lo sabemos, porque su padre de usted tiene el valor de sus convicciones y no le arredra enemigo alguno. Haga usted el favor de pasar recado, y oirá usted como le ordena que nos deje pasar.

—Mi padre no está para recibir ciertos recados.

—Las almas superiores, como la de su padre de usted, reciben siempre bien á quien bien se presenta, aunque sea enemigo, y yo creo que, cuando lo sepa, habrá de sentir que se nos impida llegar hasta él. Un hijo amante, un hijo fiel no debe dar un disgusto á su padre, y menos inferirle el agravio que supone creer que no tiene el valor de recibirnos por temor á que ganemos su alma para la causa de Dios.

Sol vaciló un instante; luego dijo:

—Esperen ustedes. Y desapareció.

En la granja todo el mundo se había enterado de la visita de los dos curas, y tanto las personas de la familia como las que se hallaban de visita esperaban el resultado de la conversación que Sol sostenía con los sacerdotes.

Así que, al verle ontrar en el hotel, le salieron al encuentro muchas personas para preguntarle qué querían los curas; Sol sólo contestó:

—Quieren hablar con mi padre; voy á ver cómo está y á preguntarle si quiere recibirles.

Entró Sol en la alcoba de su padre y dijo:

—Padre mío, ¿cómo te encuentras?

—¡Bastante bien, Sol, bastante bien!

—¿Deseas recibir una visita extraña?

—¿Extraña?

—Sí, muy extraña. Yo no quería pasar recado; pero, temiendo tu enojo si no lo pasaba, he decidido avisarte. Además, ellos me han dicho que no recibirlos supondría que temes una derrota, y yo creo que tú no temes derrota alguna.

—¡Derrota!—Exclamó Floreal.—Según esto, se trata de una lucha.

—Sí, de una lucha de creencias.

—Que pasen esos jesuitas.

—¿Los dos?

—No, uno.

—¿Debo dejarte sólo con él?

—No, pero no intervengas en nuestra conversación, ya que supongo que el jesuita no pasará de ciertos límites. Yo no he de confesarme y podrás, por lo tanto, asistir á la lucha.

—¿Te he ofendido, padre mío, por haber tenido esta debilidad?

—No; sé cómo las gasta esa gente para ganar el corazón de los hombres.

—Pero ¿hubieras preferido que les hubiese echado sin decirte nada?

—No; probaré la fortaleza de mi cerebro á las puertas de la muerte. Mas, escucha: si me vieras vacilar, abrigás aquel sobre, ¿te acuerdas? Tiene por

título: «El sobre de la muerte». No puede confundirse con otro.

—Está bien.

—Ahora dí que entren esas alimañas.

Sol salió.

—Mi padre,—dijo á los curas así que se halló otra vez en su presencia,—aunque hubiera preferido que no se molestaran ustedes por la salvación de su alma, consiente en recibirles.

—Ya lo suponíamos,—contestó el cura jefe cruzando con su compañero una mirada de inteligencia.

—Es muy valiente y muy bueno.

—Pero me ha rogado que sólo entrase uno de ustedes en su cuarto.

—Yo mismo,—dijo el cura que llevaba la voz cantante.

—¿A quién anunciaré?

—Al padre Richard, de la Compañía de Jesús.

—Está bien; haga usted el favor de seguirme.

Y el cura, siguiendo á Sol, llegó al pie del lecho donde yacía el gran enfermo, nuestro muy amado amigo. Al verle, Floreal dijo con voz un tanto apagada:

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Saber si necesita usted los servicios de un buen amigo,—contestó el cura.

—No, señor; no los necesito, porque lo que me sobran son amigos serviciales.

—Pero no como yo.

—Algo mejores, por supuesto.

—Quiero decir que los amigos á quienes se refiere usted no podrán servirle, como yo, en el viaje que usted va á emprender.

—Le ruego,—dijo Sol,—que á mi padre no le hable usted de la muerte para nada. Mi padre no ha de morirse, por ahora, según afirman los médicos.

—Dispense usted,—dijo el jesuita,—yo creía...

—Pues ha creído usted mal,—repuso Sol;—y aunque hubiese pensado usted bien, por humanidad no debiera decirlo usted.

—Ya sabes, hijo mío, que la muerte no me espanta y que puedo mirarla cara á cara.

—Siempre tuve para mí que de la familia de los Floreales, como se les designa á ustedes en el mundo del librepensamiento, el más viejo era el más grande.

—Sospecho, señor Richard, que no nos entendemos ni siquiera como rivales,—dijo Floreal.—Ese halago á mi persona, para ofender á mis hijos, es de un gusto vulgar.

El cura se mordió los labios, y dijo de muy humilde manera:

—Mi ánimo no ha sido ofenderle.

—Conozco hasta dónde llega la humildad de ustedes,—dijo Floreal.

El cura vaciló un momento; estuvo á punto de marcharse, y, no sabiendo qué decir, dijo:

—Usted, don Floreal, nos juzga como los demás hombres, y no está bien tal juicio en alma superior.

—Si ha venido usted para convencerme de que la Compañía de Jesús y las demás congregaciones religiosas se componen de ángeles, puede usted retirarse.

—No, señor; no he venido con el fin que usted supone, aunque no de ángeles, sino de Ministros del Señor están compuestas las congregaciones religiosas. He venido á saber si desea usted ponerse bien con Dios.

—Más difícil que ponerse bien con Dios es ponerse bien con los hombres, y lo he conseguido.

—En este caso confiesa usted que le costará poco trabajo ponerse bien con Dios.

—No; quiero decir que me costaría poco en el caso que Dios existiera,—repuso Floreal.

—¡Ah! Conque usted es ateo,—exclamó el jesuita con fingida sorpresa. ¡Nunca lo creyera en una persona de la inteligencia de usted! Herejes ha habido muchos en el mundo, herejes que no han creído en la religión católica ó en alguna otra, pero herejes de Dios no ha habido ninguno. Es usted el primero.

—Me felicitaría de ello y lo sentiría por la humanidad si fuera cierto lo que usted dice; mas no lo es. Si los sabios no fuesen hipócritas, todos se hubieran declarado ateos. También se lo declararían si no ambicionaran más dinero ó más comodidades que las que pudieran agenciarse diciendo la verdad. El día que deje de ser reina del mundo la hipocresía, se acabarán los dioses y las religiones; se acabarán también los Ministros de Dios.

—¡Me llama usted hipócrita!

—Me ha parecido menos enojoso y más justo que llamarle tonto.

—Veo que usted es incorregible.

—Soy sincero. Usted viene á confesarme á mí y quien debería confesarse es usted. Usted viene á convertirme á mí y quien debería convertirse es usted; porque usted ha cometido más pecados que yo y vive mucho más equivocado que yo también.

—Según su opinión;—dijo el jesuita.

—Según los hechos de cada uno,—replicó Floreal.

Otra vez quedó el cura un tanto perplejo; luego dijo:

—¡Qué lástima que no sea usted de los nuestros!

—¿De quiénes?—preguntó Floreal.

—De los creyentes.

—Si precisamente aquí el creyente soy yo y us-

ted el incrédulo. Usted no cree en nada y sólo hace como que cree en Dios. Usted no cree en la virtud. Usted no cree en el amor. Usted no cree en el hombre, en la bondad del hombre. Usted no ve más que tinieblas en la tierra, y, como sólo ve luz en el cielo y duda de que el cielo exista, usted no cree en nada. Si usted y los suyos creyeran, ¿acaso habrían cometido tantas maldades?

—¡Maldades!—exclamó el cura.

—Sí, maldades. ¿Qué es la historia de todas las religiones más que la historia del engaño y del crimen? ¿De qué se compone la vida de ustedes más que de maldades? Viven ustedes por el mal, para sembrar el mal y recoger dinero, ese dinero que después utilizan para tiranizar al mundo comprando á los sabios que se venden al mejor postor.

—Nosotros podremos ser débiles como criaturas de carne y huesos; mas no se fije usted en el pecador, fijese en la doctrina y, sobre todo, en Dios, que la dictó y la encarna.

—¡En la doctrina! ¡En Dios! La primitiva doctrina no la practican ustedes por ser demasiado justa; la que practican es una falsedad y una impostura. Cuando les convino, pusieron en boca de Jesucristo aquello de que siempre habría pobres y ricos en el mundo. Cuando les conviene, dicen que la máxima se refiere á los pobres y á los ricos de espíritu, sin perjuicio de aconsejar la sumisión y el respeto á la propiedad individual, renegando así del espíritu y de la letra del verdadero cristianismo. Son ustedes un hatajo de jugadores con ventaja. ¿Y qué diremos del Dios que ustedes presentan á los ojos del cándido ser humano? Es un Dios que sólo puede contentar á los imbéciles y á los malos. Un Dios que todo lo puede y es justo, y, siendo justo y pudiéndolo todo, permite la injusticia y el crimen á

sus propios Ministros. Un Dios que, pudiendo hacernos buenos, nos hace malos sólo para darse el placer de castigarnos después y de enriquecerles á ustedes con el perdón de nuestras culpas. Ya sé que si usted fuese sincero diría: «Ese Dios que usted retrata es el Dios que nosotros hemos formado para nuestro uso particular». Pues entonces, ¿qué hace ese Dios, contestaría yo, que no les confunde por falsarios? ¿Qué hace ese Dios que permite que en su nombre se cometan tantas infamias sobre la tierra y que, siendo todopoderoso, no tiene fuerza para imponer la verdad y justicia en su propio bien?

—Bueno, bueno;—dijo aturdido el jesuita.—Supongamos que tiene usted razón; supongamos que no hay Dios; supongamos que el Dios por nosotros invocado es un Dios hecho á propósito para espantar y para engañar á los hombres. Supongamos que todas las religiones son falsas y que somos falsarios todos los sacerdotes. Admitamos la posibilidad de que todo sea un gran error. ¿Qué perdería usted confesándose por si acaso? Porque usted convendrá conmigo que nadie posee las pruebas de la no existencia de Dios y que, por tanto, Dios puede existir. ¿Qué perdería usted si se confesase conmigo por si acaso? ¿Qué contesta usted?

—Que hasta este momento no ha sido usted un rival digno de mí y de la obra, tan grande como infame, que ustedes han llevado á cabo con la habilidad y el engaño. ¡Claro, aparentemente nada perdería confesándome «por si acaso», y si á cambio de no perder nada puedo alcanzar la gloria eterna, váya un negocio! Indudablemente debe existir un guía del buen confesor escrito por las inteligencias más astutas del sacerdocio, y en ese guía constará seguramente que pocos herejes han resistido la tentación de una gloria eterna á cambio de lo que nada

cuesta. ¡Ahora comprendo por qué justos varones, por qué sabios de talento, á la hora de la muerte, solos con el diario, jesuita ó cura y débiles de espíritu por la enfermedad ó la vejez, han consentido en dar lo que nada les costaba á cambio de lo que podía ser dicha infinita!...

Oye, Sol,—continuó diciendo Floreal dirigiéndose á su hijo,—cuando te veas en el trance en que yo me veo ahora no permitas que te hable cura alguno, y propaga, en lo que te quede de vida, la imprudencia de dejar un moribundo, viejo ó joven, á merced de un jesuita. La prueba es terrible; el ardid inmenso en mal. Porque si yo me confesara «por si acaso» y si tú, hijo mío, te confesares, «por si acaso» contribuiríamos á fomentar el error y el mal eterno con la propaganda que de nuestra confesión haría esa gente. Y ya ves la importancia que tiene lo que á nosotros en este instante podría parecernos sin valor. Mi confesión sería un gran negocio, un negocio enorme para la clerigalla y un mal enorme para los explotados en su cerebro y en sus brazos. ¡Os perdono, mortales que claudicasteis en horas como ésta sin comprender el mal que hacíais y creyendo que sólo á vosotros importaba el caso! Saca á ese de aquí, hijo mío; me siento morir y podría negociar con mi agonía. ¡Qué cruel y qué infame es todo esto !

—Sol indicó por señas al cura que se fuese, pero el jesuita no se dió por entendido. Sol, viendo que el cura no le hacía caso, le cogió de un brazo y lo sacó á la fuerza. Floreal, al presenciar aquella escena, dijo:

—Es el único remedio. Hay que acabar con ellos á la fuerza. ¡Qué desgracia! .

Tan pronto salió Sol de la alcoba arrastrando al cura, entró toda la familia de Floreal con la viejecita

Armonía á la cabeza. Sumaban veintinueve. Al poco rato presentóse de nuevo Sol dando muestras de gran cansancio, y se colocó á la cabeza del lado derecho de la cama. Armonía adelantó hasta la cabeza del lado izquierdo. Los demás hijos y nietos de Floreal rodearon el lecho del enfermo. El bello anciano alargó ambas manos, y, cogiendo las diestras de su dulce compañera y de su excelente hijo, dijo:

—¿Estáis todos aquí?

—Sí, todos,—contestó Armonía;—todos los que vivimos de aquella familia que tú y yo fundamos, dando de comer á los pajarillos del Bosque de Bolonia.

—Gran recuerdo, amor mío... ¡Ya ves, soy viejo, me voy á morir y aun te llamo amor mío! ¡Qué grande es esto! ¡Qué felices serían los hombres si supieran vivir en amor eterno!...

Floreal no pudo terminar la frase; le dió un colapso y estuvo largo tiempo sin sentido. Se llamaron los médicos y le dieron oxígeno á respirar. Floreal volvió un momento en sí y dijo á Sol, muy débilmente:

—Cuando me haya muerto ve á mi despacho, saca de unos de los cajones de mi mesa escritorio el sobre que te indiqué antes y lee lo que él sobre contiene en presencia de mi cadáver y de cuantas personas se encuentren en la casa... Hijos míos, sed buenos, pensad en mí.

Floreal cerró los ojos y se durmió en el sueño del polvo inmortal.





XVII

El sobre de la muerte

Tan pronto Floreal dejó de existir, Sol se dirigió al despacho de su padre, abrió los cajones de su mesa-escritorio y en uno de ellos encontró un sobre cerrado que decía: «El sobre de la muerte», Sol se dirigió con el sobre á la alcoba donde yacía el cadáver del autor de sus días, encontrando reunidos á toda la familia y á las personas que habían acudido á la granja, así para ponerse al servicio de los que habitaban, como para enterarse de la enfermedad de Floreal. Sol abrió el sobre y dijo, con voz serena y fuerte:

«En el momento de escribir estas cuartillas, tengo cincuenta y cinco años; me encuentro en la plenitud de mis facultades intelectuales, y en esta mi edad la experiencia de la vida ha venido á reforzar mi razón. Así, pues, creo que cuanto pienso del mundo en este momento, esto es, en el momento más firme y seguro de mi existencia, es lo que más

se aproxima á la verdad, y cuanto dijere é hiciere mientras viva que rectificara lo que he sostenido hasta ahora y lo que sostengo en este papel, dése por nulo.

» He visto pensadores que en su juventud sustentaron ideas radicales en política y en religión y al acercarse á la vejez y más propiamente á la hora de la muerte, renegaron de ellas.

» Tal fenómeno sólo se explica por una conjunción de fuerza muerta: el atavismo de la esclavitud mental, que imprime huellas en la mente de los hombres, como lo imprime fisiológicamente un ejercicio y un hábito, y la debilidad que se inicia en todo organismo al acercarse la vejez. Para evitar que tal cosa me ocurra cuando en mi organismo y en mis facultades todas se inicie la decadencia escribo este documento á la hora más serena y firme de mi vida, y digo: que me ratifico en mi doctrina filosófica materialista, en mi sociedad del amor, en mi creencia de que llegará un día en que el hombre será su Dios, su Rey y su Amo. Y cuanto dijera ó hiciere contrario á lo que dicen estas cuartillas, téngase por falso; entiéndase que se me habrá arrancado en horas de debilidad y con malas artes ó que habrá sido pensado en momentos en que se discomponía mi pensamiento, ó que lo habré sentido al soplo de esta autoritaria y servil herencia que nos han dejado las generaciones pasadas con sus siglos de servidumbre y de ignorancia mental y material.

» Lo firmo el día tantos del año cuantos, á los cincuenta y cinco años de mi edad, en plena independencia y fortaleza mental.

FLOREAL RAMOS».

Sol dejó de ver y dijo, mirando el cadáver de su padre:

—Que los luchadores, que los revolucionarios de las ideas y de las cosas; que los justos tomen ejemplo de ti. Que lo tomen, también, los débiles, los hipócritas y los falsarios.

FIN

Lo que es casarse

Jabado Rueda

Formar una pasión de dos pasiones.
fundir en un derecho dos derechos
fraguar un lecho noble de dos lechos
y atar a una ambición dos ambiciones

Juntar en un sonar dos ilusiones
forjar un techo santo de dos techos
hacer un pecho puro de dos pechos
sumar un solo amor de dos amores

Anudar en un lazo dos divisa
formar un soltura de dos risas
dos miradas fundir una mirada

Deslucidos entrelazar un solo flauto
dos caninos prender un solo canto
esto es casarse... y lo demás no importa

ÍNDICE

| | Págs. |
|--|-------|
| I.—¡Alegría, alegría! | 3 |
| II.—Floreal | 7 |
| III.—Floreal aprendiendo geografía . | 14 |
| IV.—Floreal recorriendo el mundo | 18 |
| V.—Floreal sembrando flores y recogiendo frutos | 24 |
| VI.—Floreal completando su educación. | 28 |
| VII.—Consejos, réplica y despido | 33 |

SEGUNDA PARTE

| | |
|--|-----|
| VIII.—De la primera amistad que Floreal con- trajo en París | 49 |
| IX.—La nueva familia de Floreal. | 60 |
| X.—La gente de «La Joven Rusia». | 69 |
| XI.—Floreal trabaja | 83 |
| XII.—Lucha y amor | 92 |
| XIII.—El deber rompiendo un idilio | 104 |
| XIV.—Floreal educando sus hijos | 118 |
| XV.—En la edad madura | 134 |
| XVI.—La última lucha. | 140 |
| XVII.—El sobre de la muerte | 153 |

TALLERES GRÁFICOS
DE
VINCENTY. BOSSIO Y CIA.

LA COMPOSICIÓN DEL TEXTO DE ESTA
OBRA SE HA HECHO CON LA MÁQUINA DE
COMPONER TIPOGRAP^H.

N. 18809

ESCUELA MODERNA

Secretaría.....No.

GRAN RIFA

A 0.30 Cts. EL NUMERO

á TOTAL BENEFICIO de la ESCUELA MODERNA de VILLA CRESPO

Los poseedores de los números agraciados que no deseen los objetos tienen el derecho de exigir el premio en efectivo según indique su valor respectivo.

PREMIOS

- | | |
|---|--------|
| 1.—Un juego de Dormitorio..... | \$ 200 |
| 2.—Una bicicleta | » 120 |
| 3.—Una máquina de coser «Singer» | » 70 |
| 4.—Una biblioteca | » 60 |
| 5.— Un traje para hombre..... | » 50 |
| 6.—Un traje para señora | » 50 |
| 7.— Un reloj para hombre..... | » 20 |
| 8.—Un reloj para señora | » 20 |
| 9.—Un par de botines para hombre ó señora | » 10 |

NOTA.—Esta rifa se sorteará en un concierto que dará la Comisión de la Escuela, publicándose en los diarios 15 días antes del sorteo.

OTRA.—Los premios pueden retirarse en la calle Córdoba 3999 esq. Gascón, domicilio del compañero Juan E. Briano.

